
MADO MARTÍNEZ
LA PLAYA DE LOS NARCISOS
NOVELA
algaida

MADO MARTÍNEZ

LA PLAYA DE LOS NARCISOS

algaida

Índice

ADVERTENCIA:

Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia, a pesar de Alfredo Bryce Echenique.

LA AHOGADA

Lena paseó por las dunas de la playa sin perder de vista a las pequeñas. Amelia y Valentina correteaban en cueros, de la arena al agua, del agua a la arena, persiguiéndose en círculos. Encontró un pequeño ribazo de hierba mullida en el que acomodarse a leer, pero sus ojos se posaron en el vuelo relajado de una abeja que libaba el néctar de las florecillas y dibujaba una estela de zumbidos alrededor. Se fijó en los delicados y sedosos pétalos amarillos, púrpuras y rosáceos que coronaban los matorrales, como cabezas asomadas al mar. De vez en cuando, una amapola despuntaba chillando de rojo pasión entre las manzanillas.

Cogió el libro que llevaba en el bolso de playa y se ajustó las gafas de sol. Le gustaban aquellas lentes, hacían que los colores de la realidad fueran más cálidos y llevaderos. Rastreó la página por donde se había quedado. Últimamente leía más libros electrónicos que de papel, aunque necesitaba sentir la sensación de pasar las páginas de un libro «de verdad» periódicamente. Su abuela Dolores siempre decía que el saber no ocupaba lugar, pero no era cierto. Sí que ocupaba sitio. Ya no quedaba espacio para más libros en las estanterías. Encontró el párrafo que buscaba. Levantó la vista hacia las niñas antes de sumergirse en la lectura. Correteaban agua arriba, arena abajo, brincando las olas.

Estaban a finales de marzo, cuando la playa del Pinet era un paraíso abandonado, frecuentado únicamente por cuatro gatos, casi todos extranjeros, y algún que otro pescador de anzuelo y doradas. En aquella época la cosa se animaba un poco con la apertura de un par de restaurantes familiares, el Galicia y el Maruja, este último con servicio de habitaciones, ambos situados frente al mar. La casa de Lena se encontraba a tan solo unos metros de distancia. Se trataba de una pequeña vivienda de planta baja construida a pie de ola, unas cuantas décadas antes de que entrase en vigor la ley de costas y las Salinas de Bonmatí fueran declaradas Parque Natural. De aquellas casitas de los años 50, devastadas por la erosión de la sal, la humedad y el oleaje, ya no quedaba mucho. El mar se había acercado demasiado. En la actualidad estaba prohibido alquilarlas o venderlas, y únicamente podían heredarse. Era una de las propiedades que sus padres le habían legado. Algunos vecinos, como ella, vivían allí todo el año, entre otras

cosas, porque no tenían otro techo bajo el que caerse muertos. Otros acudían los domingos o cuando hacía bueno. Los meses previos al verano se encalaban las fachadas y pintaban las persianas con renovados verdes o azules mientras las cañas de pescar descansaban, silenciosas, frente a las olas. Si había suerte, y dependiendo de la época del año, tras la jornada de acicalado hogareño, podía caer en la mesa una lubina, una dorada o un pulpo. Los domingos, siempre arroz, como buenos alicantinos.

Algún día, si la casa de Lena todavía no se había derrumbado, sería de sus hijas, Amelia y Valentina. Ochenta metros cuadrados y un porche con escaleras que daban directamente a las rocas por donde solo discurrían los cangrejos y el agua estrellada. No era el mejor lugar para descansar, especialmente en invierno. El mar siempre estaba picado y el estruendo de las olas agitadas por el viento era tan ensordecedor que algunos no podían resistirlo. «Esto es peor que vivir al lado del aeropuerto», se había quejado su suegra en una ocasión.

Empezó a leer: «Brunetti estaba con ella el día que hubo un tiroteo y murió un hombre, pero nunca la había visto así. Su elegante imparcialidad e ironía habían desaparecido y las había reemplazado una ira tangible que él mismo percibía desde su lado del escritorio». Las frases de Donna Leon se mezclaron con el graznido de una cigüeña encantada. Lena alzó la vista al vuelo del ave que en aquellos momentos había dejado de batir las alas para planear sobre las corrientes del viento.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Las voces de Amelia y Valentina se confundieron en un chillido histérico, como cuando veían una medusa, solo que aquel bulto que yacía sobre la arena era mucho mayor. El sol era cegador, incluso a través de los lentes. Aun así, Lena se quitó las gafas para enfocar mejor, tiró el libro al suelo y corrió hasta la orilla sembrando una estela de pequeñas erupciones de arenilla al pisar. Parecía un cuerpo tumbado bocabajo. Lo era. Llevaba toda la ropa mojada y las algas se habían abrazado a su figura femenina.

—¡Apartad! —gritó a las niñas.

Lena observó, horrorizada, que estaba maniatado. Venció el terror a tocarlo, como si le fuera a hacer algo, y trató de zarandearlo sin obtener respuesta. Hizo acopio de fuerzas y le dio la vuelta. Era una chica de cabellos enredados en una maraña de redes e hilos de pesca. Tenía la mirada descolorida, inundada de muerte. Fue entonces cuando la reconoció. Era *ella*… Pero no podía ser, porque *ella* no existía. Se giró hacia las niñas. Sus hijas también la veían. Entonces, ¿era real?

—¡No, no, no! —suplicó Lena al inclinarse sobre ella.

—¡Amelia!, ¡coge mi móvil y llama al 112, como mami te enseñó! ¡Y tú, Valentina!, ¡ve al hostal y pide ayuda!

Las olas azotaron el cadáver y empujaron a su vez a Lena. El mar no entendía de tragedias humanas ni podía frenar el avance de sus aguas. El chisporroteo de gotas saladas le irritó los ojos. Amelia creyó ver lágrimas en el rostro de su madre. Tal vez lo eran.

LA INSPECTORA MUÑOZ

La inspectora Estela Muñoz observó a Lena a través del cristal antes de entrar en la sala de interrogatorios. Tenía los brazos sobre la mesa, con las manos alrededor del café que el agente Roberto Martínez le había sacado de la máquina. Cuarenta años, media melena desordenada por los ímpetus de la brisa marítima, ojos castaños y labios finos. El informe decía que se llamaba Malena Reverte. Se trataba de la persona que había encontrado el cadáver. Era el drama de todos los veranos: gente ahogada. Solo que no estaban en verano y el cadáver no llevaba ropa de baño ni neopreno. Esperó a que Roberto llegara para entrar con él. Rebobinando: era el drama de todos los deprimidos, un suicidio en toda regla.

El olor a café llegó como un anzuelo. No picó, a pesar del sueño. Su estómago se lo agradecería. A Estela no le entusiasmaba mucho estar en comisaría, prefería pasar el tiempo ocupada en cualquier otro menester al aire libre. Alguien le trajo una taza de té, nada que ver con las que le preparaba su marido. Las paredes tristes del recinto policial estaban cubiertas de carteles, SE BUSCA, PERDIDO, ALERTA y otros anuncios. La Asociación Abrazo Azul había lanzado junto a Mr. Policía unos muñequitos para recoger fondos destinados a la Fundación de Huérfanos de la Policía Nacional. Había dos modelos de agentes para elegir, uno de hombre y otro de mujer, ambos con uniforme, mascarilla y capa. Accedió a la web a través de su móvil y pidió dos parejas de cada para sus hijas. Una para Susana y otra para Leonor, aunque sabía que a la que realmente le harían ilusión aquellas miniaturas sería a Susana. Tras completar el proceso de compra, sintió un placer demasiado familiar. El mismo que sentía cada vez que adquiría algo, lo que fuese.

El ruido mañanero de los despachos, la cola para renovar el pasaporte, pedir un número de identificación extranjero o poner una denuncia se habían convertido en una angustia sonora contra la que no podía hacer nada, salvo refugiarse en los conductos de silencio que lugares como la sala de interrogatorios a duras penas propiciaban. Roberto estaba en el despacho de al lado. Esperaba a que alguien fuera a acompañar a las niñas mientras interrogaban a la madre. No tenía por qué esperar a que el agente se uniera a ella para entrevistarse con aquella mujer, pero Estela asumía un papel mucho

más destacado cuando él estaba alrededor. Y ella necesitaba brillar, aunque fuera a costa de apagar la luz de los demás.

—¿Entramos? —preguntó el agente Roberto Martínez al llegar.

Estela no respondió, tan solo se dedicó a abrir la puerta.

—Buenos días, señorita Reverte —dijo la inspectora Muñoz. Empujó una silla para tomar asiento frente a Malena.

Martínez hizo lo propio dejando caer el peso de sus cincuenta y cinco años sobre la silla.

—Pueden llamarme Lena.

La inspectora Muñoz se dio cuenta, únicamente por el modo encadenado en el que pronunció aquellas palabras, dotadas de expresión, de que estaba ante una persona de carácter nervioso y despierto. Reprimió un escalofrío. La sala era una nevera de gélida oscuridad. Se ajustó el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Debía tener más de un centenar, aunque al final siempre se ponía los mismos de siempre. Prestó especial atención al modo de vestir de la mujer que tenía delante. Ligeramente *grunge* y definitivamente caro, como el modelo de teléfono móvil de última generación que había dejado sobre la mesa. A Estela no le pasó desapercibida la etiqueta de Ralph Lauren en los vaqueros rotos de tono pretendidamente desgastado. Uñas de manicura, corte de pelo que por mucha greña rebelde que llevara en la cara había sido esculpido por un estilista, y ese poso de niña que no ha pedido nada pero lo ha tenido todo.

—¿Podría contarnos lo sucedido? —la invitó a hablar el agente Martínez.

El teléfono móvil de Lena emitió un sonido y la pantalla se iluminó.

—Perdón —se disculpó y quitó el sonido. Volvió a dejarlo sobre la mesa—. Yo estaba en la playa leyendo, poco más o menos a la altura del barco hundido en la arena… Me había sentado en un ribazo, en lo alto, para tener a las niñas controladas. Entonces ellas se pusieron a gritar, vi que estaban alrededor de un bulto con todo el aspecto de tratarse de una persona. Estaba bocabajo, no se movía. Le di la vuelta y… —Lena dudó. ¿Debía decirles que conocía a la fallecida?

Estela captó el reparo de la testigo por la forma en la que desvió la mirada.

—¿Y? —preguntó Martínez.

—Nada —dijo Lena.

La inspectora Muñoz no le quitaba la vista de encima. Lena advirtió el peso de su mirada.

—¿La había visto antes por allí? —preguntó el agente Martínez.

—Eh… —Lena comprendió que, si les contaba la verdad, la

tomarían por loca. Y, en el fondo, ¿no lo estaba? ¿No era aquella mujer esa alucinación de la que le había hablado su psiquiatra?—. No, no la conozco.

—¿La vio entrar en el agua? —inquirió la inspectora. La pregunta era intencionadamente absurda y con voluntad de confundir, ya que, a juzgar por el estado del cuerpo, probablemente llevaba muerta varios días.

Roberto Martínez sí se dio cuenta, pero no intervino, no era la primera vez que veía a la inspectora hacer preguntas trampa, tontas o absurdas, como el gato que lanza al aire al volantón caído del nido, una y otra vez, sin ninguna otra intención salvo la de disfrutar.

—No, apareció de la nada en la orilla. Tal vez se tiró desde el espigón… A lo mejor deseaba morir —se aventuró a decir Lena.

A Estela le hizo gracia la forma en la que aquella mujer jugaba a adivinar lo que había pasado, cual detective. Las lesiones autoinfligidas por ahogamiento y sumersión no figuraban entre los métodos más usados para suicidarse, pero todavía tenían sus seguidores, como saltar desde un lugar elevado.

—¿Qué le hace pensar que pudo suicidarse? —preguntó la inspectora.

—Alfonsina Storni se lanzó al mar desde un espigón.

—¿Era de por aquí? —preguntó Roberto Martínez.

A Estela se le escapó una risa. El agente miró a su superior con cara de no entender.

—¿Qué he dicho?

—¿Ya la han identificado? —Lena estaba ansiosa por saber.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —respondió Roberto, visiblemente molesto—. ¿Me va a decir usted quién es Alfonsina Storni?

La inspectora Muñoz levantó la mano con el ánimo de restar importancia a la incómoda pregunta que acababa de hacer su compañero.

—Déjeme adivinar: a que, aparte de leer poesía, también le gusta la novela negra… —continuó la inspectora.

—¿Cómo lo ha sabido? —se sorprendió Lena.

—Mala detective sería si no lo supiera —bromeó Estela.

—Pero ¿por qué iba a atarse las manos? —se preguntó Lena en voz alta.

—¿Por qué se metió Virginia Woolf piedras en los bolsillos? —dijo la inspectora.

Lena comprendió. La escritora británica Virginia Woolf se había suicidado al arrojarse al río con los bolsillos llenos de piedras.

—¿Virginia qué? —interrumpió Martínez.

Las mujeres intercambiaron una mirada cómplice. Roberto supo que no debía insistir y se tragó la humillación.

A Lena empezaba a caerle bien aquella mujer. La observó durante un rato: piel blanca, tal vez no más de cuarenta y tres años, pelo rubio recogido en un moño con una pinza, gafas al aire, ojos amarillos y una mirada vuelta hacia dentro, como si sus ojos no mostraran quién era realmente. Pero sonreía, a pesar de la minúscula boquita de piñón, y a Lena le gustaba la gente que sonreía. Por un instante, creyó que podría decirle la verdad. Trató de ensayar una explicación en su cabeza: «Verá, inspectora, yo creía que esa mujer solo existía en mi imaginación. Me costó mucho deshacerme de las alucinaciones, y solo lo conseguí después de atiborrarme a pastillas y babear saliva». Tras valorarlo durante unos segundos, decidió callar. No quería acabar en el psiquiátrico otra vez; no ahora que por fin había conseguido recuperar la tutela de Amelia y Valentina.

—Parece usted cansada —dijo la inspectora—. Vuelva a casa. El agente Martínez la acompañará. Sus hijas están en el despacho de al lado. Ahora mismo se las traen. Procure permanecer localizable y, si más tarde recuerda algo que haya podido pasar por alto, aunque no le parezca importante, llámenos.

Estela se levantó, dando por finalizado el encuentro, y Lena la imitó precipitadamente. Al salir de la sala, la inspectora la vio reunirse con sus hijas. Sintió la tentación de acercarse a preguntarle por qué no estaban en el colegio, como Leonor y Susana, como todas las niñas, pero no le pareció adecuado hacerlo delante de las pequeñas. Las dejó marchar, convencida de que volvería a verlas. Desde la puerta de salida, la luz prometedora de la mañana la llamó como una sirena. Estela no se esforzó en taparse los oídos. Necesitaba una taza de sol.

ESTELA Y ROBERTO

Estela Muñoz y Roberto Martínez caminaban por los pasillos de comisaría en dirección a la salida. El bolso marrón le colgaba de un brazo, mientras que con el otro sujetaba algunas carpetas. Atrás dejaban la cola de candidatos para obtener o renovar sus documentos, y el drama cotidiano de una joven que había tenido que acudir tres veces en la misma mañana porque no se había enterado de que las fotos para el carnet sí eran necesarias, no como había leído en los medios mal informados de Internet; había tenido que ir a hacerse unas fotos de carnet de urgencia en el fotomatón de la esquina, pero la agente le dijo que no eran válidas porque le caía una mecha por la cara. La joven había tenido que volver al fotomatón, domar la mecha, hacerse la foto con la cara despejada y volver a comisaría, una vez más, mientras su bebé de seis meses lloraba en el canguro. Después de gastarse todo el dinero que le quedaba en fotos suspiró aliviada al enterarse de que no era necesario pagar tasa cuando la renovación era debida a un cambio de empadronamiento.

En la calle, Estela se entregó al abrazo de la brisa. Dijo adiós al trasiego de comisaría y caminó hacia el aparcamiento. Roberto, que hasta entonces había permanecido en silencio, expresó sus pensamientos en voz alta:

—Parece un caso típico de suicidio.

—Estoy de acuerdo, pero llama a Miralles, iremos a hacerle una visita después de comer.

Roberto Martínez marcó el número de teléfono del forense. Saltó el contestador.

—Hola, soy Evaristo…

—¡Ya sé que eres tú! ¡Escucha!

—… Ahora mismo no puedo atenderte. Deja tu mensaje después de la señal.

—Puto buzón de voz. —Se cabreó.

—Pero déjale un mensaje, hombre, que seguro que lo has pillado con las manos en la muerta —le animó la inspectora.

—¡La muerta! ¡La muerta! ¡Ala, como si la pobre muchacha…! —Tapó el aparato durante unos instantes, antes de grabar el mensaje—: Oye, Miralles. Soy Martínez. Seguro que te pillo con las manos en la mu… ¡la masa! Nos vemos después de comer. Hasta luego.

—La muerta, sí, la muerta. No te pongas tan escrupuloso que todavía no la hemos identificado. ¿No eres tú quien dice cagadero cada vez que va a…?

—Perdone, inspectora —cortó Martínez—, pero esa palabra está en el *Diccionario* de la Real Academia Española. Usted me imagino que, como es tan fina, irá al cuarto de baño. —Sabía que se la estaba jugando y se arrepintió de haberlo dicho.

Estela hizo caso omiso y, tras lanzarle una mirada de media ceja enarcada, dijo:

—Anda, tira, que tenemos mucho que hacer.

—Como usted mande. ¿Dónde vamos?

Estela añoró los viejos tiempos en los que la Policía Nacional pertenecía al cuerpo militar. Ella misma había pasado tres años en el Ejército de tierra. ¿Cuándo aprendería Roberto cuál era su lugar, a no hacer preguntas, a no cuestionar a sus superiores?

—Al Punta Prima —informó la inspectora Muñoz.

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Orihuela?

Esta vez la inspectora Muñoz agradeció la pregunta. Le había puesto la respuesta en bandeja.

—Yo es que, como soy tan fina, solo voy a sitios de alcurnia, no como tú, que comes en vertederos.

—La cuenta la pagará usted, que ya estoy harto de…

—Anda, calla, que si no fuera por mí solo comerías basura —dijo la inspectora Muñoz.

Un inspector de policía nacional podía hacerse acompañar por un «machaca», es decir, un agente de la escala básica, a discreción. A Estela le gustaba arrastrar de la correa a Roberto, como si formara parte de la unidad de guías caninos, no porque valorase sus aptitudes, sino para potenciar las suyas. A juicio de la inspectora, no era más tonto porque el día no era más largo, y eso lo convertía en el ladrador perfecto. A veces soltaba la correa y le lanzaba una pelota: jugar a ser investigador. Le dejaba husmear, meter el hocico, ladrar… Hasta que Roberto se daba cuenta de que no había ninguna pelota, solo había agitado el brazo como si fuera a lanzársela, y él había echado a correr en pos de nada.

Flanquearon el edificio anaranjado siguiendo la fila de coches aparcados en batería. La comisaría de policía de Elche debía ser la única de toda España rodeada de palmeras. Enfrente había un aparcamiento de bicicletas de alquiler y, al cruzar la calle, el colegio público El Palmeral. Acababa de sonar la sirena que marcaba el fin de las clases, pero ya había una cola de vehículos a la salida.

—¿A usted le parece que este sindiós de coches es normal? En mis tiempos íbamos a pie a la escuela y, si te portabas mal, te caía un cachete. ¡Y no hemos salido tan mal, creo yo! —exclamó el agente Martínez al tiempo que abría la puerta del coche.

La inspectora Muñoz lo miró de reojo antes de entrar.

—Pues, hombre, tú muy bien muy bien no has salido —dijo, y no iba en broma, a pesar del tono desenfadado con el que enunció la frase. Ambos se encontraban ya en el interior del vehículo—. Voy a ver si echo una cabezadita, que anoche me acosté a las tantas con Susana. —Se arremolinó en el asiento del copiloto.

—¿Y cómo está? ¿Mejor? —se interesó Martínez.

—Ya no tiene fiebre.

—Llévese cuidado, que a los críos los carga el diablo. Acuérdese cuando mi Paula le pegó la mononucleosis a mi mujer.

Martínez arrancó, salió del aparcamiento y dejó atrás el barullo de los colegiales que salían en estampida por el patio del recreo hacia la puerta de su libertad, rumbo a la costa oriolana. Cogió la AP-7 y encendió la radio. La sintonía de Onda Cero dio paso al magazín de la comarca del Baix Vinalopó.

—Pon el cedé tres —pidió la inspectora Muñoz.

—Pero ¿usted no estaba dormida? —El agente Martínez presionó el número tres.

Empezó a sonar *Titanium* de David Guetta. No parecía la música más indicada para echar una cabezadita, aunque a aquellas alturas Martínez ya se había dado cuenta de que cualquier excusa era buena con tal de no conducir. El oficio de chófer, siempre que estuviera relacionado con el trabajo, prefería dejárselo a los subalternos. La voz de Sia penetró en sus oídos: *I am bulletproof, nothing to lose, you shoot me down but I won't fall, I am titanium, I am titanium, I am titanium*. De eso estaba hecha ella, de titanio. Y cómo le gustaba el tacto del metal sobre su piel…

Antonio, el dueño del Punta Prima, los sentó en la terraza con vistas al mar. La brisa de entretiempo soplaba entre las palmas. La playa que daba nombre al restaurante tenía en sus aguas un azul de porte uniforme. Estaban decorando uno de los salones. El Punta Prima era uno de los restaurantes favoritos de los novios. Estela y Juan se habían casado allí, bajo un arco blanco adornado con flores rosas y sarmientos al que llegaron después de atravesar el camino alfombrado de pétalos, sobre un fondo marino en el que el cielo se confundía con el mar. Había alguien bañándose en la playa, un hombre. Debía ser inglés, ruso o algo parecido. Solo los extranjeros de tierras frías se

atrevían a bañarse en aquellas fechas. Un alicantino jamás osaría meterse en el agua hasta bien entrado junio y no sin antes ratificar que la temperatura estaba a la altura de una sopa templada. El momento favorito de muchos para darse un chapuzón era por la noche, cuando el agua había acumulado todo el sol de la jornada y la arena dejaba de ser una brasa ardiente. También era la hora favorita de los pescadores nocturnos, con el testigo de luz verde en lo alto de la caña, la cesta, las cervezas, la compañía de los corrillos desperdigados por la arena alrededor de una lámpara, una guitarra, una charla a la fresca. En el horizonte negro, inescrutable, las luces lejanas de un pesquero, la ráfaga intermitente del faro.

Estela miró las crestas sobre la superficie marina, los destellos desvanecidos al poco de brotar incansablemente. Los días soleados espantaban la tristeza de su infancia, los cielos grises, la lluvia interminable, el hogar al que nunca querría volver. Ni Orense ni Vigo ni nada que se le acercara remotamente. Y, sin embargo, jamás encontraría otra tierra a la que considerar suya, siempre sería una extranjera, hasta en la vida misma. Una pareja de jubilados paseaba de la mano por la orilla. La espuma borraba la huella de sus pasos imperecederos, como si nunca hubieran impreso la pisada. Nada duraba para siempre. El tiempo la aplastaba con su apisonadora y la velocidad a la que crecían sus hijas contrastaba dramáticamente con la tragedia de saber que, conforme ellas subían, a ella no le quedaba más remedio que bajar, y el descenso era duro, aunque jamás lo admitiría, ni eso ni ninguna otra cuestión que pudiera delatar su vulnerabilidad. Nadie conocía sus debilidades porque no se las permitía ni a sí misma, aunque estuvieran ahí.

Por un momento, olvidó que estaba en el Punta Prima con Roberto. El agente no había interferido en su ensimismamiento. Estela lo miró durante unos instantes, concentrado como estaba en la carta. Podría haberse preguntado qué hacía allí, con aquel patán, en lugar de haber vuelto a casa a comer con su marido y sus hijas, pero no lo hizo. Tenía un blindaje alrededor del alma que no dejaba traspasar los pensamientos que pudieran desmoronar su soberanía.

Martínez dejó la carta sobre la mesa. Estela adivinó lo que pediría, era tan previsible: un arroz a banda. Ella se entretuvo todavía unos minutos antes de decidirse por el salmón en costra de patata con ensalada de tomate y cilantro.

—¿Maridamos con un albariño? —preguntó Martínez.

—Por fin has tenido una buena idea —concedió la inspectora Muñoz.

A Roberto el comentario no le hizo ninguna gracia.

Mientras aguardaban a que les sirvieran, Martínez sacó una libretita y un sobre del cual extrajo una fotografía del cuerpo de la ahogada. La puso sobre la mesa y recitó los escasos datos de los que disponían hasta el momento. La inspectora Muñoz miraba el mar, no le hacía falta observar ninguna foto para recrear la imagen que llevaba grabada en la retina desde que había acudido al lugar en el que aquella joven había aparecido muerta. No debía tener más de veinticinco años. «¿Qué te pasó?», le preguntó en su mente, como si la viera adentrarse en las olas, ajena a la verdad, un aura de secretos en la orilla.

—Guarda eso —dijo la inspectora Muñoz señalando con la barbilla la fotografía conforme Antonio se acercaba, presto a descorchar el vino.

—Hacía mucho tiempo que no la veíamos por aquí, inspectora. ¿Cómo está el escritor? —preguntó Antonio.

«El escritor» era Juan, su marido.

—Pues ahí anda, con sus letras —contestó ella.

—Mi mujer se está leyendo el último libro. Le gusta mucho. —Descorchó el vino.

—Se lo diré, le agradará saberlo —dijo la inspectora Muñoz, aunque no tenía ninguna intención de trasladarle el comentario a su marido. Estela tenía la costumbre de reservarse toda la información, hasta la más superficial.

Antonio llenó la copa y se la dio a catar. Tras comprobar las excelencias del caldo vitivinícola y aspirar los aromas de su tierra natal, aprobó el escanciado.

—Como si estuviera en Galicia —sentenció.

Los platos llegaron antes de que las copas se vaciaran. Martínez comía como un desesperado, el tenedor en una mano, el pan en la otra, porque si había algo que Roberto no perdonaba en las comidas era el pan. La inspectora Muñoz comía con parsimonia y hacía pausas más largas de lo que la etiqueta recomendaba, pero nunca se dejaba nada en el plato y podía comer el doble que su compañero de una sentada. Todavía no había consumido ni la mitad de su ración cuando el agente se pidió el postre y el café.

—Tráeme otro café, anda —pidió al primer camarero que pasaba por allí cuando vio que a la inspectora todavía le quedaba para largo.

El agente Martínez volvió a sacar la foto de la chica ahogada.

—La muerta esta, como dice usted, va a traer cola. Sin identificar y con las manos atadas. Qué mal me huele todo esto. ¿Será una de esas víctimas de la trata de blancas? —Sostenía la foto en una mano y la

taza de café en la otra—. Mi mujer tenía un amigo de Catral, Bartolo me parece que se llamaba, que se enamoró de una puta. Era rusa, o de algún lugar de por ahí, no le sabría decir. La cuestión es que el tío intentó sacarla de la prostitución y acabó con un tiro en la nuca. A ella «la desaparecieron». Aunque… —se rascó la incipiente barba blanquecina, pensativo, sin dejar de mirar la foto— tampoco sería la primera vez que tenemos por la costa un suicida que se ata las manos o se pone pesos para asegurarse el pasaje al otro barrio. Qué sangre fría tienen algunos…

La inspectora Muñoz manejaba el cuchillo como si fuera un bisturí. Se llevó el pedazo trinchado a la boca y masticó calmadamente. Volvió a posar la mirada en el mar azul. Tenía la capacidad de escucha de una piedra y Roberto Martínez no era una excepción para sus oídos. El cielo refulgía con relumbres de claridad. No había ni una sola nube estorbando al sol, pero sus ánimos andaban aciagos. No estaba deprimida. No, no era eso. Lo que estaba era mortalmente aburrida. Era la mejor investigadora, pero últimamente la gente era muy poco creativa a la hora de matar, porque si tenía algo claro es que a esa chica la habían matado. No había ninguna diferencia entre jugar una partida de ajedrez, resolver un sudoku, un autodefinido, componer un puzle de diez mil piezas o atrapar al asesino. Pero al final todos los autodefinidos eran igual, que si voz arriera, que si dios egipcio, que si hogar; y los movimientos de ajedrez de manual. Aburrido, aburrido, aburrido. ¿Qué podía hacer para disfrutar más de su trabajo? Pasar de la sota, el caballo y el rey a otra cosa mariposa. Tenía los casos de homicidio muy manoseados y encontraba escasa satisfacción en eso que la sociedad llamaba justicia. No podía sentir lástima por las víctimas, ni admiración por unos asesinos tan deliberadamente torpes. Había que ser más corto que las mangas de un chaleco para matar a alguien con tan poco tino, sin calibrar las consecuencias de sus actos y con tantos cabos sueltos. La gente pensaba que los psicópatas eran listos, una especie de ángel encantador de modales refinados e inteligencia sobrehumana, pero la cárcel estaba llena de psicópatas con un coeficiente intelectual por los suelos. Por eso estaban en la cárcel. Si ella quisiera matar, deshacerse de un cadáver… Pensó en todas aquellas ideas que siempre se le ocurrían, ese material «novelable» con el que su marido Juan podría hacer magia si quisiera escribirlas, pero que nunca le contaba, porque su mayor victoria era el secreto.

El Instituto de Medicina Legal de Alicante estaba en la avenida Aguilera, cerca de los juzgados. Desde allí se veía la torre del

rascacielos del Tryp Gran Sol, el tercer edificio más alto de la ciudad. Reinaba en el panorama de la urbe desde 1971, y era imposible no verlo, y más imposible todavía olvidarlo, debido a los vistosos murales en dos de sus fachadas, obra del pintor Manuel Baeza; un gigantesco sol de dos colores, violeta y amarillo, sobre un fondo verde y azul. Estela se había alojado allí alguna vez, con Épsilon. Ahora, cada vez que veía la torre a lo lejos, recordaba el balcón al mar, la mesita con desayuno continental, la botella de champán que había libado de labios de su sirena, las sábanas inmaculadas, el olor a sexo prohibido. Hacía tiempo que ya no se citaba con ella. Había dejado de ser divertido. La excitación de los primeros seis meses había dado paso a un periodo de desabridos ruegos y demandas de una niña demasiado vistosa para gusto de Estela. ¡Hasta le había pedido conocer a sus padres! La culpa de todas aquellas pretensiones la tenía ella, había de reconocerlo. No debía haber plantado tantas fantasías en su cabeza, aunque en el juego de la conquista cualquier treta era válida. Épsilon adolecía de un pasado amoroso plagado de los sinsabores marcados por la falta de compromiso y el mejor golpe de efecto para seducir a alguien en esas condiciones era hacerle creer que te ibas a casar con ella. Funcionó y Épsilon cayó rendida a sus pies, pero a los seis meses de ardor sexual Estela perdió todo el interés. La niña era cara de mantener, no económicamente, sino a otro nivel. Requería una inversión de energías, cuidados y atenciones que la inspectora ya no podía permitirse, y todo porque una compañera del cuerpo de Policía Nacional había complicado las cosas al meter el hocico donde no la llamaban. Se llamaba Belén y a Estela nunca le había caído bien y viceversa, pero la comisaría de Elche era el coto privado de la inspectora Muñoz, y en aquel tablero de ajedrez, Belén era un simple peón mientras que Estela era la reina. Todo eso cambió el día que Belén se acercó a su mesa una mañana, café de máquina en mano, segura del movimiento que estaba a punto de hacer:

—Estela, no sé cómo decirte esto… —Bajó la mirada hacia el vaso humeante de café. Emulaba sincera preocupación.

—¿Qué pasa? Si hay algo en lo que pueda ayudarte… —La inspectora Muñoz tampoco se quedaba atrás a la hora de fingir sincera pesadumbre.

—Me han dicho que te han visto besándote con la chica esa, la que a veces viene a buscarte para ir a desayunar. Lo digo porque no quisiera que tuvieras problemas con Juan. —Belén disfrutó el triunfo.

Jaque a la reina que había de defender el reinado del pobre Juan, incapaz de moverse por el tablero más que de uno en uno, ajeno a la batalla que se libraba más allá de los dominios de Orito en los que

siempre estaba escondido, ¿refugiado?, más bien engañado. Estela estaba acorralada y, si no quería que se descubriera el pastel, debía negar a Épsilon, como san Pedro a Jesús, y dejar de verla, cosa que le reventaba muchísimo, no porque quisiera a Épsilon, sino porque la hija de puta de Belén había ganado. De momento. Estela no cesó hasta destruirla, pero el daño ya estaba hecho. Por su culpa había tenido que sacrificar una de sus piezas más preciadas, y un alfil como Épsilon no era algo que uno encontrara todos los días. Estela podía oler la mofa en las palabras de Belén. Ya se imaginaba a todo el departamento riéndose de ella, «conque la siete hembras es bollera. Con razón…». Las compañeras empezaron a cubrirse cuando Estela entraba al vestuario de comisaría porque, según rezaban los rumores que se habían esparcido alrededor, era así como Estela y esa chica habían empezado, en las taquillas del Olympia, que si me quito la toalla, que si… Estela se pegó un manotazo mental. Recordar todo aquello solo conseguiría agriarle la mañana. Apartó la mirada del Tryp Gran Sol. Estela se había encoñado mucho con Épsilon, pero no era lesbiana, ¿estamos? Ella era heterosexual, muy heterosexual, y tal vez por convencerse a sí misma, más que a los demás, echó mano de la agenda y buscó al primer baboso más a la mano para reafirmar su identidad sexual y buscar algo de suministro amoroso de urgencia con el que rellenar el tanque que de repente se había quedado vacío sin Épsilon. Y ese desgraciado era Manolo, con el que ya llevaba unos cuantos meses de idilio. Sacó el móvil del bolso para ver si tenía algún mensaje suyo. El forense apareció por el pasillo.

—Hombre, si están aquí los M&M's. —El saludo de Miralles sacó a Estela de sus divagaciones. Volvió a guardar el móvil sin revisar los mensajes.

El forense les franqueó la entrada a la sala de autopsias. La inspectora Muñoz se cubrió la nariz. Había sido mala idea ir a comer antes de enfrentarse al olor de la podredumbre. Las fosas nasales le ardían. Una juez le había dicho en una ocasión que el truco para soportarlo consistía en aspirar profundamente al principio porque así se saturaban los receptores olfativos y transcurría un tiempo sin oler nada. Mala idea. Fue como tragarse una sopa de aguas fecales. Abandonó la sala y trató de oxigenarse un poco. Martínez y Miralles no se sorprendieron ante el espectáculo de arcadas que tenía lugar al otro lado de la puerta.

—Es más escrupulosa que una cabra —comentó Martínez.

—¿Que una cabra? —preguntó Miralles, enarcada la ceja gris.

—Las cabras son sumamente delicadas, ¿sabía usted? Digamos que

muerde una manzana y luego se la ofrece de comer a la cabra. Pues ya no la quiere, porque huele a usted. Si le tira una alfalfa en la que hayan campado a sus anchas las ratas tampoco la quieren, notan el olor. Mi abuelo tenía ganado —explicó Martínez ante el gesto de sorpresa del forense.

Miralles asintió ante la clase magistral sobre remilgos caprinos que Martínez acababa de prodigarle. La inspectora volvió a entrar en la sala al cabo de unos instantes, la nariz cubierta con un pañuelo.

—¿Qué tenemos? —preguntó sin más preámbulo.

—El cuerpo no lleva mucho tiempo en el agua, pero, como podemos apreciar por los trozos de carne que faltan, los camarones se han dado un buen festín. El hallazgo de cadáveres en el mar siempre supone un desafío para la medicina forense. Es difícil establecer el momento del deceso. No disponemos de ninguna información, ni sabemos cuándo fue vista por última vez esta joven ni quién es. Además, la fecha de sumersión en el agua no tiene por qué coincidir con la de la muerte y…

A la inspectora Muñoz se le agrandaron los ojos. Quería decir algo, pero sabía que si abría la boca acabaría echando el salmón.

—¿No murió por sumersión en el agua? —se adelantó Martínez.

—Yo no he dicho eso. Hay que aplicar reactivos y esperar los resultados, todavía nos queda mucho por hacer, pero de buenas a primeras, y a simple vista… —Señaló las muñecas atadas con un hilo trenzado de colores blanco y rojo.

—¿La ataron o se ató? —preguntó Martínez.

—El extremo está mirando hacia dentro. Si hubiera sido otro el que lo hubiera hecho, estaría al otro lado de las muñecas. Es el pensamiento más lógico.

—Vamos, que la muchacha preparó el nudo, se lo enlazó alrededor de las muñecas y tiró del extremo con la boca. —Martínez imitó los movimientos imaginarios de esta acción.

—O alguien se tomó la molestia de colocársela en esa posición para confundirnos —dijo Estela en fugaz receso, para volver a taparse la nariz de inmediato.

—Cómo se nota quién es la que está casada con un escritor…

A Estela no le gustó el comentario. Su poder de elucubración era exclusivo y no se debía al hecho de estar casada con Juan. Hizo como que la llamaban para perderse por los pasillos y caminar hacia la salida. El hálito solar deslumbró la oscuridad que le había empapado el alma en la sala de autopsias. En los grandes portones metálicos, las piedras color crema del edificio la miraron con los ventanales abovedados de sus ojos. Sintió un escalofrío que achacó a los cambios

primaverales y echó de menos una rebeca. Aprovechó para reanudar la consulta de mensajes en el móvil. Alguno de Juan, varios de Épsilon y un buen número de Manolo. Los abrió en orden inverso: Manolo, Épsilon, Juan; insinuaciones guarras, mensajes de apoyo moral en tiempos difíciles y una foto de Susana. En el grupo de padres y madres, mil doscientas cuarenta y siete notificaciones silenciadas y en ascenso. Nunca entraba a leerlas, era su marido quien se encargaba de informarla.

El agente Roberto Martínez apareció por la puerta, seguramente despachado por el forense Miralles, demasiado ocupado como para atender preguntas que todavía no podía responder. Le costaba entender por qué la inspectora insistía en atosigarlo con aquellas visitas intempestivas, en lugar de esperar sentada en su despacho a que llegara el informe de la autopsia, sobre todo teniendo en cuenta lo aprensiva que era en materia de descompuestos humanos.

—¿Cómo va la agente Varela con el tema? —preguntó la inspectora.

—No hay coincidencias con las bases de datos de desaparecidos —respondió Martínez.

—Bien. Es hora de irnos a casa.

Regresaron a Elche en silencio, con la única compañía de Sol FM en la radio. La inspectora Muñoz iba en el asiento del copiloto. Sacó su teléfono móvil y tecleó un mensaje de texto: «¿Cómo está Susana? Llegaré a casa sobre las 20.30». Al cabo de unos instantes de haberlo enviado, recibió respuesta: «No ha vuelto a tener fiebre. Esta noche cenamos pizza».

Los M&M's se despidieron en la puerta de comisaría. Roberto Martínez se fue a su casa del centro, y Estela aprovechó para llamar a Manolo y contestar un mensaje de la pesada de Épsilon. Le había costado horrores inventar una mentira lo suficiente sólida y sostenible en el tiempo como para seguir gozando de su atención sin tener que verla, al menos hasta que la cosa escampase, porque si había algo a lo que Estela no estaba dispuesta era a perder su alfil. Estaba en la caja de escaques, se lo habían comido, sí, pero en otra partida, tal vez incluso en otro tablero diferente, otro escenario, distinto lugar, podía volver a necesitarlo…

EL ESCRITOR DE HISTORIAS DE TERROR

Desde el solárium de su casa se veía el mar por el día y las luces que iluminaban la Cueva de San Pascual por la noche. Orito era una pedanía ubicada a cuatro kilómetros de Monforte del Cid, quince de Elche por el Camino de Castilla y veintidós de Alicante. Era un lugar donde la gente vivía sin prisas, no había supermercado ni tiendas de ningún tipo, salvo un bar y dos restaurantes, porque, como decía Juan, España era un país con un bar cada dos casas. En Orito había dos barrios, el de izquierdas y el de derechas. Los de izquierdas habían sido los últimos en llegar gracias a una promoción urbanística de precios asequibles, antes de que la burbuja inmobiliaria y la gran recesión del 2008 desbaratara los planes de los que confundieron capacidad de inversión con capacidad de endeudarse. Con anterioridad a todo eso, en la zona vivían los capitalinos de la provincia. En el siglo XIX había acogido un famoso balneario de aguas mineromedicinales del que apenas quedaba rastro en los charcos y corrientes por donde todavía fluía el elixir, las antiguas bañeras rotas y unas cuantas villas en ruinas donde los que acudían a tomar las aguas se alojaban.

Juan, que se había criado en los alrededores, solía asustar a las niñas con historias truculentas de crímenes y fantasmas del balneario, siempre y cuando Estela no estuviera delante. Su mujer no veía la necesidad de contar historias de terror a las pequeñas, aunque Juan sabía que en realidad la que no soportaba escucharlas era ella. Al fin y al cabo, su mujer era psicóloga de formación, debía conocer los beneficios de contar cuentos de terror a los niños como herramienta para tratar el miedo. En una ocasión le había preguntado cómo era posible que, siendo inspectora del CNP y estando como estaba tan acostumbrada a ver cosas terroríficas, no fuera capaz de ver una película de terror. Cuando ella le explicó que ya bastantes crudezas tenía que ver a lo largo del día, no volvió a insistir. Guardó los relatos truculentos para sus hijas, y en todo caso para sus lectores. Leonor se quedaba muda con las historias de crímenes. Le fascinaba la historia del médico del Balneario de Orito, al que habían metido en la cárcel acusado de violar y asesinar a una mujer, y solo con el paso de los años y la confesión de arrepentimiento del auténtico culpable en su lecho de muerte se supo que en realidad quien lo había hecho era un

trabajador del balneario que había aprovechado la ausencia del doctor para drogar con cloroformo a la víctima y cometer así su crimen. El arrepentimiento le había hecho vivir una existencia miserable. Leonor también le pedía en repetidas ocasiones que le contara la historia de una joven que se iba a casar, a quien el cura del pueblo citó en la iglesia para realizar el sacramento de la confesión. Al día siguiente apareció muerta junto a una acequia. Todos en el pueblo sabían que habían sido el cura, el alcalde y un guardia, pero nadie se atrevió a señalarlos porque eran los amos del pueblo. Con el paso del tiempo, los culpables empezaron a volverse locos porque cada vez que pasaban por la acequia veían a la muerta. Justicia divina. Aquella historia también se encontraba entre las favoritas de Susana, amante de los relatos sobrenaturales y fantasmagóricos.

Contaba la tradición que Orito era un lugar sagrado donde tras la Reconquista del siglo XIII, repoblada la comarca por aragoneses y catalanes, se había fundado un convento de la Orden de la Merced, en el que convivieron monjes y monjas. En el año 1555 encontraron la imagen de la Virgen de Orito, la más pequeña de todas las vírgenes de acuerdo con *El libro Guinness de los récords,* con sus 42 milímetros, y cuya composición era definida como de «materia indeterminada». Según Juan explicaba a sus hijas, la figura que había en la iglesia de Orito no era la auténtica, sino una copia, y en todo caso, no debía ser ninguna virgen, sino un exvoto íbero de lo más común en la región. Cada vez que un agricultor araba un bancal salía un pilar estela, una Dama de Elche o un toro ibérico. Juan las había llevado mil veces al Museo Íbero del municipio, donde se encontraban expuestas muchas de estas piezas y destacaba con especial protagonismo un toro íbero sobre el que se proyectaba una película que explicaba el ritual funerario de los ancestros que habían poblado las tierras de Monforte del Cid, Elche y alrededores. Juan no tenía que añadir nada, solo apuntar al hecho de que aquellas estatuas en piedra habían perdido los cuernos con el paso de los años, simbolizaban una media luna y la unión de la tierra con el cielo. Por eso los antiguos los respetaban no solo por su fuerza, sino porque no había mejor guardián para acompañar a los muertos en su tránsito hacia la otra vida. Ese era el motivo de que siempre estuvieran en alguna necrópolis, en lo alto de un pilar estela, vigilando a los fallecidos.

Si había una historia con la que todos convivían cotidianamente en Orito era con la de san Pascual Bailón, el pastorcillo que había llegado a trabajar para un hacendado de la zona y que solía salir con el rebaño por la sierra de las Águilas, donde se refugiaba del calor y las inclemencias del tiempo en un abrigo de la montaña, hasta que la

Virgen de Orito se le apareció y fue tal el rayo de vocación que ingresó en el convento, que entonces ya no era mercedario, sino franciscano. Rezaba la leyenda oritense que san Pascual cumplía cualquier deseo y era vengativo con aquellos que no le cumplían la promesa, a quienes perseguía a bastonazos. A veces los golpes eran para avisar una muerte o advertir desgracias. Devotos y no devotos habían acudido a la Cueva de San Pascual para pedirle algo. El lugar estaba lleno de flores, velones y exvotos. Susana y Leonor miraban la talla del santo con respeto y temor. Su padre les había contado que una vez una mujer había cogido una de aquellas flores, un clavel, para ponérselo en el pelo y al día siguiente había tenido que ir a devolverlo, despavorida, porque la noche anterior, mientras intentaba conciliar el sueño, sentía que alguien le daba tirones de pelo en el lugar donde se había puesto la flor. En más de una ocasión, Susana y Leonor se había colado en el dormitorio de sus padres por la noche, seguras de haber escuchado los bastonazos de san Pascual.

—Esto es culpa tuya. Lo sabes, ¿no? —solía recriminarle Estela.

Y Juan no tenía más remedio que agachar la cabeza delante de ella y disfrutar para sus adentros aquellas noches en las que dormía con sus tres chicas, aunque solo fuera para protegerlas en sueños.

Susana estaba dormida cuando llegó su madre, pero Leonor todavía estaba despierta, acurrucada en el sofá junto a su padre. Sabía que los jueves era noche de pizza y que saldría a más trozos porque su hermana pequeña había estado vomitando toda la noche y no podría comer nada.

—¿Qué veis? —preguntó Estela, y dejó el bolso sobre la mesa.

—¡Bob Esponja, Bob Esponja! —Se levantó de súbito la niña imitando la canción de la serie de dibujos animados, y corrió a abrazar a su madre.

Juan se sorprendió al ver a Leonor actuar de aquella manera. Era un comportamiento poco usual en ella, más bien típico de Susana. Pensó que, tal vez, al estar su hermana enferma, Leonor había cogido el relevo pasional. Elucubró con la posibilidad de que en presencia de su hermana pequeña se sintiera cohibida a la hora de expresar sus emociones de forma espontánea y se preocupó durante cinco segundos, no más, porque no le quedaban neuronas para más estreses paternales en lo que le quedaba de día, pero se prometió a sí mismo volver a preocuparse al día siguiente y comentarlo con su Estela.

—A mí ya me ha salido cara de Bob Esponja y todo, ¿me lo notas? —dijo él poniendo cara de Bob Esponja, si es que acaso eso existía.

Ella se acercó a su marido con la niña pegada a las piernas, lo tomó del mentón y se inclinó para darle un beso en los labios.

—Ahora que lo dices, te veo un poco amarillo. Luego cuando nos vayamos a la cama terminaré de inspeccionarte bien —susurró.

Juan se ruborizó, y a ella le encantó notar que no hacía nada por ocultarlo. Llevaban nueve años casados y todavía se ponía tontorrón por las esquinas cuando ella lo buscaba.

—Voy a ducharme —informó antes de subir las escaleras de la planta superior.

Juan aguardó pacientemente mientras su sirena se daba una ducha larga, sin sospechar que bajo el chorro del agua ella volvería a pensar en el cuerpo sin vida que había aparecido en la playa. Cuando salió, padre e hija ya estaban partiendo las porciones de pizza de hojaldre con tomate, atún, anchoas y maíz, la favorita de su mujer. Estela comía aplicadamente, mascaba pacientemente cada bocado, saboreaba cada matiz. Juan acabó antes incluso de que su mujer y su hija empezaran a comer, presa de una voracidad nerviosa que le hacía engullir la comida con ansia. Cuando mandaron a la cama a Leonor, la inspectora todavía estaba masticando.

El matrimonio se recostó en el sofá sin ver nada en la tele. Estela apoyada en el pecho de Juan, él acariciándole el cabello fino.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el trabajo?

—Hemos encontrado el cadáver de una chica en la playa del Pinet —respondió ella.

Juan no pudo ocultar su asombro. Su mujer no solía comentar los casos del trabajo. No fue eso, sin embargo, lo que más le sorprendió, sino el lugar en el que habían encontrado el cadáver, y seguramente por eso Estela había decidido compartir aquella información con él: El Pinet era la playa a la que él iba a pescar a veces; la misma playa a la que acudían a dar paseos por la orilla cuando eran novios. Ahora que lo pensaba, hacía una eternidad que Estela no había vuelto a querer volver con él a esa parte del litoral mediterráneo. Le costaba imaginar que en su orilla pudiera haber otra cosa que no fueran los besos que se habían dado.

—¿Suicidio? —preguntó él.

—No lo sabemos todavía. El parte primario lo ha registrado como muerte dudosa.

Juan notó que ella no quería hablar más del tema, pero aun así preguntó:

—¿Crees que la han asesinado?

—No empieces con tus novelas, cariño. Cuéntame cómo va tu historia.

Él no quiso insistir. No debía ser grato para ella pensar en esas cosas. A ojos de Juan, Estela era un ser extremadamente sensible y

sufría de un ligero estrés postraumático a causa de todas las maldades y miserias que veía en su trabajo día tras día. El escritor le contó cómo había avanzado la historia que estaba escribiendo desde la última vez que ella la había leído y especuló con ella sobre qué derroteros podría seguir la trama. Hablar sobre ello le ayudaba a superar bloqueos, hacía que se le ocurrieran nuevas ideas y contrastaba la validez de las que Estela pudiera proponerle. «Tienes una historiaca», le decía ella embelesada. Y él suspiraba preñado de adoración ante su musa, porque era la que le inspiraba todas esas historias que él le escribía y que solo tenían sentido si ella las leía. Otras veces, cuando Estela quería herirlo, le hacía hincapié en lo minoritario del género que Juan amaba escribir. Si quería consagrarse y ganar el Premio Cervantes, tenía que empezar a escribir como Gonzalo Torrente Ballester, Camilo José Cela, Francisco Umbral o, en todo caso, abandonar todos esos personajes drogadictos y maricones que desfilaban por sus páginas. ¿De dónde los sacaba? Probablemente de las memorias salvajes de su juventud, de las que Estela había llegado a conocer algo, aunque Juan nunca le había relatado de forma extensa ese episodio de su vida porque se había dado cuenta de que, cada vez que lo hacía, perdía puntos con su mujer. Estela tenía celos de todo lo que pudiera significar que Juan, alguna vez, estuvo enamorado de otras que no fueran ella, siquiera compartiendo besos sin amor, llevado por los ríos de drogas y alcohol que inundaban las noches de los años 90 en el Levante español, como la que acabó con el triple asesinato de las niñas de Alcàsser, cuando Juan era un adolescente, y la imagen de aquellas niñas torturadas lo visitaba en sus pesadillas.

Al principio de conocerlo era precisamente aquel plumaje de chico rebelde lo que más le había atraído. Con el tiempo, se dio cuenta de que a su mujer se le hacía insoportable cargar con esas historias de besos, música electrónica, éxtasis y amores pretéritos que Juan no dejaba de plasmar, de alguna u otra manera, en sus novelas. Si hubiera sabido cómo, le habría explicado que ese Juan del pasado no era él. Era otro. Si hubiera podido, también le habría explicado que escribir, para él, era una forma de sobrevivir. Le habría dicho que necesitaba expulsar todos los demonios que le comían las entrañas, la voz del niño roto que llevaba dentro, y la de todos los que se quedaron en el camino, las tres chicas de Alcàsser, la niña a la que su madre destripó en Almansa para sacarle al demonio que llevaba dentro, y a la que le había sacado las vísceras por el ano, orinando, defecando y drogándose en la misma cama donde mantuvo relaciones sexuales con otras trastornadas del beleño; el piso de Elche en el que la gitana vendía gramos de cocaína que pesaba delante de sus hijos, que

entonces tenían la edad de Susana y Leonor, y que no se tomó muy bien que Juan se negara a esnifar la raya de cata delante de ellos; la pistola que la Polvorones, una mujer en cuerpo de hombre, sacó una noche en la barra del Triana, su bar, al grito de «Todos a la puta calle» y él estaba tan borracho que todavía tuvo los cojones de pedirle que lo dejara tomarse la última; el italiano que se bajó los calzoncillos de leopardo en el aseo del Missing, le puso la mano en el miembro y le dijo con ojos lascivos: «Quiero correrme».

Antes de que el cansancio los rindiera, se fueron a la cama, Juan pisando las huellas de los enamorados. Entre las sábanas, Estela trajo a Juan al mundo, y Juan hizo que Estela saliera de él. Él necesitaba poner los pies en la tierra, y ella volar. Después cerraron los ojos al sueño y se dejaron dormir al arrullo de la noche. Las pesadillas no tardaron en tocar a la puerta de Estela. La ahogada la perseguía en ráfagas mientras Juan libraba sus propias batallas oníricas, así que no se dio cuenta de que su mujer se levantó a las tres de la mañana y fue a la cocina a prepararse un vaso de leche caliente, no sin antes asomarse al cuarto de Susana. Dormía tranquilamente, parecía que por fin iba a pasar mejor noche. Tropezó con un juguete e hizo auténticos esfuerzos para no despertar a toda el área residencial. Al abrir la nevera vio que no había leche. Juan se había olvidado de hacer la compra. Otra vez. Estela solía decirle que era un amo de casa bohemio. Cocinaba como los dioses y era tan creativo entre fogones como entre libros, pero era incapaz de hacer la lista de la compra ni de llevar a las niñas a la cita con el dentista el día que tocaba en lugar del día antes o el día después. De nada servía que se anotara las cosas en la agenda del móvil y las mirase una y otra vez. En su mundo, él veía otra fecha y otra hora distintas. Así que Estela llevaba una agenda paralela y le recordaba lo que tenía que hacer en cada momento. A veces, hasta tenía que recordarle que era escritor.

El garrote de san Pascual persiguió a Juan por unos pasillos oscuros, con sus bastonazos cada vez más fuertes y cercanos. Despertó bruscamente. Todavía podía escuchar el eco violento de los golpes. Agitado, miró a través de la ventana que daba a la Cueva de San Pascual, anaranjada por las luces que la iluminaban por la noche. El santuario permanecía en el mismo lugar de siempre, en lo alto de la montaña, sereno y calmado. La visión tranquilizó brevemente a Juan. Creyó oír otro bastonazo que le desató el corazón, pero dudó de sus sentidos. Tenía narcolepsia leve y los episodios de parálisis del sueño solían jugarle malas pasadas a la hora de huir de las pesadillas que se vestían de realidad, haciéndole creer que ya había despertado. Notó,

antes de girarse, que Estela no estaba en la cama. Podía sentir su vacío. Encendió la luz y abandonó el lecho. Sabía dónde encontrarla.

La encontró sentada en el jardín, apenas abrigada con una rebeca demasiado fina. Los grillos lo recibieron con su sinfonía nocturna.

—¿Quieres una infusión relajante? —preguntó.

—No —dijo ella.

Al final Juan se fue a la cocina, puso a hervir unas hierbas y salió de nuevo con dos tazas humeantes al jardín. Le ofreció una. Estela no la rechazó.

—¡Mira! —gritó él apuntando al cielo—. ¡Una estrella fugaz!

—¡Por Dios, Juan! ¡Qué susto me has dado! —se sobresaltó ella.

A Juan le costaba imaginarse que su mujer se hubiera alistado al cumplir los dieciocho años en el ejército y hubiera pasado tres años en el cuerpo de tierra. Sencillamente, no podía imaginársela. Debía estallar en mil pedazos, como un globo pinchado con una aguja, nada más oír el primer disparo. Le molestaba infinitamente que le dijeran lo que tenía que hacer, o el «tener que», y odiaba satisfacer los pedidos y demandas de los demás, aunque fueran formulados por sus seres más queridos y obedecieran a necesidades tan básicas como estar ahí, en un tiempo y lugar concretos, porque Estela siempre decía que estaba, pero solo estaba por teléfono, si es que lo cogía, o mensaje. Era de esas personas que veían los toros desde el burladero cuando la corrida empezaba de verdad.

No, no se imaginaba a su mujer en una lucha cuerpo a cuerpo en el campo de batalla. No estaba hecha para recibir órdenes militares, sino más bien para dirigir el mundo con carácter napoleónico, mandando a los soldados al frente, refugiada en su torre de marfil. No costaba mucho agraviarla, pero a Juan, acostumbrado a comérselo todo por dentro, le parecía que aquella actitud era de lo más envidiable. Le habría gustado estallar como ella lo hacía, echar espuma por la boca. Él huía de las conversaciones incómodas, pecaba de exceso de amabilidad, y cuando expresaba su disgusto se sumía en un profundo arrebato de arrepentimiento y se sentía un gusano de la peor calaña. Si había algo que tenía claro era que, el día que perdiera los estribos, el huracán que desataría sería tan grande que borraría todo el paisaje, y ya no habría vuelta atrás. El día que él tuviera que perder su tiempo para cantarle las cuarenta a alguien sería para decir adiós, y es posible que hasta evitara la despedida. Era un escritor famoso y todo el mundo lo conocía, pero sabía desaparecer si se lo proponía. No hacía falta dar explicaciones: todo estaba en sus novelas. Tal vez por eso escribía historias de terror, porque era el único medio que tenía para exorcizar los monstruos que lo atosigaban, mientras que Estela tenía

otros medios menos sofisticados, pero bastante más prácticos, pegar dos chillidos que, si bien no tenían muchos decibelios y se parecían más al graznar de un pato que a otra cosa, obtenían el efecto deseado con carácter inmediato. Juan nunca pegaba en el momento. Él se guardaba todas las balas que le disparaban para tener munición con la que atacar llegado el momento. Era rencoroso y lo sabía, pero nadie es perfecto.

Juan se arropó con una manta ligera y cubrió también a su mujer. La noche de cara lavada y estrellas nítidas refrescaba. A lo lejos se oían las ranas del embalse y un apagado rumor de grillos. Los gatos dormían en su casita felina. Solo Hidra, la gata mayor del reino, paseaba a sus anchas por sus dominios. Fue a restregarse a los pies de Juan. Él evitó acariciarla. Sabía que, si Estela percibía su presencia, la echaría de una patada. El animal, consciente de que su rival humana no le permitiría saltar al regazo del escritor, optó por quedarse en un discreto plano de esfinge vigilante, junto a los pies de Juan. Él agradeció la compañía silenciosa. Siempre le había parecido que Orito era un mar de paz y tranquilidad, el lugar ideal para formar una familia. Las niñas podían andar por las calles sin apenas tráfico de la pedanía, jugar bajo los pinos en la plaza del convento, corretear por el parque. Allí todos los vecinos eran el tío Manuel o la tía Pepita, personas cuyas familias se conocían de toda la vida. No había lugar en el que los pequeños no estuvieran a salvo, bajo la atenta mirada de los demás padres. Era precisamente aquella tranquilidad, aquel ojo vigilante que todo lo veía, lo que lo había sacado de quicio últimamente. Se sentía solo profesionalmente hablando, pero también emocionalmente. Estela estaba cada día más ausente y le resultaba difícil encontrar a alguien mayor de nueve años con quien conversar de algo que no fueran los niños, las clases de inglés o las pintas de la nueva tutora a la salida del colegio. El ambiente provinciano lo estaba matando.

Estela guardaba silencio. Las tazas humeantes exhalaban un suave aroma a flores de azahar. La noche corría por sus venas, despejaba almas. En aquel momento no había nada que hacer ni de lo que preocuparse. Solo estar. Permaneció absorto en la bóveda celeste, aquella negrura salpicada de estrellas, mientras sentía en su pecho la respiración de Estela. Juan la cogió de la mano y ella le acarició el pulgar unos instantes, antes de deshacerse de ella para arrebujarse con la manta.

—Venga, Estela, vamos a dormir, que si te quedas aquí te vas a enfriar —aconsejó Juan cuando se acabó la infusión. Estela tenía la virtud de coger un resfriado con la más mínima brisa.

—Que no —se quejó con el tono de voz de una niña, casi un plañido, y se arremolinó en el magnífico sillón de mimbre.

Juan trató de levantarla dulcemente, tomándola de los brazos. Ella le propinó un par de estufidos de gata, cuando no un arañazo, y él no tuvo más remedio que dejarla en el jardín con su santa voluntad e irse a la cama a leer, a la espera de que el sueño lo venciera. Encendió el Kindle y reanudó la lectura de *El agujero de Helman,* el libro que llevaba en danza esos días. Le costó deshacerse del desasosiego que el comportamiento de Estela le había provocado.

Al cabo de un rato, Estela regresó despotricando:

—¡Me has dejado sola ahí afuera!

—Pero si te he dicho que entrases… —respondió él acongojado, casi sin atreverse.

—¡Me has dejado sola ahí afuera! —volvió a gritar, no tanto como para despertar a sus hijas. Caminaba como una niña consentida, arrastraba la misma almohada que se había llevado antes para recostarse en el sillón de mimbre. Se tiró sobre la cama y se acurrucó en posición fetal, como solía hacer Susana. A veces Juan pensaba que, en lugar de dos niñas, tenía tres, una de nueve años, otra de doce y otra de cuarenta y cuatro.

—Dulces sueños, cariño —le dijo Juan, como siempre, cuando ella se dispuso a dormir.

—¡Tú no! ¡Que me has dejado ahí afuera!

Juan no sabía si reírse o llorar. Optó por ponerse nervioso y le dio una taquicardia. Al cabo de unos cuantos minutos de espasmos, Estela, a quien él ya creía profundamente dormida, se dio la vuelta, reptó por el colchón hacia él, le acarició fugazmente la mejilla y volvió a su sitio. El roce de aquella varita mágica le produjo el mismo efecto que si le hubieran inyectado un sedante para caballos. Primero lo hundía y luego acudía a curar la herida que ella misma había abierto, rescatándolo del negrísimo abismo y sumiéndolo en un mar de relajación.

Durmió profundamente, como buen adicto.

LA ASESINA DE LAS LILAS

Lena no podía dormir ni quitarse de la cabeza el rostro de esa chica que no existía, y ahora resultaba que sí existía. «No estaba loca. Lo sabía». Entonces, ¿todo lo demás también era verdad? La primera vez que sufrió un episodio psicótico la cosa no acabó del todo bien, aunque podría haber sido peor. Jesús y ella se habían conocido en la universidad mientras ella estudiaba Medicina, más por imposición familiar que por vocación; él perdía el tiempo en la cantina o jugando a las cartas en el césped, con algún canuto de lo que fuera, hachís, cocaína, marihuana, heroína… Jesús podría haberse fumado hasta el Cola Cao. A Lena le deslumbraba aquella forma suya de caminar, un alma lánguida y alargada, de porte romántico, la piel blanca contrastando con las greñas largas y negras como el tizón, el mentón sugerente, a medio camino entre un Gustavo Adolfo Bécquer y Clint Eastwood, un híbrido difícil de olvidar. Se sabía de memoria los versos de Panero —«suave como el peligro atravesaste un día con tu mano imposible la frágil medianoche y tu mano valía mi vida»— y atraía todas las miradas al pasar, reflejadas en el metal de su chupa de cuero. No estaba matriculado en ninguna carrera, ni habría podido hacerlo porque desde que su madre se había juntado con su padrastro, había dormido más noches debajo de los puentes que en su cama, y las cosas no estaban para tirar cohetes por Juan XXIII, el barrio de la periferia alicantina en el que se había criado. Pero encandilaba a todo el campus con la guitarra y las canciones pop-rock que componía con aquel genio poético que no tardó en triunfar. A los veinte años ya había grabado su primer álbum, dedicado «a Lena, mi faro en mitad de la locura». Y, si había algo que a ella le gustaba, eran las palabras. Todo el mundo le decía que se alejara de aquel desaliñado, que si era un drogadicto, que si no tenía futuro, pero ella bebía los vientos etílicos por él. Se dejó los estudios para acompañarle en porro y alma durante su primera gira por Europa. En Londres conocieron el *speedball*, un cóctel de heroína y cocaína que te ayudaba a estar alerta y relajado al mismo tiempo. Lo calentaban en una papelina de aluminio e inhalaban el humo que desprendía con un tubito de cristal. Así era como Jesús lograba apaciguar los nervios y el estrés de la gira, sin perder un ápice de chispa y vivacidad sobre el escenario. Fueron de los primeros en exportar la receta a España, rebautizándola como

«rebujito».

El éxito de Jesús y su banda iba en aumento. ¿Quién lo iba a decir? Al final parecía que aquel desaliñado sí tenía futuro… No había festival de rock al que no le invitaran ni circuito musical que se preciara sin el desaliñado del barrio Juan XXIII. Conforme más ascendía hacia la cumbre de la fama, más cheques llegaban, más limusinas aparcaban en la puerta, más incómodo se sentía Jesús en mitad de todos los compromisos que tenía que cumplir y más drogas hacían falta para sobrellevar la ansiedad y depresión que brotaban tras cada subidón. Y en toda aquella montaña rusa emocional, Lena iba siempre de copiloto, arrastrada por la carretera del amor. Se casaron en Las Vegas, después de un concierto en Los Ángeles, y probaron el crack. Se quedó embarazada de Amelia, y ambos acordaron no meterse nada, por el bien de la criatura. «Nosotros controlamos», pero nada. Tuvieron que internarse en una clínica de desintoxicación de dos mil dólares la noche de la que Jesús escapó una tarde saltando por la tapia. A Lena le pesaba demasiado la panza. De otro modo, seguramente, también se habría echado al monte. La cabra siempre tira. Después de dar a luz, volvieron juntos a las andadas, entre barcos a Venus y paraísos artificiales, con Amelia colgando de biberón en biberón, porque no podía de pecho en pecho: demasiadas sustancias tóxicas en la leche materna. Después vino Valentina, también sin querer queriendo, como Amelia, y el bebé nació con síndrome de abstinencia. Estuvieron a punto de quitarle a las niñas en dos ocasiones, pero los padres de Lena, uno de los matrimonios más pudientes de Elche, se las llevaron a vivir a la finca de Perleta a fin de evitar un mal de proporciones mayores. Su hija estaba perdida, pero todavía podían salvar a las nietas.

Corría el mes de marzo cuando Jesús y Lena se instalaron en la casa de la playa del Pinet, propiedad de la familia. El paisaje estaba lleno de florecillas de color lila, jaspeadas por la pasión de alguna amapola. Lena se había pasado toda la mañana al teléfono. Trató de convencerlos de que les llevasen a las niñas el fin de semana. Juró y perjuró que llevaban meses sin meterse nada. Todos sabían que era mentira. Accedieron únicamente a cambio de ir ellos también. No era la idea que Lena se había formado en su imaginación, con sus padres fiscalizando todos y cada uno de sus movimientos, las horas que duraba serena, los gestos y acciones que se interpretarían como señales inequívocas de «colocón», pero estuvo de acuerdo. Colgó el aparato y se acostó a dormir. Necesitaba echar una siesta. La despertaron los murmullos de una voz en la cocina. Era Jesús. Susurraba algo que no lograba entender, pero por algún motivo supo

que no se trataba de nada bueno. Se levantó de la cama y fue en dirección a la cocina.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella.

—Con nadie.

—Pero si te acabo de oír —insistió Lena.

—Lo habrás soñado.

Los padres de Lena llamaron aquella misma tarde para decir que les había surgido un imprevisto y no podrían ir a pasar el fin de semana con ellos. Ni siquiera se molestaron en dar una excusa sólida. Y Lena supo que había sido Jesús. Él los había llamado para llenarles la cabeza de pajaritos a sus padres, decir que no era buena idea que vinieran, inventarse alguna historia sobre su inestabilidad emocional para librarse de tener que recibir visitas. En el fondo, Lena siempre había sabido que él no quería a las niñas. Más que eso: las «odiaba». Tenía celos del amor que Lena les prodigaba. Podía notarlo en la forma en la que las miraba y no las miraba, en cómo hablaba con ellas, lo que les decía y no les decía. No las quería allí porque lo único que él quería era drogarse, y si estaban ellas de por medio, no podía ponerse hasta arriba, y mucho menos si venían acompañadas de los abuelos. «Sí, eso es».

—Has sido tú, ¿verdad? —le interrogó.

—¿Me he vuelto a dejar la tapa del váter…?

—¡No me vengas con esas! —estalló Lena llena de ira—. Has llamado a mis padres y te las has ingeniado para hacerles cambiar de opinión, ¡para que no vengan!

—Pero ¿cómo crees que yo he podido hacer algo así? Cariño, yo tengo la inteligencia justa para pasar el día. Si hubiera una manera de convencer a tus padres de algo, ya les habría convencido hace tiempo para que dejaran de tocarme las pelotas.

—Un fin de semana era demasiado para ti, ¿verdad? ¡Egoísta, que eres un egoísta! Lo único que te importa es pincharte tu mierda.

—Toma, claro, porque tú eres santa Malena y no te has pinchado nunca nada… —se defendió él con sorna.

—¡Yo por lo menos hago el esfuerzo de estar limpia dos días! ¡Al menos podías aparentar que te importan tus hijas!

—Lena, cielo…, sé que estabas muy ilusionada con la visita de las niñas. Llevamos mucho tiempo sin verlas. Tus padres siempre hacen lo que les sale del capullo. Dicen que van a venir, y luego no vienen. ¡Enfádate con ellos, no conmigo! Yo también estoy desolado.

Lena lo miró en conjunto, de izquierda a derecha, de arriba abajo, tumbado sobre la cama, con los mismos calzoncillos del día anterior, la cabeza apoyada bajo el brazo, una pierna doblada sobre cuya

rodilla descansaba su mano, y en ella, un cigarrillo que ya hacía tiempo que pedía a gritos un cenicero. A Lena no le pareció la viva imagen de la desolación, sino la de un tío que se había salido con la suya, a costa de sus hijas. Y no, eso no, por ahí sí que no… Lena empezó a sentir un vacío en su vida. Era él, chupándole la energía, tragándose toda su luz, como un agujero negro. Lo miró con más detenimiento. Comprendió que Jesús se había convertido en su enemigo y que lo que estaba haciendo allí, tirado sobre la cama, mientras miraba las musarañas que colgaban de las aspas del ventilador del techo, era pensar en el modo de deshacerse de las niñas para siempre. La droga le había convertido en un demonio insaciable, al que había que alimentar a base de jeringas. «Pínchamela en el cuello, Lena», le decía, para que el subidón fuera de montaña rusa. «Dios, esto es cincuenta veces mejor que echar un polvo», suspiraba. Estaba poseído por la malicia. Tenía fama, dinero, una mansión en cada puerto y coches de lujo aparcados en la puerta. Todo eso le había dado su carrera musical. Pero era un fantasma al que se le habían caído casi todos los dientes, aunque el dentista hiciera milagros; llevaba la cara como un colador, y ya no componía ni hacían el amor, salvo cuando iba puesto de éxtasis, porque la heroína era una amante celosa.

Jesús la miró y Lena sintió un escalofrío. Acababa de verse reflejada en el espejo de aquel demonio que la invitaba a seguirlo, con ese brillo maléfico en la mirada. Primero se desharía de las niñas, y luego se la tragaría a ella, la haría desaparecer en la masa viscosa negra que refulgía en su interior. El miedo empezó a cocerla a fuego lento, sin apenas dar señal.

Tenía que proteger a las niñas.

No fue algo que hiciera de un día para otro, pero tampoco hubo excesiva premeditación. Tenía que matarlo y punto. Era ella o él, y en semejante disyuntiva, había de ser ella la que triunfara si quería salvar a las niñas. En esa montaña de peligros, el calendario empezó a hacer cosas raras y mandar señales. Y una mañana en la que el día y la hora se confabularon, cogió el cuchillo que desde hacía días la llamaba con su brillo cada vez que abría el cajón de los cubiertos, y salió de la casa con el sello del destino brillando en su pecho. Aquello era lo correcto. Podía oír a los ángeles aplaudiendo en el cielo. Jesús estaba tumbado, casi escondido, sobre un mullido lecho de lilas altas, por encima de las cuales emergía una pierna reposando sobre la rodilla flexionada de la otra, y la chimenea del cigarrillo elevándose sinuosamente hacia los techos de su propia maldad. Lena creyó descifrar algunos símbolos en aquella serpiente de humo.

Sorprendentemente, a pesar de que nunca había tenido el valor necesario ni para matar a una mosca, no dudó un solo instante. El pulso la acompañó con valentía, sin un solo temblor, a la hora de clavarle la primera puñalada. Jamás se había sentido tan decidida a algo en la vida. La expresión de Jesús parecía reflejar más asombro que dolor. «Pero ¿qué coño haces, Lena?», oyó dentro de ella mirándose en los ojos de él. Lo que más le extrañó fue que no se muriera. No debía haberle dado bien. Volvió a intentarlo, pero él detuvo la estocada con la mano y un poco de aplomo, y ¿por qué no decirlo?, con muchas ganas de vivir, aunque fuera una vida de mierda. Lo cierto es que Lena tenía la fuerza de un gorrión. Al ver brotar la sangre se mareó. Dejó caer el cuchillo. Los siguientes instantes fueron confusos. No hubo denuncia policial, pero sí intervención familiar. La institución mental en la que la recluyeron extendió un informe que rezaba: «delirio paranoide». Solo tras tomar la medicación, y a medias, comprendió que Jesús no era un demonio. Claro que él lo que comprendió era que ella, sí lo era. Aquel fue el último día que lo vio, allí entre las lilas. No consintió en quedarse para escuchar su perdón ni sus lágrimas esquizofrénicas ni su arrepentimiento psiquiátrico. Tiempo después, Jesús moriría de sobredosis, y Lena, con o sin antipsicóticos, pensaría: «Por fin podré volver a estar con mis hijas». Y así fue.

PREGUNTANDO SE LLEGA A NINGÚN SITIO

Estela volvió a despertarse antes de rayar el alba. Miró a través del ventanal del dormitorio. Los gorriones del enorme nisperero, el más grande y frondoso que hubiera visto jamás, ni siquiera en Callosa d'en Sarrià, con sus siete metros de altura, no tardarían en comenzar a discutir acaloradamente entre las ramas. No podía verlos, pero sabía que estaban ahí, ocultos. El escándalo matutino que generaban los pardales la molestaba más que cien despertadores.

—Hablan mucho —le comentó una vez a su marido. Se refería a los pájaros.

El otro inconveniente que desagradaba enormemente a Estela era que durante la época invernal el bendito árbol no paraba de soltar hojas y había que barrerlas continuamente, y el jardinero no daba abasto entre las palmeras de la entrada, la pinada de la casa de la piscina y los frutales de la finca. Aquel nisperero nunca fue un árbol deseado. Había nacido por accidente, una tarde de verano en la que un mirlo había acudido a comerse el fruto de su pasión en aquel mismo lugar, dejando la semilla sobre la tierra. La lluvia se encargaría del resto. Así habían brotado también tres higueras a las que Estela pensaba abortar en cuanto tuviera un momento, porque esas benditas podían crecer espontáneamente en cualquier lugar y siempre encontraban la manera de salir adelante; y en la zona de la finca Juan podía tener lo que quisiera, pero en aquel preciso pedacito de tierra frente al dormitorio no estaba dispuesta a tolerar ni un solo criadero de pájaros más.

Oyó el primer gorjeo. Aquello solo eran los cuartos de las campanadas. Por un instante, volvió a su infancia, los veranos en Xermeade, el gallo que cantaba a las tres de la mañana. Su abuela decía que cuando cacareaba a esas horas era porque estaba espantando al diablo, y cada vez que lo oía sudaba fríamente entre las sábanas. Se giró sigilosamente. Juan dormía en el otro extremo de la cama, abrazado a una almohada. Estela había observado que, la noche que se ponía arisca, él amanecía así. No sintió remordimientos: que no se hubiera ido a dormir sin ella ni la hubiera dejado allí fuera como si fuera un gato. Una cosa era que ella saliera a tomar el fresco por su cuenta y otra bien distinta que, estando con ella, él se marchara como si tal cosa. Sin su permiso.

Volvió a rodar sobre el lecho. Cogió el móvil de la mesilla y redactó un mensaje para Martínez: «Pasaré a por ti a primera hora. Vamos a dar una vuelta por La Marina». Enviar. Enviado. Juan le había dicho más de una vez que aquella manía suya de mandar mensajes a su ayudante a horas intempestivas no era precisamente el colmo de la consideración. ¿No podía esperar? Estela siempre le contestaba lo mismo: «Pues que apague el móvil. No es culpa mía si lo tiene encendido». Se levantó sin hacer ruido y entró en el baño. Mientras orinaba, aprovechó para enviar un mensaje a Épsilon, otro a Manolo y un tercero a Delta porque, a excepción de Manolo, a quien conocía desde hacía mucho antes que a Juan, sus admiradores secretos tenían curiosos sobrenombres: las letras del alfabeto griego, unos tenían cara de Omega y otros tenían cara de Alfa. A todos puso la zanahoria frente al hocico de burro antes de tirar de la cadena. Se lavó la cara y eligió un conjunto de lencería que favoreciese su escaso busto. Se habría operado, de no ser por el miedo que le inspiraba el quirófano. Se vistió sin pausa, pero sin prisa, se recogió la cabellera de trigo en un moño y se puso las gafas, a través de las cuales se dio un último vistazo frente al espejo. No usaba maquillaje, ni era amiga del perfume, salvo en ocasiones muy especiales. Solo le faltaban el pañuelo y los zapatos. El tacón quedaba descartado. Tocaba pisar arena. Se escabulló hacia el vestidor de puntillas. No quería despertar a Juan, aunque sabía que le gustaba que ella lo despertase para despedirse de él con un beso antes de marcharse al trabajo. Salió del dormitorio con las prendas en la mano y no se las puso hasta estar en el umbral. Ya desayunaría algo por el camino. Cerró la puerta sin sospechar que aquel día Juan se había despertado antes que ella.

La brisa de la mañana le acarició la piel. La puerta automática se abrió ante el avance del vehículo, que se deslizaba como la seda. Había burlado a los gorriones. Condujo hasta la Cueva de San Pascual para ver el amanecer sobre el horizonte marítimo que se dibujaba tras las montañas. Era tan temprano que ni siquiera el monje de turno había llegado todavía. Desde el mirador, el paisaje árido que el clima seco del Mediterráneo había confeccionado desde Alicante a Israel se extendía ante sus pies. Un romero aquí, un tomillo allá, cuatro pinos carrascos y algún olivo. No había más en el monte, solo sequía y una imparable desertificación, el enemigo silencioso al que nadie parecía prestar atención. A espaldas de Estela, los viñedos alfombraban el Valle de las Uvas. Con los acuíferos sobreexplotados y perdiendo miles y miles de hectáreas de suelo fértil cada año, las comarcas del Alto y Medio Vinalopó, l’Alacantí y la Marina Baixa se morían de sed porque allí llovía tanto como en el Sahel. O sea, nada, poco y mal. Gota fría.

La brasa del sol naciente emergía sobre la superficie de las aguas con la cara ardiente, las nubes arreboladas. El horizonte quedó convertido en una fragua. Los tonos anaranjados adquirieron una expresión de triunfo amarillo. La luz ganaba la batalla contra las sombras. El cielo despertó y le dio una bienvenida clara, azul. En aquellos instantes recordaba por qué se había ido a vivir a aquel lado del mapa nada más cumplir los dieciocho años. Por aquel resplandor de los días que espantaba a momentos la vida gris. Estela sintió un escalofrío. Respiró profundamente, en un intento de atrapar el calor del amanecer. La cabellera dorada refulgió bajo la mirada del sol. Candela humana, regresó al interior del vehículo y puso rumbo a Elche, con el pensamiento anclado en la imagen de la muerta de la playa. La muerta de la playa. Muerta.

Si la desconocida había aparecido ahogada en la playa del Pinet, había muchas posibilidades de que no fuera la primera vez que hubiera estado por allí. Tanto si había decidido apagar la luz para siempre como si una mano ajena había apretado el interruptor sin su permiso, quizás alguien la vio antes por allí o la conocía de algo. La Marina no debía tener más de dos mil habitantes y entre sus playas, El Pinet tampoco era la más turística, especialmente en temporada baja. Allí se conocían todos. La alemana que se sentaba todas las mañanas frente a la barca de la arena a leer; la pareja de jubilados holandeses que recorrían todas las mañanas la orilla de punta a punta, siempre descalzos, sin importarles si el agua estaba fría; la familia de ilicitanos que acudían los domingos que hacía bueno a cocinar una paella en las casitas de las rocas, porque un buen arroz, como todos los alicantinos sabían, sabe mucho mejor si se cocina a nivel del mar; la clientela habitual del restaurante; la chica que hacía surf los jueves por la mañana; el tipo que acudía a pescar pulpos cuando había pulpos, y doradas cuando había doradas.

A todos ellos preguntaron la inspectora Muñoz y el agente Martínez aquella mañana de cielo radiante y nubes rizadas. Martínez no se había alegrado mucho de verla:

—¿Usted no duerme por las noches o qué? —le había dicho, visiblemente molesto, al recogerlo en su casa.

—¿Quieres subir al coche y dejar de ladrar?

Estela tenía razón al pensar que alguien del entorno la había visto antes, aunque el ejercicio de mostrar la foto de un cadáver no les sembró muchas simpatías. Aquella mañana, no hubo ninguna sonrisa, solo caras de espanto. Nadie parecía recordar aquel rostro entumecido por la muerte, excepto el tipo de los pulpos y la pareja de holandeses. Pero ninguno de ellos sabía quién era ni cómo se llamaba.

—¿La ha visto por aquí antes? —preguntó Estela. Martínez tomaba notas.

—Pues sí —respondió el pulpero con cierta conmoción al ver la imagen.

—¿La conocía? —inquirió el agente Roberto Martínez.

—No.

—¿En qué quedamos? ¿La conocía o no la conocía? —Se desesperó Martínez.

Estela disfrutaba viendo a su compañero perder la paciencia.

—Eh… —El hombre pareció entrar en un charco de confusión—. Bueno, me acuerdo de ella porque un día se acercó a preguntarme qué cebo usaba para pescar los pulpos. Yo vengo a pescar aquí. —Se detuvo súbitamente—. Oiga, no me irán a poner una multa por eso, ¿no?

—Depende —soltó Martínez—. ¿De qué tamaño son las piezas?

—No se preocupe por eso —acudió Estela al rescate—. ¿Sabe cómo se llama?

—Pues la verdad es que no lo sé. Cruzamos algunas palabras sobre pesca varias veces, pero no se me ocurrió preguntarle cómo se llamaba. ¿Debía haberlo hecho? —preguntó con preocupación.

—¿La ha visto por aquí recientemente? —dijo Estela.

—¡Qué va! A esta hace años que no la veo pasar por aquí —informó el pulpero.

—Perdone que se lo diga, pero si hace años que no la ve, y solo cruzó algunas palabras de ella, o es usted muy buen fisonomista, o tiene una memoria del tamaño de un piano —se apresuró a decir Martínez.

—Ni una cosa ni la otra. Pero ese tatuaje… Justo aquí, donde yo planto la banqueta… —Señaló alrededor con la cabeza.

Martínez y Estela echaron un vistazo. No era época de bañistas, pero había algún que otro nudista tostado al sol de la primavera.

—Entiendo —zanjó Martínez.

Estela se fijó en la fotografía. Tenía que reconocer que ella también se había dado cuenta. La muerta tenía lo que ella denominada «pecho playa», ni muy grande ni muy pequeño, firme, pezones apetitosos y aureola marrón claro, aunque, obviamente, el pescador había enmascarado su memoria mamográfica en relación al tatuaje que partía de la parte superior del pecho y bajaba por el canalillo hacia la parte superior del ombligo.

De camino al restaurante Galicia, donde tenían previsto preguntar, Roberto comentó el detalle del tatuaje.

—Lleva pelos de etarra. Y ese tatuaje con una serpiente

enroscada… A lo mejor era una prófuga de la justicia, de esas que en su día se fueron a Francia.

—Tú sí que estás hecho un etarra —dijo ella.

—Nos tomamos algo, ya que estamos, ¿no? —sugirió Martínez al pisar la terraza del establecimiento—. Que estoy muerto de hambre.

Estela lo consideró por un instante, al fin y al cabo, eran seres humanos y debían atender las necesidades fisiológicas del organismo, por mucho que le pesara. Tenía un cuerpo, como todo el mundo, y le gustaba tenerlo, porque gracias a él sentía la brisa sobre su piel, y aquella sensación que el resto de los mortales tendía a ignorar, era un lujo para ella. No había muchas cosas que Estela pudiera sentir, salvo aquellas percibidas a través de los sentidos, o las provocadas por la azarosa combinación de los agentes neurotransmisores de su organismo. De no ser humana, Estela podría pasar por un ente de inteligencia artificial, programado exclusivamente para cumplir sus objetivos. Todo lo que manifestaba, a nivel emocional, era fingido, aunque sus dotes de actriz eran de Óscar. Si algún día dejaba la carrera policial, siempre podía irse a Hollywood.

—Si el tío de los pulpos la vio más de una vez, lo más probable es que entrara a este mismo restaurante a tomarse algo, ir al baño o cosas así —dijo Martínez.

Estela coincidía con él, pero no sentía la necesidad de expresarlo.

La dueña del restaurante Galicia era una mujer de mediana edad, algo entrada en carnes, pero con unos ojos de belleza abisal, una sirena vieja con una ristra de marineros en el saco de las conquistas. Su mirada de agua clara y coral invitaba a bañarse en un mar del que había pocas probabilidades de salir ileso. Estela hizo un primer análisis en frío. Anillo de casada —a saber cuántos cuernos llevaba el marido—, laca en el pelo —lo cual no dejaba de denotar una personalidad fuerte—, tos de fumadora, ojos pintados, labios perfilados y lascivia exudando por los poros de su indiscutible piel blanquecina aunque saludablemente bronceada. Era el tipo de mujer conocedora de sus límites, consciente de sus complejos, pero también del poder seductor. Se llamaba Adela.

—¿Conoce a esta chica? —preguntó la inspectora Muñoz.

Apenas había gente en el restaurante a esas horas tempraneras.

—¿La ha visto alguna vez? —dijo Martínez casi al unísono.

—¿Es la que encontraron el otro día? —preguntó tras la barra Adela. Abrió una botella de coñac y vertió un chorrito en un café.

Estela se fijó en los carteles que había a la entrada de los baños, uno para ellos, otro para ellas y otro etiquetado con un signo de interrogación.

—Sí —asintió Martínez.

Adela miró la foto con interés. La inspectora Muñoz volvió a centrar su atención en la dueña del Galicia, en particular en su gesto a la hora de observar la fotografía.

—No —negó con la cabeza—. La cuestión es que me suena, ¿sabe? Pero no sabría decir. Viene tanta gente por aquí… ¿A ti se suena de algo, cari? —se dirigió al hombre que estaba al otro extremo de la barra.

El susodicho *cari* se acercó hasta donde estaba la mujer, le rodeó la cintura con el brazo y miró por encima del hombro de la despampanante fémina.

—Este es mi marido Pepe —dijo ella a modo de presentación.

—En este estado, me resultaría difícil hasta reconocer a mi hermana… —dijo Pepe alias el *cari* con mohín desagradable—. Es la del otro día, ¿verdad? ¿No encuentran a su familia?

Roberto alargó la mano para retirarles la foto, pero la inspectora lo detuvo. Quería examinar a Adela unos segundos más mientras contemplaba la imagen. Había algo perturbador en su mirada voluptuosa, en la forma en la que sus pechos se movían, aquel camino exuberante que bamboleaba frente a quienes zigzagueaban a su alrededor, aturdiéndolos, como un perfume demasiado atrayente, una luz ciegamente poderosa para los insectos del amor. «Miente», pensó Estela. Un mentiroso siempre reconoce a otro mentiroso.

Almorzaron en la terraza del restaurante Galicia, un balcón que volaba sobre el mar con sus olas en busca de la orilla. Las gaviotas vigilaban sus dominios marítimos desde el reino de los aires.

—Dan ganas de tirarse, ¿eh? —dijo Martínez mirando el agua.

—Miente —soltó Estela con la mirada absorta en el mar. A veces olvidaba que tenía compañía, tan invisible era Martínez para ella. Se arrepintió de haber compartido en voz alta aquel pensamiento con él.

—¿Qué? ¿Quién? —se interesó el agente.

—La tal Adela —respondió Estela, y se llevó la tostada con tomate y aceite a la boca para pegar un mordisco pequeño y discreto.

—¿De dónde saca esa teoría? No, no me lo diga, de las novelas de suspense de su marido.

Estela masticó con calma mientras Roberto Martínez la miraba, aguardando una explicación. El agente desistió y bajó la mirada hacia el café con leche, convencido de que no obtendría respuesta. Estela deglutió y, tras una breve pausa, dijo:

—Ahora mismo no me apetece ponerme a dar clases de psicología. Si quieres saber qué rasgos de comunicación no verbal permiten

detectar a un mentiroso, ve a la universidad, o léete una novelita de esas de Sherlock Holmes o Charles Poirot, que ya sabemos que no has hecho ni una cosa ni la otra. Juan se dedica a otro género, y es jodidamente bueno en lo que hace, y no lo digo porque sea mi marido —no lo dijo enfadada, más bien sin perder una sonrisa animosa en los labios, como si le acabara de dedicar las palabras más amables.

Martínez emitió un gruñido de disgusto, se acabó el café con leche de un trago, se puso en pie y dijo:

—Me voy a cagar.

Era su forma de reaccionar cuando la inspectora Muñoz le tocaba mucho las castañas. En su casa le habían enseñado a no pegarse con las niñas, por muy puñeteras que fueran; en el cuerpo de policía le habían advertido a no responder a un superior. Pero nadie le impedía decretar su intención de irse a cagar. Y todos los que lo conocían sabían que, cuando Roberto decía que se iba a cagar, en realidad lo que quería era enviar a cagar al de enfrente. Se fue echando gas mostaza hacia los aseos del restaurante. Estela disfrutó el instante. Cuanto más cabreado estaba Martínez, más contenta estaba ella.

La inspectora había sido honesta al decirle a Roberto que su marido era jodidamente bueno. Admiraba profundamente el talento literario de Juan, el genio y creatividad con el que tejía historias y palabras. Era como un dios creando al ser humano a partir de un trozo de barro, diseñando después para él un mundo hecho a su medida, un terrario en el que meterlo y poderlo observar a través de una cúpula de cristal, para entretenimiento de ángeles y no tan ángeles. Juan era un médium, de trance en trance, se comunicaba con los espíritus de la fantasía e interpretaba sus mensajes sobre el papel. Era algo que Estela, por mucho que quisiera, no podía hacer, solo imitar con diligente técnica y maestría, como el alumno que aprendía a tocar el piano interpretando a Chopin. Podía dar el pego, pero seguía siendo una impostora. Eso era Estela, un camaleón de las emociones, presta a camuflarse y adoptar la apariencia de un búho, o un león, pero sin llegar a ser jamás ninguna de aquellas cosas.

Recibió un mensaje de texto de Juan, como si al pensar en él lo hubiera conjurado: «¿Vamos esta noche al teatro? Berta se ha ofrecido a hacernos de canguro». Juan llevaba tiempo anunciándole su deseo de ir a ver *Todas las noches en un día,* de Alberto Conejero, en el Teatro Principal de Alicante, con Carmelo Gómez y Ana Torrent.

Estela siempre le contestaba: «Pues ya lo vemos». Juan sabía que cuando su mujer pronunciaba aquellas palabras era porque no tenía

pensamiento de hacerlo. Lo mismo que les decía a las niñas si le preguntaban si al día siguiente las llevaría a la feria o cosas así: «Pues ya lo vemos». Una forma momentánea de salir del paso sin decir no que implicaba una mínima esperanza, pero que nunca se llegaba a materializar. Al final, tanto las niñas como Juan aprendieron a traducir aquella frase por su verdadero significado: «No»; solo que su marido esperaba que llegase el día en que Estela *lo viera de verdad*, aunque lo que más le irritaba era que no tuviera las agallas de decirle que no desde el principio. Y si había algo que Juan detestaba era faltar a las palabras, pervertir su significado, despojarlas de su verdad; decir «voy a pensarlo» cuando en realidad no tenías intención de hacerlo; decir «voy a hacer esto» y, llegado el momento, no hacerlo, desdecirse, recular. Era aquella falta de honor que Estela exhibía con frecuencia sin pudor lo que le sacaba de quicio, y Estela lo sabía. Para su marido —gajes de escritor—, la palabra era sagrada, y violarla, un acto criminal. «¿Qué era el ser humano sin palabra?», solía decir a menudo mientras ella asentía dándole la razón.

Escribió el consabido mensaje de texto: «Ya lo vemos». Enviar. Enviado.

La jornada no dio frutos. En la playa del Pinet nadie parecía conocer a la muchacha de la foto. Estela pasó la tarde en comisaría, absorta en papeleos. Cualquier cosa antes que volver a casa y sacar a pasear a Juan. Recibió varios mensajes de su marido a los que respondió con diligentes evasivas, al tiempo que intercambiaba mensajes con Manolo y hacía planes con Épsilon, o eso creía Épsilon.

Aquella noche, por supuesto, no fueron al teatro.

LAS LÁGRIMAS DE JUAN

La trompeta de John Coltraine sonaba en algún lugar del salón. Las niñas dormían. A Juan le había costado dos capítulos de Bob Esponja, pero al final se habían quedado fritas. Siempre había pensado que la banda sonora de aquellos dibujos animados era hipnótica. Cruzó algunos mensajes de texto con Jimena, una escritora que acababa de ganar el Premio Herralde de Novela. La había conocido en una charla del curso de especialización que ella impartía en la Universidad de Alicante y, desde entonces, habían fraguado una amistad rociada de pequeñas y grandes confidencias. Jimena y él se habían contado cosas que no habían compartido con nadie, o con muy pocos, desde el primer día que se sentaron a tomar café.

John Coltraine sopló con fuerza. Recibió un mensaje de Berta. Estaba molesta con él porque no había sido capaz de confirmarle si debía ir a hacer de canguro o no hasta el último momento. A Juan tampoco le resultaba agradable alimentar a la gente con incertidumbres; era Estela la que no soltaba prenda hasta el final, la que montaba en cólera si le pedía que se definiera, la que permanecía en la sombra cada vez que Juan tenía que dar la cara, «es que tiene mucho trabajo», «es que no se encuentra bien», hasta que se le acabaron los «es que». Aun así, Juan sentía adoración por Estela. La había puesto por delante de todo y de todos, hasta cuando las niñas —cargadas de razón— trataban de ganarse a su padre en contra de Estela, siempre leal al trabajo, pero desleal a la familia, ausente y sin aparente sentimiento de culpabilidad por no haber acudido a esa fiesta de cumpleaños, a esa función del colegio. Juan siempre la excusaba.

Hidra se acercó a ronronearle y se restregó contra sus piernas. La gata había llegado a casa una tarde de lluvia, años atrás. Leonor la llevaba escondida dentro del anorak y, aunque vivían en el campo, fue duro convencer a Estela de que la dejara quedarse con aquella criatura felina. Finalmente, había accedido. Pensaba que aquel ser peludo podía ayudar con las ratas que por las noches invadían el jardín, en vista de que el ayuntamiento no hacía nada para acabar con la plaga de roedores. Y si había algo que a Estela le asqueaba por encima de todas las cosas era oírlas durante la época de celo, zangoloteando

entre la hojarasca del nisperero. Tal llegó a ser su desesperación que una noche salió armada con una escopeta a la que había insertado una mirilla nocturna, dispuesta a matarlas una a una. Juan recibió un perdigonazo en el pie al intentar evitar que alguien saliera herido —¡cuántas veces le había dicho que no quería armas en casa, con las niñas!—, y solo cuando Estela vio a Juan emitir berridos de dolor cejó en su empeño.

Las malditas ratas habían horadado el terreno con galerías subterráneas. Estela tuvo la magnífica idea, para espanto de Juan, de coger la manguera de regar e introducirla en uno de aquellos agujeros e inundar la madriguera. Aguardó pacientemente con un palo entre las manos, hasta que vio salir a una rata, desesperada por escapar del ahogamiento. Estela le clavó la estaca mientras el animal chillaba desesperadamente. No paró hasta matarla. Era consciente de que aquella baja en las filas ratoniles no suponía nada en la gran guerra de los cinco ejércitos, pero su necesidad de actuar contra aquellos seres que ella consideraba como los enemigos naturales de la humanidad era imperiosa. Los de la empresa de control de plagas le habían dicho que acabar con ellas iba a ser difícil mientras el entorno fuera tan atractivo. La finca en la que Juan y Estela vivían con sus hijas era la única con arboledas de pinos, encinas, olivos y frutales de todas clases, y aquella pandilla de peludas estaba hambrienta. Otras veces, por las noches, Estela les tiraba petardos, por el simple gusto de espantarlas, y en todo caso, gastaba cantidades ingentes de dinero en cebos que, si bien lograban eliminar algunos ejemplares, jamás conseguían acabar con ellas, aunque probablemente sí matar de un ataque al corazón a algún gorrión plácidamente dormido entre las ramas de alguna carrasca. Juan le había dicho que eran unos animalillos tremendamente inteligentes y que, a la hora de probar cebos nuevos de veneno, enmascarados de comida, siempre mandaban a las compañeras enfermas o viejas a probarlo primero para comprobar si era tóxico. Lo había visto en un documental de la BBC.

—¿Y si talamos todos los árboles? —oyó Juan a su mujer preguntarse en voz alta una noche.

Él se tiró de los pelos. Cuando a Estela se le metía algo en la cabeza podía arder Troya. Había algo peor que una persona terca, y era una persona terca que siempre se salía con la suya: esa era su mujer. Así pues, Hidra —el nombre se lo puso Juan—, aquella gatita de ojos verdes como el jade y pelaje largo tricolor, llegó como caída del cielo en un tiempo en el que Juan ya pensaba que su mujer iba a convertir la finca en un desierto. El felino pasó a ser un nuevo miembro más de

la familia. Estela ya le había dejado claro desde el principio que no iba a esterilizarla, porque quería que cuando creciera y entrara en celo se aparease con otros gatos para así reclutar lo que ella denominaba la «patrulla felina contra las ratas». Juan sabía que a Estela no le gustaban especialmente los gatos, pero como «el enemigo de mi enemigo siempre es mi amigo», esposa y gata decidieron aliarse cordialmente sin invadir el espacio de la otra. Hidra se cuidaba mucho de entrar en casa si ella estaba. No se caían bien, pero ambas sacaban algo a cambio con aquella convivencia. A quien sí apreciaba el animal era a Juan, que era el que se había encargado de darle de comer, llevarla al veterinario, rascarle el lomo con el cepillo, dejarla dormir en su pecho cuando *la otra* no estaba y cambiarle el cajón de arena. Estela siempre se quejaba de que la alimentaba demasiado. «¿Cómo esperas que se ponga a cazar ratas si la cebas a pienso?». Juan le quitaba importancia. Sabía, por otro de los muchos documentales que había visto, que los gatos eran los animales más predadores del planeta, los únicos que mataban por diversión y no para comer. Hidra no tardó en dar muestras de sus habilidades depredadoras. Cazaba todo lo que se movía: murciélagos, cucarachas, saltamontes, gorriones, tórtolas. Las ratas las atrapaba de dos en dos, a veces de tres en tres, y siempre las dejaba en el felpudo de la puerta de casa, en una ofrenda de contribución de trofeos a la familia. Jamás se las comía. La primera vez que se quedó preñada parió seis hermosos gatitos de todos los colores, a los que, en cuanto dejó de amamantar, solía alimentar trayéndoles una liebre entre las fauces. Algunos sobrevivieron, otros no; varios se quedaron en la finca, el resto desaparecieron sin que nunca más volvieran a saber de ellos. En cualquier caso, la única que tenía entrada libre en la casa, por gracia de Juan, era Hidra. La segunda vez que se quedó preñada parió otros seis gatitos, a cada cual más bonito. La cosa se empezó a poner muy gatuna. El ruido ratonil cesó. Ya no se oían por ninguna parte, ni se las veía correteando entre la hojarasca, ni había cagarrutas en los rincones, ni olía a roedor, aquel olor tan detestable. Estela había ganado. Ya solo se oía a los gatos en celo, los maullidos lastimeros, las peleas callejeras, arañazo va, mordisco viene. Estela sonreía cada vez que oía a su patrulla felina, porque aquel sonido, lejos de molestarla, le sonaba a gloria: era el rugido de su victoria. Por fin podía dormir tranquila. Y el que empezó a no pegar ojo con todo aquel maullerío nocturno fue Juan.

—Estela, ¿a ti no te parece que es hora de esterilizar a los gatos? —comentó Juan una mañana.

—¿Y eso? —preguntó Estela.

—¿Y si vienen los del ayuntamiento o los de la asociación esa de

Gatitos en Apuros y nos denuncian por no esterilizarlos?

—¿Y a las ratas quién las esteriliza, Juan? ¿Eh? ¿Quién? Cuando se pongan ellos a esterilizar a las ratas, ¡me pongo yo a esterilizar a los gatos! —Parecía tan afectada como indignada—. Lo que tienes que hacer es no darles de comer. Vivimos en el campo. Que se busquen la vida.

Ya hacía tiempo que Juan había dejado de alimentarlos, excepto a Hidra. Con el tiempo se desperdigaban por los montes y no asomaban los bigotes nunca más. Aun así, Juan procuraba dar en adopción a todos los que podía. A menudo eran Susana y Leonor las que encontraban entre sus compañeros de colegio un hogar para alguno de aquellos gatitos. Los últimos habían ido a parar a casa de la abuela de Iván, un niño despierto al que le encantaba jugar a las princesas con Susana. Habían bautizado a los gatitos, que en realidad eran gatitas, con el nombre de Elsa y Anna, como las hermanas que protagonizaban la película *Frozen*. La anciana decía que los gatos eran como los niños, se aburrían mucho si estaban solos, y era mejor tenerlos de dos en dos, como mínimo. A Juan le había hecho mucha gracia aquella reflexión, porque Estela y él pensaban lo mismo. Por eso, desde el principio, tuvieron claro que tendrían más de un hijo, aunque Estela, casi proféticamente, sabía desde el principio que serían hijas.

Quedaban en la finca Hidra y su escuadrón, más o menos estable, de treinta gatos en plantilla. La única que gozaba del respeto de Estela era Hidra, aquella Eva de los gatos de cuyo vientre mitocondrial surgió la estirpe de la patrulla felina contra las ratas. Ella era especial; era *suya*, aunque eso no le daba ningún derecho a caricia. No podía soportar llevar pelos de gato pegados en la ropa, ni verlos por el sofá. Hidra debía vivir en el jardín, pero a Juan le encantaba dejarla entrar a su «cuarto de crear» —así era como llamaba a su despacho, el sitio donde solía escribir sus novelas—, siempre a escondidas de Estela. Otras veces, era Juan el que salía a sentarse al jardín con ella mientras escribía con el portátil sus mil y una historias de terror. Hoy no. Hoy estaban los dos en el salón, gata y humano, escuchando la misma música, mirándose con los mismos ojos.

—Ya estoy harto —dijo Juan a la gata.

Hidra lo miró con ojos medio entornados, acurrucada en su regazo, mientras se dejaba acariciar por él. Estaba acostumbrada a ser la interlocutora habitual de sus problemas.

—Si no quiere ir al teatro, que lo diga. Que diga: «Mira, Juan, paso de ir al teatro contigo, no me apetece». Pero no, ella tiene que tenerte en vilo hasta el final, y luego salirte con la primera excusa que le venga a la mano, que no sé cómo se las apaña, pero todas son

convenientes. Nunca está en casa y, cuando está, me siento más solo que cuando no está, siempre mirando a cualquier otro lado en el que no esté yo. Ah, pero a ti que no se te ocurra mirar a otro sitio, porque como te despistes, no veas cómo tira del collar… —Le rascó el lomo.

La caricia prendió el piloto automático del ronroneo en Hidra. Juan se dejó arrullar por aquella vibración. Él tampoco era un tipo fácil. Podía interpretar un mensaje de texto de mil y una formas, a cada cual más malsana. Tenía la virtud de distorsionar las cosas y cada vez que recibía una sarta de palabras que no le venían bien, jamás expresaba el dolor que le causaban, aunque sí las rumiaba hasta la saciedad, dejando que la ráfaga de sílabas y vocales se transformara en una bola de resentimiento difícil de tragar. Miró la foto del *collage* de recuerdos que colgaba de la pared. Allí estaba ella, en el mirador de Altea, los ojos enamorados; y en esa otra instantánea, besándole, ajena al objetivo de la cámara; el viaje a Petra, los paseos nocturnos a la luz de las farolas de las calles empedradas del casco antiguo de Roma; los planes infinitos, cuando no solo tenían ojos para mirarse el uno al otro, sino para mirar al mismo sitio, y hasta las visitas al pediatra eran día de fiesta. Juan sintió una punzada de dolor, porque había sido muy feliz con ella, pero esa mujer ya no existía y los recuerdos no se podían abrazar. Estela se había salido de la senda luminosa y lo había dejado solo en el camino del amor. Juan siguió andando sin salirse de la ruta, miró a izquierda y derecha, buscó a su dama perdida, la llamó entre los árboles que flanqueaban su triste deambular, hasta que las nubes cegaron el sol y los pies se volvieron cada vez más pesados. Juan prendió entonces un candil e intentó abrirse camino incluso cuando la espesura del bosque empezó a cerrarle el paso. La llamó y llamó, indicando su posición, alumbrando para que ella pudiera encontrar el camino, navegar hasta su faro, sin respuesta.

El viento tocaba sinfonías de soledad. Le había costado darse cuenta, pero en aquel instante, sentado en el sofá, con Hidra por testigo y John Coltraine de banda sonora, entendía que Estela no estaba perdida; que se sabía el camino de vuelta y, sencillamente, no quería volver; que el que estaba extraviado era él, y sin forma alguna de salir del laberinto.

Aquella noche, la inspectora volvió de madrugada. El sonido de las llaves al abrir la puerta provocó un ligero desasosiego en el escritor. Consiguió calmarse tras unas cuantas respiraciones profundas sin entender el motivo de su exaltación. Cuando subió al dormitorio él se hizo el dormido.

Y SI FUERA ELLA…

—Mamá, ¿por qué tenía esa mujer las manos atadas? —preguntó Valentina desde el quicio de la puerta del dormitorio de Lena, enfundada en su pijama de las Monster High, los cabellos negros revueltos.

Lena dio unas palmaditas sobre el colchón, invitándola a subir. Valentina caminó hasta el borde de la cama y trepó hasta su madre. Lena la acogió debajo del ala.

—¿Qué te pasa? —dijo mientras le acariciaba los cabellos indomables—. ¿No puedes dormir?

—He soñado con la señora de la playa.

Señora… ¡Pero si esa chica debía tener la misma edad que ella! ¿En qué momento había dejado de ser esa chica que se había enamorado de Jesús en la universidad para convertirse en una *señora* ella también? ¿Qué había hecho con su vida? ¿Dónde estaban todos aquellos años de los que no guardaba memoria? Las drogas se habían llevado todos los recuerdos, habían convertido su existencia en un desierto de arenas delirantes y oasis falsos.

—¿Por qué tenía las manos atadas? —insistió Valentina.

—No lo sé, cariño.

—¿Le han hecho daño? —Algo en su interior le hacía intuir que así era.

—No, cielo… No se sabe… —Depositó un beso en la frente, allí donde nacía el cabello, y aspiró profundamente.

Siempre le había parecido que el pelo de su hija olía a caramelo. El aroma de Valentina era dulce.

El rumor de las olas se colaba en el dormitorio. Arrebujó a la pequeña bajo las cobijas.

—Pero, entonces, ¿por qué tenía las manos atadas?

—¿Te acuerdas de aquel día que fuimos al Teatro Castelar de Elda, a ver a aquel mago? ¿Cómo se llamaba…? —Trató de recordar, pero la memoria no era lo suyo.

—Toni Barrow —se adelantó Valentina.

—¡Eso! Toni Barrow. ¿Tú te acuerdas cómo se encadenaba y se metía en el tanque de agua y todas esas cosas?

—Sí. ¿La señora también era maga?

—A lo mejor —contestó Lena.

Valentina asintió con la cabeza. Lena dudó unos instantes antes de preguntarle a su hija:

—¿Estás bien aquí en la casa de la playa? ¿Echas de menos a los abuelos?

Lo que en realidad quería preguntarle era: «¿Estás bien conmigo?». Los abuelos habían fallecido hacía no mucho. La respuesta que pudiera darle la niña la aterrorizaba.

Valentina se abrazó a ella.

—Me gusta estar contigo.

Lena se derramó de amor. Se aferró a la tierna sensación de tener a Valentina en su regazo y se maldijo por todos los años perdidos. Le habría gustado ser mejor madre para ella, no haberla abandonado nunca. Ahora que estaba limpia, que llevaba años desintoxicada, que solo estaba obligada a someterse a revisiones psiquiátricas periódicas y que había logrado rehabilitarse no solo psicológicamente, sino también socialmente, le costaba reconocerse en el ayer. La Lena del pasado, esa mujer enamorada de Jesús que lo seguía allá donde iba, que si se tiraba a un pozo se tiraba ella detrás, que si se metía tres rayas, ella se metía cuatro; esa Lena drogadicta; esa Lena enferma; esa Lena delirante que a punto estuvo de acabar con la vida de su marido; esa Lena era otra persona. ¿Cómo había podido arrojarse en brazos del paraíso artificial de las drogas teniendo sobre la tierra el mayor tesoro que uno pudiera soñar? Sus hijas.

Lena miró a Valentina con adoración mientras sentía la cálida respiración, el movimiento del pecho subiendo y bajando acompasadamente sobre el suyo. Se estaba quedando dormida. Volvió a inspirar hondo para olerla mientras la apretaba ligeramente contra ella. Un pensamiento aterrador la asaltó: si volvía a tener alucinaciones, tendría que renunciar a las niñas. Si volvía a perderlas, sería ella la que se ataría de pies y manos para arrojarse al mar y no volver a salir a la superficie nunca más, como la ahogada de la playa. Esa mujer… ¿Era o no era? ¡Era! Pero ¿no era esa misma seguridad la que experimentaban los que tenían un delirio paranoide?

¿Qué debía hacer? ¿Hablar con el doctor Pomares? ¿Con la inspectora? ¿Callarse? Pensó en lo sucedido con Jesús. Si le hubiera contado antes a alguien lo que se le pasaba por la cabeza… ¿Y si se le estaba volviendo a ir la perola? ¿Y si se volvía loca y hacía daño a las niñas? Un trueno inundó la estancia, y no supo si el estruendo provenía de la furia del oleaje, del cielo o de sus entrañas.

El amanecer las despertó con los berridos de Amelia. Odiaba abrir los ojos y descubrir que estaba a solas con su propio miedo en la

habitación. Los abuelos habían hecho un buen trabajo, pero los años de abandono materno le habían pasado factura. En su breve periodo de vida, ya había pasado más tiempo en el psicólogo que ella, y eso ya era decir. Decidió ir a desayunar con las niñas al restaurante Galicia. Amelia estaba loca por echar a correr por la arena, así que malcomió apresuradamente, sin dejar de mirar aquellas olas que la llamaban sin cesar. Valentina entró en el bar y cogió un par de piruletas de las que siempre había en la barra, al libre alcance de todos los niños que quisieran hacerse con una. Ya se iba cuando se lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos para coger otra más para mamá. Lena chupó el caramelo mientras hojeaba los titulares del periódico *Información*. No le interesaba demasiado la política; tampoco la economía; pero a veces encontraba una entrevista interesante con algún escritor en la sección de sociedad de la contraportada, y siempre estaba atenta a las novedades de la agenda cultural. El titular de la desaparición de la ahogada pareció saltar sobre su vista. Al principio le sorprendió la noticia, pero tras unos segundos se dio cuenta de que lo más normal era que aquellos sucesos aparecieran en el periódico más leído de la provincia de Alicante.

La Policía Nacional investiga la aparición de un cadáver maniatado en la orilla de la playa

Se trata de una mujer cuya identidad todavía se está investigando. Por el momento se desconoce la causa de la muerte.

La Policía Nacional está investigando la aparición de un cadáver en la playa del Pinet. Se trata de una mujer de unos cuarenta años de edad a la que todavía no se ha podido identificar. El cuerpo fue hallado por una mujer que en aquellos momentos se hallaba con sus hijas en la zona. Al lugar de los hechos se desplazaron efectivos de la Policía Nacional, la Policía Local, la Guardia Civil, médicos forenses y una unidad del SAMU.

Testigos presenciales señalan que el cadáver estaba maniatado, por lo que la primera hipótesis parece apuntar a un posible ajuste de cuentas, aunque tampoco se descarta el suicidio, pues no es la primera vez que alguien del litoral valenciano recurre a esta práctica para acabar con su vida. Fuentes cercanas al suceso indicaron que habrá que esperar la autopsia para determinar las causas de la muerte, tratar de identificar el cuerpo y precisar el tiempo que permaneció en el agua.

El suceso generó una gran expectación entre los pescadores, surfistas y turistas que andaban por la zona, sorprendidos por el gran despliegue de fuerzas de

seguridad. Pese a la alarma inicial, se pudo restablecer el orden incluso antes de que se levantara el cuerpo.

Lena releyó la noticia decenas de veces, sin dejar de hacerse la misma pregunta: ¿Y si fuera ella? Resultaba difícil explicar el gran espacio de duda que habitaba en su interior. Nunca se le había dado bien diferenciar lo que era real de lo que no lo era. Tal vez hubo un tiempo en el que podía fiarse de todo lo que veía y oía, incluso de sus miedos. Hacía ya muchos años que no podía sentarse en el banquillo de su intuición, siempre desvencijado desde que los delirios paranoides decidieron ocupar el asiento. Dos cosas tenía claras: la primera era que no deseaba volver a ingresar en la clínica psiquiátrica; la segunda, que debía actuar sin que las niñas percibieran su inquietud. Era difícil hacer cualquier cosa con ellas danzando alrededor todo el rato. La vida de una madre siempre tenía testigos y pocos ratos de intimidad. A veces, a Lena, quien se había pasado las dos últimas décadas en continua evasión de la realidad, le resultaba difícil estar amarrada a aquella existencia desprovista de filtros psicotrópicos, únicamente endulzada por los escasos momentos en los que se quedaba embelesada mirando a sus hijas. La vida cotidiana era, mayormente, de color gris; la rutina, una tortura. No, no era fácil escapar de aquella sensación. Lena tenía que luchar contra ese monstruo continuamente. De no ser por sus hijas, quién sabe si habría logrado salir adelante.

—¡Mamá, mamá! Mírame —gritó Amelia desde la orilla, reclamando su atención, antes de hacer el pino.

Lena la saludó con la mano y sonrió detrás de sus gafas de sol, dos eclipses inmensos a lo Audrey Hepburn, ese aire con el que había enamorado a medio campus. Qué lástima que ella solo tuviera ojos para Jesús, pero es que Jesús era un poeta maldito y a ella le fascinaban los guardianes de las palabras. Se había bebido las letras de sus canciones con pasión, coleccionado con fervor los pedazos de papel decorados con versos mágicos; todavía se acordaba de los viernes por la noche, cuando acudían a ver las obras de teatro del Clan Cabaret, los paseos románticos por las librerías de viejo, buscando tesoros, la primera traducción de *Un invierno en Mallorca* de George Sand, postales antiguas. Trató de imaginarse cómo habría sido la vida entre ellos de no haber existido las drogas y la película que aparecía en su mente la hizo derramar una lágrima ardiente. Echó de menos la vida que no habían tenido. El mundo era un teatro en el que no había posibilidad de ensayo. Las acciones eran irreversiblemente trágicas. Ya no le quedaba espacio para más arrepentimiento.

Los rayos de sol pintaban destellos en el mar. La brisa hizo que las hojas del periódico vibrasen. Adela salió a retirarle los platos.

—¿Café? —preguntó antes de marcharse con la bandeja en una mano, el otro brazo apoyado en la cadera, trapo en mano.

No le gustaba mucho el café, salvo si era malo, aguachirle que decían, sin fuerza ni sustancia, de esos que podías servirte a porrillo en los hoteles con desayuno intercontinental. Tardó unos segundos en decidirse.

—Mejor un té verde.

Al cabo de un rato Adela regresó con el servicio de té. Dispuso los elementos sobre la mesa sin mucho afán, más bien con cierto pasotismo. Aquella mujer servía las comidas y bebidas como si repartiera las cartas de una baraja, casi lanzándolos, sin ganas. A Lena se le hacía difícil tragar nada hecho con tan poco cariño, pero las espectaculares vistas ayudaban bastante.

Adela se llevó una mano a la frente, a modo de visera, oteando la orilla en dirección a las niñas.

—¿No van al colegio? —preguntó.

—Estudian en casa —respondió fríamente. ¿Por qué tenía la gente que inmiscuirse en los asuntos de los demás?

Los hijos de artistas, cantantes, actores, deportistas de élite o personas obligadas a viajar, como era el caso de Jesús, siempre de gira por el mundo, se educaban a distancia a través de CICEAD, una entidad dependiente del Ministerio de Educación. Ese fue el primer contacto que Amelia y Valentina tuvieron con la educación reglada, antes de que las cosas se pudrieran y los padres de Lena se llevaran a las niñas, aunque fuera de forma no oficial. Durante aquel periodo, los abuelos las matricularon en los Salesianos, un colegio privado de Alicante, pero la experiencia escolar, que pretendía ser regeneradora y curativa para las pequeñas, fue un fracaso. Relacionarse con otras niñas de su edad no dio los frutos esperados y sí trajo a sus vidas el fantasma del acoso escolar y la marginación. Amelia y Valentina eran seres bordados con un hilo de rocío y genialidad, curiosas, despiertas, almas viejas en recipientes de niñas, acostumbradas demasiado pronto a sacarse las castañas del fuego por sí mismas, a cuidar la una de la otra, de sus padres, a no encariñarse con el niñero o la niñera de turno porque sabían que no tardarían mucho en reemplazarlo por otra persona, pero, sobre todo, a cuidar de que los abuelos no se enterasen de la misa la mitad… Eran especiales y vivían en un mundo en el que las flores que despuntaban fuera de temporada pagaban el descaro. Luego vino aquel asuntillo de atentar contra su marido, la reclusión en el centro psiquiátrico y todas aquellas cositas negras que Lena prefería olvidar; se dio de bruces con todo el aparato burocrático del Estado español, servicios sociales incluidos. La decisión de Lena de sacar a las

niñas de los Salesianos y regresar a la educación en casa, esta vez a través de la práctica del *homeschooling,* matriculando a las niñas en el Wolsey Hall Oxford, no fue vista con muy buenos ojos. Aquella asistenta social de mirada bizca y tirabuzones exasperantes cuestionaba inquisitivamente todo lo que Lena hacía. Hubo denuncia, pero el juez sentenció a favor de Lena. Lo cierto era que cada vez había más jurisprudencia que validaba la práctica de montar la escuela en casa.

El periódico seguía abierto por la misma página. Adela abandonó la visera y picó el anzuelo del titular, con los ojos enganchados a las letras. Lena se dio cuenta del inusual influjo que ejercían sobre la dueña del restaurante Galicia. A nadie le agradaba encontrarse con un muerto en el portal, y eso justamente era la orilla de la playa para los que vivían a pie de ola: un portal. Lo era para Adela, que vivía con su marido en la planta superior del restaurante, y lo era para Lena, para quien abrir la puerta de su casa y poner un pie en el umbral era como subirse al trampolín de una piscina oceánica. Tres escalones, un pequeño porche, y algunas rocas bañadas de agua y cubiertas de algas verdes era lo único que la separaban del abismo azul.

—¿Me traes la cuenta cuando puedas? —dijo Lena.

—Enseguida —respondió Adela antes de darse la vuelta.

Lena acarició el borde de la taza con la yema de los dedos y se quedó todavía un rato más allí sentada, incluso después de haber pagado. No el suficiente.

—¡Niñas!, ¡recoged los bártulos! —gritó desde la terraza.

Amelia y Valentina la miraron con cara de reproche. ¿A qué venía tanta prisa? Corrieron hacia ella, cargadas de quejas y razones.

—Estamos en el mes de marzo. ¿Sabéis lo que significa eso?

Las niñas aguardaron expectantes.

—¿Qué es lo que dice el refrán, Amelia? Marzo ai…

—Marzo airoso y abril lluvioso hacen a mayo florido y hermoso —se adelantó Valentina.

—¿Y qué es lo que hacemos las mujeres de esta familia cuando hace viento?

—¡Cometas! —exclamó Amelia con las manos en alto.

—¡Eso! Pues ala, recoged las cosas que tenemos que ir a la papelería a comprar los materiales. Esta tarde, en clase de manualidades, vamos a construirnos las mejores cometas que jamás se hayan visto por estos cielos. ¡Venga! ¡Vamos!

Lena aprovechó para beberse el té mientras ellas se desaturdían. Les llevaba un tiempo organizarse. Nada más pegar el primer sorbo se arrepintió de habérselo pedido. Sabía a sal. ¿Cuándo aprendería a no

pedirse infusiones en los bares? El agua que utilizaban para hacerlas, el de la máquina de café, tenía un sabor horripilante. Se levantó, cogió el periódico y se dirigió hacia la puerta del restaurante para asomarse a preguntar:

—¿Te importa si me lo llevo? —Levantó el periódico.

—No veo por qué no. A los cuatro gatos que vienen por aquí solo les interesa el *Marca*.

—Gracias —se despidió—. ¡Vamos, niñas!

Amelia y Valentina la siguieron como al flautista de Hamelín. Subieron a los asientos adaptados del Mitshubishi Eclipse. Lena arrancó el motor una vez estuvo segura de que se habían abrochado los cinturones. Atravesaron los caminos del Parque Natural de las Salinas de Bonmatí, dejando atrás charranes, avocetas, gaviotas y flamencos. El viaje se le hizo corto, tenía la cabeza en otro sitio. No le costó mucho aparcar, todavía no era hora punta. Nada más entrar en la papelería, anunció, como si llevara siglos deseando decirlo:

—Necesito un bote de pegamento de barra.

IMAGINARIA

Roberto miró los números rojos del radio despertador. Las tres y cincuenta y cuatro de la madrugada. Últimamente se despertaba siempre a esa hora más o menos. Uno pasaba media vida en el trabajo, cuando no la vida entera, y eso que él amaba lo que hacía, para acabar hecho mixtos en las horas de descanso. La inspectora Estela le agriaba la existencia. Había luchado mucho para entrar en el Cuerpo Nacional de Policía, y solo después de interponer un contencioso administrativo ante el Tribunal Superior de Justicia, su abogado consiguió demostrar que detrás del «no apto» de la entrevista personal, la última fase eliminatoria de las pruebas de acceso, se enmascaraba el tema de la edad. Y es que, a pesar de que desde el año 2011 el Tribunal Supremo había declarado nulo el límite de treinta años para ingresar en el CNP al aplicar la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE, todos sabían que en la academia de Ávila los preferían jóvenes y maleables. Roberto Martínez se convirtió en el primero y único en conseguir ingresar en la Academia de Ávila a los cincuenta y dos años. Llevaba presentándose desde los cuarenta y cuatro hasta en cinco ocasiones. Antes de eso se había ganado la vida como albañil, los últimos años sin trabajo. Demasiado mayor para todo. Silvia, su mujer, lo había apoyado en la consecución de su sueño, incluso a costa de que el aprobado significara separarse el tiempo que él tuviera que estar en la academia. Roberto sabía que no había sido fácil para ella hacerse cargo de Paula durante su ausencia.

En Ávila se había encontrado algún gilipollas, pero lo de aquella mujer no tenía nombre. Debía pensar que los planetas estaban en el universo para girar a su alrededor. Toda una «sangre azul». Así era como los agentes denominaban a los inspectores que accedían a la escala ejecutiva mediante oposición libre, sin haber pisado nunca la calle. Normalmente eran hijos de otros inspectores, con plaza asegurada, recién licenciados en Derecho, Psicología o Criminología, y que al conseguir el puesto andaban por ahí como cisnes, dedicados a mirar por encima del hombro a los patos de la escala básica. Era la opinión de Roberto Martínez.

Afuera llovía dulcemente. Podía oír el delicado sonido de las gotas que caían sobre el asfalto silencioso, en el único momento del día en el que los coches no enturbiaban las calles del centro con los rugidos

bravos de sus motores, pitidos y ráfagas de agua al rodar sobre los charcos. Le había prometido a Silvia que se mudarían a vivir a otro barrio en el que aparcar no fuera un desafío, lejos de la tortura del tráfico; tal vez en un pueblo o pedanía de los alrededores de Elche, o en Orito, como la inspectora Estela. Bueno, no, en cualquier sitio menos allí. Ya tenía bastante con tenerla de compañera en el trabajo como para tener que aguantarla también de vecina.

Estela. El ritmo cardíaco pisó el acelerador de su corazón al pensar en ella. La cabeza le daba tumbos y ya no sabía qué postura adoptar en la cama. Se levantó, salió a tientas del dormitorio, en dirección al salón, y extremó la cautela de sus pasos. No quería despertar a su hija Paula. Pisó una pieza de Lego. «Cago en Dios», mientras el dolor se incrustaba en el dedo gordo del pie con marcas circulares. Paula era, probablemente, la niña con más Legos de toda la provincia. Odiaba las muñecas y todo lo que fuera de color rosa, pero le encantaban los puzles, el Quimicefa, montar en bicicleta y jugar al tenis.

Notó que la respiración se acompasaba. Era lo que tenía pensar en su hija Paula. Siempre lo relajaba. Buscó debajo del cojín del sofá y sacó un paquete blando de Camel. Silvia le tenía estrictamente prohibido fumar dentro de casa. Cogió un pitillo, se echó la manta del sofá por encima y salió al balcón. El frescor húmedo de la noche le hizo encogerse. Oteó la quietud de las calles mojadas. Resultaba increíble que pudieran estar desiertas cuando uno pensaba en el tránsito que acogían durante el día. Fue a encenderse el cigarro, pero se dio cuenta de que no tenía mechero. En realidad, no le apetecía ponerse a buscar fuego a las tantas de la madrugada y sabía que, si fumaba, acabaría más nervioso. Tenía que dejar aquella mierda. Se prometió a sí mismo aprovechar las vacaciones de verano para hacerlo. Total, tampoco fumaba tanto. Las vacaciones… Suspiró junto a la lluvia. Qué ganas tenía de irse de viaje con su mujer y su hija y perder de vista a la inspectora.

Estela.

Otra vez.

El acelerador en el corazón.

Jamás había conocido a nadie con tanto complejo de Dios. Todo giraba en torno a ella; ella era la que más sabía de cualquier cosa; engrandecía sus aciertos y difuminaba sus errores hasta hacerlos desaparecer, o peor todavía, le cargaba el muerto a él. Si algo no salía como esperaba, la culpa era siempre de los demás. Eso sí, a la hora de asumir méritos, la primera en ponerse la medalla era ella. Negaba sistemáticamente el buen hacer de Roberto, relegándolo a un estatus laboral de esclavo, y aprovechaba cualquier ocasión privada para

despreciarlo y humillarlo. En cambio, delante de los compañeros de trabajo, en especial si se trataba de superiores, se mostraba encantadora. Todo el mundo la adoraba. ¿A quién acudir? Sabía que, si se atrevía a exponer sus quejas, lo pagaría caro. No era tonto. Notaba el desprecio de los mandos superiores, como si pensaran que él no merecía estar allí, que había ingresado al Cuerpo de Policía Nacional por la imposición de un juez y no por méritos propios.

La campaña de difamación a la que se vería sometido si se atrevía a denunciar los abusos de la inspectora sería un infierno difícil de vencer. Ya lo había visto antes con otra compañera, Belén, que acabó pidiéndose el traslado, pero a la que todo el cuerpo se alegró de perder de vista gracias a la mala publicidad que Estela divulgó sobre ella en todos los corrillos de comisaría. Tenía a media plantilla enamorada de ella, hombres y mujeres por igual. Roberto conocía a más de una dispuesta a cambiar de acera por la inspectora; y a las que ya se encontraban en la calle de enfrente las tenía atontolinadas perdidas. Muñoz sabía cómo contonearse por la comisaría con sus zapatos de tacón, sus medias de fantasía, su talla treinta y seis y su falsa modestia, porque a poco que escarbaras en la superficie de aquella fachada de mirada esquiva y rubores fingidos, salía de la guarida la leona que llevaba dentro. ¿Color? Amarillo. Coche de pintura metalizada dorada, gafas al aire con fina montura roja y ese rollo a lo «paso de mirarte porque yo estoy hecha para que me miren». Pero Roberto la tenía muy calada, aunque ni siquiera podía desahogarse otorgándole el apelativo de «malfollada», porque algo le decía que no había Dios que se la follara, que más bien era ella la que se follaba al marido, y no al revés. Pensó en el escritor. Apenas lo había visto en persona un par de veces, pero se notaba que lo tenía dominado, casi amedrentado. Cada vez que salía en alguna entrevista o impartiendo una conferencia, daba la imagen de ser un hombre seguro de sí mismo, inteligente, valiente, brillante, consciente de la admiración que despertaba entre el público, tanto por su talento literario como por el atractivo natural que desprendía, esa suerte de magia con la que nacían algunos especímenes masculinos. Sin embargo, cuando lo había visto junto a Estela, la imagen que ofrecía era totalmente distinta. Con ella se mostraba en exceso servil, medía las palabras. En opinión de Roberto, se notaba que vivía de puntillas en su matrimonio y que no solamente le planchaba bragas a su mujer, sino que recibía más de un planchazo a cambio.

Se puso los cascos inalámbricos que Silvia le había regalado las pasadas Navidades para que pudiera ver el fútbol a todo volumen sin que los demás tuvieran la sensación de estar en el estadio, y encendió

el televisor. En el canal Eurosport retransmitían un campeonato de *curling*. Jamás había visto una cosa más aburrida. A cualquier cosa la llamaban deporte. Echó mano al revistero que había en uno de los bolsillos adosados al sofá y cogió lo primero que encontró, un número antiguo de la revista *Casa y Jardín*. La única que compraba revistas era Silvia. A decir verdad, era la primera vez que a él se le ocurría ponerse a hojear una. Contempló las fotos de las casas idílicas, decoradas con un gusto exquisito. Las hojas estaban muy manoseadas. Se notaba que su mujer la había leído más de una vez, como esas revistas que dejan en las mesillas de las salas de espera de los dentistas y los peluqueros. Comprendió que Silvia no era feliz en ese hogar y que él no hacía nada para cambiar la situación, porque en lo único que era capaz de pensar, de forma obsesiva, una y otra vez, era en la inspectora Estela.

A las seis de la mañana Silvia apareció envuelta en su bata gris, apoyada en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y los mechones desordenados cruzándole el rostro. Roberto estaba tumbado en el sofá, en un estado de duermevela, con la cubierta de la revista *Casa y Jardín* abierta sobre el pecho. Notó la presencia de su mujer.

—¿Otra noche de imaginaria? —preguntó ella.

—No podía dormir. Voy a tener que ir al médico, a ver si me receta algunas pastillas.

—Lo que tienes que hacer es denunciar a esa mujer. ¿No tenéis un Departamento de Recursos Humanos, alguien a quien comunicar estas cosas?

—Silvia, no vayas por ahí… —dijo él.

—Tanto que os llenáis la boca en la policía concienciando a la gente de que denuncie esto y lo otro, y cuando os acosan a vosotros os calláis, no sea que alguien vaya a pensar que en los cuerpos de seguridad del Estado también cuecen habas… Pues sí que… Esa tía te está haciendo *mobbing*, joder.

—¡Silvia! ¡Vale ya! —gritó enojado, ya sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas.

—Por lo menos… —dijo ella en tono más dócil y suave— ve al psicólogo. A lo mejor te ayuda…

Roberto agachó la cabeza, derrotado.

—Es que estoy harto —dijo Roberto, y Silvia pensó que se refería a Estela, que ya no podía más—. Harto de que tengamos que ir al psicólogo por culpa de los que no van —añadió.

—Prepararé café y pensaremos qué hacer. Así no podemos estar —anunció con ánimo resolutivo.

Roberto notó que había dicho «así no podemos estar», en lugar de

«así no puedes estar». Comprendió que la situación no le afectaba únicamente a él. Era cierto, se irritaba con cualquier cosa, y lo mismo se liaba a gritos que rompía a llorar. Él, que siempre había tenido un chiste en la boca y una sonrisa siempre dispuesta. ¿Dónde estaba aquel hombre?

INSTITUTO DE NEUROCIENCIAS

Estela se encontraba sentada frente a su escritorio. Leía el informe del forense. Según Miralles, la muchacha había muerto ahogada. No llevaba mucho tiempo en el agua, como había anticipado en un principio. Tampoco encontró signos de violencia, salvo aquel hilo que, de acuerdo con el extremo de la mano al que apuntaba el cierre, en el lado de los pulgares, en lugar de en los meñiques, no tenía por qué indicar que fuera atada por otra persona. Podría haberlo hecho ella misma al usar los dientes para ajustarla. No era la primera vez que un suicida se liaba la manta a la cabeza como un Houdini encadenado en una camisa de fuerza dentro de una vitrina de agua. La sangre fría que llegaban a exhibir los que estaban firmemente dispuestos a morir a la hora de planear su muerte era aterradora. Algunos se infligían un daño desmesurado, cruel y violento, como si mereciesen la peor de las muertes y se odiasen a sí mismos; otros pasaban días organizando el momento, cuidando hasta el más mínimo detalle, como si estuvieran planeando su propio entierro, preocupados por el aspecto que tendrían al ser encontrados, quitándose la vida en una habitación de hotel o en el trabajo para asegurarse de que su cónyuge no fuera el que descubriese el tétrico panorama y fueran otros los que cargasen con esa estampa indisoluble, porque a uno nunca se le borraba esa imagen de la cabeza. Y, desde luego, estaban los que querían asegurarse de que nada ni nadie, ni siquiera ellos mismos en un arranque de pavor o arrepentimiento, impidiese su propósito de morir. Se trataba de los que recurrían a toda suerte de trampas mortales en las que, una vez entrabas, sabías que ya no podías salir.

Roberto se acercó a su escritorio.

—¿Es el informe forense? ¿Qué dice Miralles?

La inspectora no hizo ademán de levantar la vista de las hojas ni de mostrarle el documento. Guardó silencio e ignoró abiertamente a Roberto. Al cabo de unos segundos, Roberto comprendió que no obtendría respuesta y se fue a su mesa. Encendió el ordenador y accedió a la carpeta del caso para consultar la versión digital del informe. Las luces frías de los tubos del techo parpadearon durante unos instantes sin que Roberto se percatara especialmente. Estaba demasiado concentrado en la pantalla, aunque los datos no despejaban ninguna incógnita. Se echó hacia atrás, apurando los centímetros que

el respaldo flexible le daba para estirar la espalda, y miró hacia los inmensos ventanales de la derecha. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía encapotado, las nubes rabiosas y veloces, con sus sombras luminosas y claros lúgubres.

—Necesitamos identificarla —dijo en voz alta.

—Vaya un lumbreras… —contestó despectivamente la inspectora Muñoz desde su escritorio, sin levantar la vista de la mesa.

Él no se giró. Ella se levantó y fue en dirección a la máquina de café. Roberto oyó los tacones de sus zapatos martilleando el suelo de mármol crema marfil, seguido por el ruido de procesamiento de bebidas calientes no aptas para paladares mínimamente exigentes. El aroma del café llegó hasta él. Siempre lo bebía solo, sin azúcar, cuanto más amargo mejor. Roberto también necesitaba una dosis extra de cafeína después de la noche que había pasado, así que imitó a la inspectora y se sacó un expreso al que añadió una buena cucharada de leche condensada de la nevera. En comisaría tenían una pequeña sala con casi de todo, hasta un microondas. Volvió a su sitio y se dejó cautivar por el reconfortante calor del vasito de plástico. Cada vez que pasaba la noche sin dormir se levantaba destemplado. El «bombón» que se había preparado quemaba demasiado para su gusto, así que lo dejó humeante sobre la mesa, a la espera de que se enfriara un poco, mientras hurgaba en los archivos. Antes siquiera de poder dar el primer sorbo, Estela se puso el abrigo y pasó junto a él.

—Nos vamos. Te espero en la calle.

—¿Dónde?

—A un sitio —contestó en dirección a la puerta.

Estela aguardaba en el asiento del copiloto.

—Arranca —dijo cuando su compañero subió al vehículo y se puso el cinturón de seguridad.

—¿Me va a decir dónde vamos o tengo que tirar al sitio que a mí me salga de los cojones? Un sitio, un sitio…

La salida de tono sorprendió más a Roberto que a la propia Estela, a quien le gustaba pegar al lobo hasta hacerle morder para luego decir que era malo.

—A Benidorm.

Roberto se giró hacia ella incrédulo.

—Ya he metido la dirección en el GPS —añadió Estela.

El agente condujo bajo el cielo grisáceo; bostezaba a cada rato. La inspectora Muñoz miraba la costa descolorida. Cuando no hacía sol perdía toda la gracia turquesa. Dejaron atrás las casas acantiladas de

Calpe, y poco a poco se revelaron entre las brumas las torres infinitamente altas de la capital turística de la Comunidad Valenciana, la ciudad con más rascacielos por habitante y por metro cuadrado del mundo, solo por detrás de Nueva York, alias «Beniyork», como la llamaba el marido de Estela. El ojo de Sauron del edificio In Tempo los observaba con sus torres gemelas de Babel desde su trono celeste. Roberto se desvió por la rotonda de Raphael, coronada por una R gigantesca de color verde, conmemoración de su triunfo en el Festival de la Canción de Benidorm del año 1962. El Instituto de Neurociencias del Mediterráneo se encontraba a unos tres kilómetros de allí, en las afueras, dirección a Villajoyosa. El edificio de planta rectangular había sido diseñado por uno de esos arquitectos modernos capaces de hacer el más difícil todavía, pero no dejaba de ser un pegote blanco en mitad de la nada. La fachada aséptica, un laberinto de pasillos interminables, zonas comunes demasiado diáfanas para tan poca luz, fruto de unas ventanas ridículamente pequeñas. Había algunos internos que paseaban por el jardín poblado con algunas hileras de palmeras de abanico y moreras, terrarios de lavanda y baladre, con más cemento que tierra. Si aquel era un lugar en el que se suponía que ciertas personas acudían a arreglarse la mente, no parecía el paisaje con más alicientes. Estela había visto cementerios con más encanto.

Franquearon el umbral de entrada bajo la mirada de beneplácito de una muchacha de melena rubia recogida en una cola de caballo, vestida con el uniforme de la empresa de seguridad, porra y *walki talkie* enganchados al cinto. En recepción, un chico de unos veinte años a lo sumo y una chapa con las letras «HASSAN» levantaba la vista hacia ellos servicialmente. Se le veía incómodo con la chaqueta azul y la camisa blanca, como un muchacho al que hubieran obligado a vestirse con el traje de los domingos para ir a misa.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Venimos a ver al doctor Ricardo Pomares, el director del centro. Nos está esperando —anunció Estela.

—Ah, ¿sí? —se le escapó a Roberto en voz alta.

El muchacho del traje azul parecía confuso por el comentario. Descolgó el auricular del teléfono, marcó la extensión y habló con alguien, probablemente con el mismo doctor Ricardo, y asintió con la cabeza en un par de ocasiones. Fueron apenas unos segundos, seguidos por una invitación a subir por los ascensores hasta la última planta, donde debían girar a la derecha nada más salir y continuar hasta el final del pasillo para encontrarse con una puerta con un pequeño letrero al lado en el que diría «DIRECCIÓN».

A Roberto le sonó alguna campana en la memoria. Estela casi podía

oírlo pensar: «Ricardo Pomares, Ricardo Pomares, Ricardo Pomares… ¿Dónde he oído antes ese nombre?». Lo dejó cavilar.

—¿No es este el psiquiatra aquel al que le mataron al hijo de un hachazo en la cabeza? —preguntó Roberto mientras subían por el ascensor.

—Sí.

—Pero eso pasó hace años…

—No venimos por eso —atajó Estela.

La puerta del ascensor se abrió con un fugaz tintineo y ambos salieron en dirección a la derecha. Roberto le habría preguntado de qué iba todo aquello, pero odiaba mendigar palabras y explicaciones a la inspectora.

La historia de Ricardo Pomares era una tragedia que de haberse narrado en una novela podría haber parecido forzada con alicates, pero en la vida real había desgarrado la vida de dos familias. Pomares y su mujer Rosa eran amigos de Daniel y María Elena. Dos parejas que se conocían desde hacía más de dos décadas y habían visto crecer a sus respectivos hijos, criados como amigos, casi hermanos; barbacoas al sol, excursiones en yate, viajes de leyenda al otro lado del charco plagados de anécdotas con las que animar las interminables veladas de los viernes por la noche, cuando Rosa y María Elena se chispaban con la ginebra, Ricardo y Daniel intoxicaban el ambiente con sus puros, y todos reían alrededor de la mesa de chinchón del porche, carta va, naipe viene, corta tú la baraja, no hagas trampas con los puntos, y los niños jugaban en la piscina o lanzaban la pelota en la canasta de baloncesto. Tenían la vida perfecta, el trabajo perfecto, la casa perfecta, los hijos perfectos. Todo perfectamente perfecto. Como psiquiatra, era consciente de que todo el mundo estaba un poco loco; en todas las cabezas cocían sapos y culebras, y él no era ninguna excepción, pero había aprendido a disfrutar del estofado sin sentirse culpable por el venado, como buen cazador.

En la consulta de un psiquiatra no hacía falta ningún diván, solo cantidades industriales de pañuelos de papel. Raro era el que salía de allí sin tirar el moco. Si alguno se resistía, Pomares encontraba el resorte necesario para abrir el grifo del llanto, porque llorar, salvo en determinadas circunstancias, era terapéutico, un desahogo emocional, imán de compasión para los que estaban alrededor. Ser psiquiatra era ser testigo del dolor, la ruptura del alma, la fragilidad mental, la vulnerabilidad cerebral. Podía ser deprimente para muchos. La prevalencia de depresión era bastante alta entre enfermeros y personal sanitario en general, especialmente en los especializados en unidades

de psiquiatría, geriatría y oncología. Empatizar todo el rato con el prójimo provocaba efectos devastadores y no todo el mundo tenía ni la vocación ni la fuerza necesaria para gestionarlo. La tristeza podía llegar a ser muy contagiosa, altamente infecciosa, pero Pomares no solo estaba inmunizado, sino que disfrutaba cada lágrima ajena. Su madre, Paquita la Caballona, como la llamaban en su pueblo natal, Villena, se había pasado la vida haciendo llorar a los niños. Cada vez que se cruzaba a una vecina con su bebé en el carricoche, y con la excusa de hacerle alguna carantoña, le pellizcaba a conciencia para hacerlo lagrimear. Según le había confesado años más tarde a su hijo Ricardo, cuando supuestamente ya tenía edad para entender las cosas, lo hacía porque echaba mal de ojo. Lo provocaba sin querer ni saber cómo, pero estaba convencida de que era una aojadora de los pies a la cabeza. Si se quedaba embelesada mirando a los niños, objetos inocentes de su adoración, podía malograrles la salud, llevarlos a la tumba en el peor de los casos. Pero si los hacía llorar, torciéndoles el gesto, afeándoles el rostro, su maligna influencia se truncaba. En cambio, si se quedaba admirando aquellos rostros, a su juicio hermosos y angelicales, los dejaba secos, sin energía. Seguramente era, según ella creía, porque le encantaban las criaturas. Siempre había pensado que era envidia lo que la aquejaba, un deseo exacerbado de tener lo que otras madres tenían y que, cuando ella misma fuera madre, todo aquello cesaría. Pero no fue así. El único que parecía inmune al influjo de Paquita la Caballona era su propio hijo, por lo que Pomares, en alguna ocasión, llegó a pensar que se debía al hecho de que su madre no lo miraba con el mismo amor que a los hijos de las demás.

En cualquier caso, a Pomares no le achantaban las lágrimas en ojo ajeno. Al contrario, le agradaban. No podía haberse dedicado a otra profesión. Había nacido para ver llorar a los demás, pero la vida le tenía reservado un bofetón de los que uno jamás se recupera, y de ver llorar a los demás pasó a ser él el llorador. Hacía tiempo que su hijo David le había dicho que su mejor amigo, José Manuel, el primogénito de Daniel y María Elena, mostraba signos preocupantes. Desde que había roto con su novia, no había vuelto a ser el mismo. En aquella época, David y José Manuel compartían un piso en Salamanca, donde estudiaban una de esas ingenierías que a nadie le gustan, pero en las que la gente se matricula por una buena salida profesional. José Manuel parecía vivir en una realidad paralela, llena de enemigos invisibles y motivos absurdos, hasta el punto de que David había llegado a temerlo. Cuando los muchachos regresaron en verano y ambas familias se reunieron, Ricardo aprovechó para hablar con José

Manuel y observar detenidamente sus actos con pleno consentimiento de sus padres. El diagnóstico era tan devastador que Pomares no se atrevió a decirlo en voz alta. Esquizofrenia era una palabra que te condenaba de por vida, pero Daniel, sin ser psiquiatra, también era médico, concretamente cardiólogo, y no tardó en comprender la gravedad silenciosa del asunto. José Manuel se encontraba en fase aguda, una bomba de relojería de difícil predicción, de modo que María Elena y él convinieron en internarlo en el Instituto de Neurociencias del Mediterráneo. Qué mejor plan de tratamiento que dejar a su hijo en manos de su mejor amigo, en un lugar donde Ricardo pudiera supervisar que las cosas se estaban haciendo bien. Y tenían razón.

En Navidades, David rogó a su padre que dejara salir a José Manuel. Pomares, al principio, albergó sus recelos, pero tanto le insistió que no tuvo más remedio que ceder. Tal vez le sentara bien salir de la clínica unos días y pasar tiempo con su mejor amigo. Siempre habían pasado la Nochebuena juntos, porque aquellas dos familias eran más que familia. José Manuel tenía un regalo muy especial para su mejor amigo David: un hachazo en la cabeza. De acuerdo con sus delirantes argumentos, lo mató porque había enredado para que su novia lo dejara, y había manipulado a todo el mundo para que lo encerraran en el Instituto de Neurociencias del Mediterráneo con el propósito de deshacerse de él y así poder quedarse con la chica.

Estela y Roberto entraron en el despacho de Ricardo Pomares. Roberto se fijó en el cuadro que colgaba de la pared, detrás de su sillón de dirección de cuero negro. En la escena se veía a una mujer dormida lánguidamente, sobre la que se precipitaba un ser alado con gesto libidinoso.

—Buenos días, agentes —saludó Pomares. El psiquiatra se levantó del asiento y les hizo un gesto para que se sentaran frente a él—. ¿Les apetece tomar un café?

Pomares había envejecido prematuramente y tal vez la vida le había borrado la eterna sonrisa de buda de la cara, pero no había perdido la educación. A sus cincuenta y siete años, era un Richard Gere de los pies a la cabeza, con esos hilos de plata en sus cabellos impecablemente repeinados, las gafas de pasta Polo Ralph Lauren sobre sus ojos verdes, ligeramente descoloridos por el cansancio; camisa Tommy Hilfiger más que planchada, chinos de color crema, zapatos Lotusse de factoría mallorquina, y un bronceado antinatural a no ser que fueras al solárium, o salieras a navegar en barco los fines

de semana.

—No se preocupe —respondió Estela—. Estamos bien. No le vamos a robar mucho tiempo. —Echó mano al bolso y sacó la foto de la ahogada.

«Así que a eso hemos venido —pensó Roberto para sus adentros—, a preguntar por la chica. Pero ¿por qué?».

—¿La conoce? —Estela deslizó la foto sobre la mesa.

—Válgame Dios… —suspiró Pomares con gesto apesadumbrado—. Es Marina Suárez.

—¿De qué la conocía? —inquirió ella.

—Era paciente mía. Llegó hace unos días. El juez ratificó el ingreso involuntario sobre la base de nuestros informes. Abajo, en el registro, le darán más detalles sobre la fecha exacta del alta. Un caso terrible. No tenía que haberla dejado ir, pero consiguió engañar al juez. —Sacudió la cabeza sin poder ocultar su desazón.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Roberto.

—Se ha suicidado… Han venido por eso, ¿no?

—¿Tiene familiares? —preguntó Estela.

—Sí, pero no tenía contacto con ellos. Hacía años que no se hablaba con sus padres y sus hermanos. De hecho, no sabían que había vuelto a España —dijo Pomares.

—¿Volver de dónde? —preguntó la inspectora.

—El Congo.

—¡El Congo! —repitió Roberto como un loro—. ¿Y se puede saber qué hacía en El Congo?

—Estaba en Médicos Sin Fronteras —explicó Ricardo.

—¿Por qué piensa que pudo suicidarse? —preguntó Estela.

—Porque fue por eso por lo que la trajeron aquí. Lo había intentado antes. Llegó con un trastorno de estrés postraumático bastante severo, debido a lo cual, además, había desarrollado un episodio de psicosis reactiva. Estaba muy deprimida.

—¿Y le suele usted dar el alta a los pacientes que planean suicidarse? —dijo Roberto sin mucho tacto.

Pomares no pareció molestarse, a pesar del amargo recuerdo que aquella pregunta trajo, con total seguridad, a su mente. Estela se puso tensa, los músculos de la cara acartonados.

—Ocurre con más frecuencia de lo que cree. La persona cobra la apariencia de haberse recuperado por completo cuando en realidad hace teatro para conseguir que el juez le dé el alta —aclaró el psiquiatra—. Sucede pocas veces, pero sucede. Es lo que pasa cuando los jueces se meten a psiquiatras.

Roberto se fijó en la marca de mordisco que Pomares llevaba,

levemente oculta por el cuello de la camisa.

—¿Usted también tiene hijos pequeños? —bromeó señalándole el cuello.

Estela lo miró con cara de tiburón asesino. De sobra sabían que había perdido a su único hijo de un hachazo en la cabeza. Fue uno de los casos más sonados de la pasada década. Se produjo un incómodo silencio durante el cual Roberto se puso más rojo que un semáforo.

—¿Esto? —Pomares se palpó a tientas la marca—. Gajes del oficio. A veces algún paciente se pone agresivo, especialmente los de la tercera edad, con Alzheimer y demencia senil.

—Ah, pero ¿esto es un geriátrico? Pensaba que era un centro psiquiátrico —comentó Roberto.

—Y no está usted equivocado. Esto es un centro psiquiátrico, pero abrimos un ala de geriatría el año pasado. Benidorm es la antesala del cielo, ¿sabe usted? El paraíso de la tercera edad. No fue siempre así… Hubo un tiempo en que este lugar era lo que hoy es Ibiza, Las Vegas de Alicante, el Miami Beach de España, el centro de la fiesta; el lugar donde venían todos los artistas famosos y se quedaban a vivir. Pero los años no perdonan, y los que ayer fueron los reyes de la pista hoy son unos carcamales necesitados de médicos, tiendas ortopédicas, farmacias, audífonos, bastones, carritos motorizados y residencias… Y ahí es donde entramos nosotros.

—¿Y eso se lo ha hecho un Manolo Escobar de esos que usted dice? —prosiguió Roberto.

—Sí, esta misma mañana. Pobre hombre, no conoce ni a su mujer ni a sus hijos, ni se acuerda de lo que acaba de hacer hace un minuto.

—No puedo imaginarme una tragedia peor que la de perder la memoria. ¿Qué somos sin recuerdos? —dijo Roberto en un arranque reflexivo, demasiado emocional y fuera de lugar para gusto de Estela.

Pomares asintió.

—Hay cosas peores, no se crea… A veces creo que, si inventaran una pastilla para olvidar, más de uno nos la compraríamos —sentenció y bajó la mirada, anclada en la pluma estilográfica que tenía entre las manos, con expresión vacía.

Estela se apresuró a acudir al rescate y recondujo la conversación. Se estaban yendo por cerros de Úbeda y no estaba para soportar besugadas.

—Marina apareció con las manos atadas. En su opinión, ¿podría haber tenido la sangre fría de anudárselas ella misma?

—Es muy probable. Cuando consiguen el alta, si su plan es reincidir, quieren asegurarse de que no volverán a fallar. Pero ¿cómo han sabido que debían venir a preguntar aquí si no sabían quién era?

—se interesó Pomares.

Eso mismo quería saber Roberto desde hacía un buen rato.

Estela sacó el iPad del bolso y deslizó el dedo índice por el álbum de fotos hasta localizar la que buscaba. Le pasó la tableta al facultativo. Roberto también podía ver la pantalla. Era la foto de un mensaje anónimo, confeccionado con letras de periódico recortadas. Estaba dentro de una bolsa de plástico de cremallera de las que usaba la policía científica para conservar las pruebas. Decía: «Si quieren saber quién es la ahogada del Pinet, vayan a preguntar al Instituto de Neurociencias del Mediterráneo».

Pomares lo leyó desconcertado. Roberto estaba todavía más impresionado.

—¿Reciben ustedes muchos anónimos de este tipo en la policía? Quiero decir, ¿por qué esconderse detrás de un anónimo? No estamos hablando de información delicada. ¿O sí?

—No lo sé —reconoció Estela—. ¿A usted se le ocurre quién podría haberlo hecho?

—No tengo ni idea —confesó Pomares.

—Vamos a necesitar que se pase por comisaría en algún momento a prestar…

—Sí, sí, claro. Lo que haga falta —se adelantó Pomares—. Tendrá que ser esta misma tarde, mañana tengo que salir de viaje.

—¿Va a estar fuera muchos días? Lo digo por si necesitamos ponernos nuevamente en contacto con usted —comentó la inspectora.

—No, no. Serán solo un par de días. Tengo que dar una ponencia.

—Vaya, no me diga. ¿Sobre qué?

—Como si fueras a entenderlo —repuso Estela frenando la curiosidad de Roberto con gesto tan cortante que hasta Pomares se turbó—. No le robamos más tiempo, doctor.

La inspectora se dispuso a abandonar la estancia.

—Esperen. Deje que llame a Pascual. Es uno de nuestros enfermeros. Era el que más trataba con ella. —Descolgó el teléfono, marcó unos números y aguardó respuesta—. Dile a Pascual que acuda al claustro. Me temo que tenemos malas noticias… Marina… Sí… Bueno, era de esperar. Van unos agentes de la policía nacional a hablar con él… Sí… Vale. —Colgó el auricular—. Bajen a recepción. Hassan los acompañará hasta el claustro.

El claustro estaba ubicado en un patio interior de planta cuadrada rodeado de columnas en el que las aguas reposadas de un estanque de nenúfares acogían la visita de algún gorrión deseoso de mojarse las plumas y un par de avispas sedientas. El hilo de agua que fluía por

una estrecha acequia y caía en forma de chorrillo inundaba el ambiente con la suave música del chisporroteo.

Los bordes blancos del estanque invitaban al descanso, compitiendo con los bancos de piedra que había tanto en el patio como en la sombra del pasillo que había tras las cortinas de columnas. Un hombre de mirada alegre y dicharachera, perilla y entradas incipientes saludó con la mano mientras se dirigía hacia ellos. El uniforme blanco delataba su posición.

—Hola. Son ustedes los agentes, ¿verdad? —dijo al llegar.

—¿Qué tal? —saludó Roberto.

—¿Qué puedes contarnos de Marina? —preguntó Estela.

El semblante demudó en consternación.

—Ya me ha contado el doctor Pomares… Es una auténtica pena lo que ha pasado… Podría haberse evitado, pero a veces estas cosas pasan —dijo.

—¿De qué forma podría haberse evitado?

—Si el juez nos hubiera dejado hacer nuestro trabajo. En ocasiones los pacientes logran engañarnos a todos, hasta a mí. Marina me la jugó bien. Pero a Pomares no, él no quería darle el alta. Temía que algo así pudiera suceder. No sé cómo pude estar tan ciego… Después de lo que me pasó en el Gregorio Marañón.

—¿A qué se refiere? —le invitó a hablar Estela.

—Yo antes vivía en Madrid y trabajaba en el ala de Psiquiatría del Gregorio Marañón —empezó a relatar—. Justo antes de dejarlo para trasladarme a vivir aquí, tuvimos un caso muy similar. Se trataba de un paciente con ingreso involuntario por intento de suicidio. Sinceramente, todos son involuntarios. ¿Quién acude a internarse en un psiquiátrico voluntariamente? ¿Entienden lo que les digo? Seguimos el protocolo, como con Marina, y buscamos el juzgado de guardia más próximo. La comisión judicial valoró el informe preliminar del psiquiatra, y corroboró el ingreso involuntario. Al poco tiempo, empezó a mostrar signos de milagrosa recuperación y, claro, pidió el alta voluntaria. Nosotros no se la queríamos dar, pero consiguió convencer al juez de que estábamos en su contra, especialmente yo… Era a mí a quien señalaba principalmente. Ya sabe, como cuando un estudiante les dice a sus padres que el profesor de Mates le ha cogido manía. Pues eso; que en la última visita de la comisión judicial, con la jueza allí presente, la secretaria y toda la pesca, ya saben, consiguió anular el ingreso involuntario y tuvimos que concederle el alta voluntaria. Solo tenía la obligación de pasar por consulta todas las semanas para someterse al control del facultativo. No tardó ni un día en tirarse por un puente. Lo peor es que dejó una

carta y todo para nosotros, los médicos y los enfermeros. Decía «gracias y perdón». Pasé un mes con mal cuerpo. La planta de psiquiatría es una de las más duras que hay en nuestra profesión.

—Ya me imagino —dijo Roberto.

—No, no se imagina —corrigió Pascual.

—Nos han dicho que usted fue uno de los enfermeros que más trato tuvo con Marina —intervino Estela—. Su cuerpo apareció en la orilla de la playa, con las manos atadas, cosa que nos preocupa bastante, pero al parecer el médico que llevaba su caso, el doctor Pomares, está al cien por cien seguro de que fue un intento de suicidio y, por lo que veo, usted también lo da por sentado.

—Aquí ingresa gente que ni siquiera ha intentado suicidarse, simplemente por ideación.

—¿Ideación? —interrumpió Roberto.

—La ideación suicida es cuando uno piensa todo el rato en quitarse la vida y en formas de hacerlo —explicó Estela.

A Roberto le sorprendió que la inspectora se tomara la molestia de hacerle aquella aclaración. Normalmente no era pródiga a la hora de gastar saliva con él, y menos con aclaraciones amables.

—Exacto. La simple ideación ya es motivo de internamiento, casi siempre involuntario. Algunos intentan suicidarse, otros no. Pero lo que sí tenemos claro es que un gran porcentaje de las personas que lo intentan vuelven a hacerlo en cuanto tienen la oportunidad. Es como una obsesión, no sé si me explico. Y Marina ya lo había intentado dos veces antes de llegar aquí.

—¿Intentó suicidarse estando aquí? —preguntó Roberto.

—Miren, no me gusta traicionar el secreto profesional ni atentar contra la privacidad de las personas, pero sí les puedo decir que cuando Marina llegó aquí sufría muchísimo; con el tiempo fuimos recuperándola; y al final yo la vi bastante bien. Lo único que parecía incomodarla era el hecho de prolongar su estancia aquí. Me decía que tenía muchas ganas de salir, ir a su casa, llamar a sus amigas… Yo la vi muy animada. El doctor Pomares no se fiaba mucho, pero de alguna manera consiguió engañarnos a todos, apeló a nuestra compasión, pensamos que estaría más feliz fuera que dentro. Actúan mejor que si hubieran nacido para el teatro. Esa chica era médico, sabía lo que tenía que hacer y decir para salir de aquí, conocía los protocolos… Tal vez por eso nos la dio con queso. Ustedes son policías y tienen que vérselas todos los días con la mentira. ¿Tienen algún escudo antimentiras? Porque los sanitarios no lo tenemos y a veces resulta difícil saber cuándo un paciente nos está dando gato por liebre.

—Está claro —convino Roberto.

Se despidieron de Pascual, no sin antes recabar los datos personales de la paciente a fin de llamar a los familiares para que fueran a identificar el cuerpo.

LLÁMAME LOCA Y DÉJAME EN PAZ

Marina tenía nombre de agua, pero hacía tiempo que no veía el mar azul de su tierra, ahora tan lejana, casi ajena, perdida en algún punto de la costa alicantina, plagada de recuerdos que ella se había propuesto olvidar con tierra de por medio, porque la distancia fabricaba olvidos. Llevaba cinco años en la República Democrática del Congo prestando atención médica con una organización no gubernamental. Allí no había tiempo para pensar en decepciones amorosas y estafadores emocionales, porque había que dar de comer a la gente, ser un día pediatra, al día siguiente poner vacunas, al otro tratar el VIH, al de más allá luchar contra el ébola, y al final del día, o al principio, o en el medio, qué más daba la hora, porque era todos los días, atender a las víctimas de agresión sexual. La República Democrática del Congo era la capital mundial de las violaciones, un récord de oscuras dimensiones patrocinado por los fabricantes de teléfonos móviles y tecnologías espaciales, siempre dispuestos a sufragar la obscena minería de la sangre a fin de conseguir la ansiada materia prima. Los conflictos armados por el control de las zonas con yacimientos de coltán, entre otros raros y escasos minerales que tanto abundaban en aquellas tierras, se habían multiplicado en las dos últimas décadas con un saldo de más cinco millones de víctimas, lo nunca visto desde la Segunda Guerra Mundial. Y todo porque el ochenta por ciento de las reservas del planeta del preciado mineral se encontraban allí, donde ella estaba, en uno de los países con más biodiversidad y recursos naturales. Paradójicamente, era su riqueza lo que había condenado a la pobreza a los congoleños. Nokia, Samsung, Motorola… Se suponía que ninguno de ellos compraba coltán en el maldito Congo, sino en el país de al lado. Pero ¿de dónde salía el mineral que vendía Uganda y Ruanda si ellos no tenían yacimientos? Mucho *conflict free techonology*, pero si el coltán no era conguito, ¿por qué no cesaba la matanza por el control geoestratégico de las minas? ¿Por qué existía la explotación minera en condiciones esclavas si no se lo vendían a nadie? El contrabando era escandaloso. Cada día, sobre las cinco y media de la tarde, Marina veía a los niños salir de aquel hormiguero de tierra, la mina más grande, donde cinco mil almitas se sumergían desde las seis de la mañana para excavar las angostas galerías preñadas de gas carbónico, siempre ganándole la batalla al

oxígeno. Firmar certificados de defunción de muerte por asfixia o aplastamiento formaba parte del día a día. La cosecha de coltán se pagaba a dos dólares al día. Barato barato. El precio de las veinte toneladas que sacaban a la semana valía ocho millones de dólares en el mercado. Los muchachos, que no sabían ni para qué servía el coltán, cargaban con los sacos ladera abajo, hasta el casco urbano de Rubaya. Desde allí, lo enviaban a Goma, la capital de Kivu Norte, donde decenas de aviones sin matrícula despegaban a diario rumbo a Ruanda ante las narices del personal de la ONU, que tenía desplegados en el Congo, uno de los países más corruptos, a más de 20 000 militares, su mayor misión de paz en todo el mundo. De risa. Los rebeldes no solo controlaban las minas, sino también las rutas de contrabando hacia Ruanda, país encargado de mandar el polvo mágico a fundiciones asiáticas que, a su vez, lo vendían a las empresas tecnológicas, todas con su correspondiente certificado «Conflict Free Smelter Program» para garantizar que la cosa no estaba manchada de sangre; pero sí lo estaba.

Marina lo había visto miles de veces allí, como lo había visto miles de veces en la industria del calzado ilicitano. Solo había que contratar a unas cuantas «aparadoras», como llamaban a las artesanas del calzado, para hacer ver a la Seguridad Social que no sacaban los zapatos de casa de nadie, sino que los producían en la fábrica, pero la realidad era bien distinta. Las trabajadoras de la fábrica solo estaban allí de cara a la galería. Los zapatos salían de las casas de las aparadoras en grandes sacos. Eran ellas las que recibían por parte del empresario el material y modelo que confeccionar, y las que trabajaban día y noche en su casa, de ocho de la mañana a diez de la noche, con su máquina de aparar, para sacarse unos cuartos mal pagados. La economía sumergida más descarada de la provincia de Alicante. Pero la sociedad hacía la vista gorda, y siempre que hubiera cuatro gatas contratadas para pasar los controles y poder decir que la producción la habían hecho personas de carne y hueso, y no fantasmas, todo iba bien. Iba así de «bien» décadas, antes y después de la invasión del calzado asiático, antes y después del 11-S, antes y después de todo, en época de vacas gordas y vacas flacas. El estraperlo era el estraperlo, estuviera manchado de fraudes a la Seguridad Social española, o de sangre africana. Ni la ley Dodd-Frank ni las denuncias internacionales habían conseguido frenar la tragedia. Eso nunca salía en los telediarios. Tampoco era tema común de conversación en las terrazas de la playa de Los Arenales ni en el Varadero de Santa Pola, donde los grandes industriales del calzado exhibían ostentosamente su fortuna invitando a champán del caro a cualquiera con un mínimo

estatus social con el que conviniera estar a buenas. Allí la discusión era otra. ¿A quién le importaba que el *American Journal of Public Health* asegurase que Congo era sinónimo de cuatrocientas mil violaciones al año? Marina había visto bebés de menos de un año violados de un modo que apenas podía describir. Si tenías suerte, solo te violaban una vez en la vida, pero la tónica era acumular varias violaciones a lo largo de la ya de por sí infeliz existencia que las mujeres llevaban en aquel infierno del que nadie, a excepción de organizaciones como Médicos Sin Fronteras, quería oír hablar. Paradójicamente, en un mundo cada vez más conectado e informado de los acontecimientos gracias al coltán, nadie recibía noticias de los congoleños en sus teléfonos móviles y sí muchos anuncios de esos zapatos de marca que todavía no te habías atrevido a comprar —fabricados artesanalmente por una aparadora que trabajaba en condiciones precarias— o los últimos escándalos de Gran Hermano. Para eso se mataba, torturaba y violaba a la gente en la República Democrática del Congo, para que el occidental pudiera conectarse a Netflix y a Facebook, y ver solo lo que uno quería ver, contenido sesgado a gusto de cada cual. Y eso era lo que no soportaba Marina, la eterna militante de las causas injustas.

Marina… Con su nombre de océano y sus ojos turquesa, había escuchado todas esas historias: «Primero mataron a mi hermano, luego a mi madre y luego me violaron dos hombres de la FDLR», empezaban a contar en voz cada vez más queda chicas como Upole, de 24 años, originaria de un poblado al sur de Kivu Sur. «Después me metieron el cañón del fusil por la vagina y me destrozaron por dentro». Tuvieron que operarla siete veces, pero nunca podría volver a caminar con normalidad. Y cuánta razón tenía la pobre cuando le había dicho que la habían destrozado por dentro, porque no solo lo habían hecho anatómicamente hablando. Solo en el centro en el que Marina trabajaba podían llegar a atender hasta cinco víctimas al día, normalmente de entre doce y dieciséis años, pero también niñas de apenas tres años y bebés. Cada minuto que pasaba, violaban a cuatro mujeres en la República Democrática del Congo. Las agujas de ese reloj nunca se paraban, y el negocio de las minas no dejaba de dar cuerda, porque destrozar a las mujeres era destrozar la comunidad, obligarla a desplazarse a los campos de refugiados. A Marina ya no le cabían más nombres en la cabeza: Cibolonza fue violada a los tres años; a Cifa con cinco; Chance vio cómo asesinaron a sus padres y luego le cortaron una pierna; a Bahati la violaron seis hombres y su familia la repudió; a Naema la violaron y torturaron introduciéndole

un tronco delante de sus seis hijos; después de ser violada, Marie se encontró con su prole asesinada en una fosa séptica… El aislamiento y estigmatización social al que se enfrentaban sus «niñas», como Marina las llamaba, era la crónica de una muerte en vida. En la clínica para víctimas de violencia sexual que ella dirigía en Walikale, en Kivu Norte, no daban abasto. Habían montado una pequeña escuela infantil en una de las alas del centro, donde las niñas aprendían canciones y casi parecían felices. Seguramente lo eran. Un día, mientras revisaba los informes de la vacuna experimental aprobada por la Organización Mundial de la Salud para uso compasivo de enfermos de ébola, llegaron los rebeldes. El sol caía sobre la tarde tiñendo la estampa de naranjas ardientes. Marina jamás olvidaría aquel cielo que casi parecía que pesaba, tan denso que aplastaba voluntades.

Treinta hombres con sus treinta fusiles y sus treinta machetes cargados de fundamentos que Marina desconocía, pero estaba a punto de conocer. Lección congoleña del día: si embadurnas el filo de los machetes y los cañones de los fusiles con sangre de niña, te haces invencible en la guerra. Y lo que solían hacer era entrar en un poblado y secuestrar una tanda de chiquillas y, por lo visto, la escuela infantil de Marina tenía fama de ser «la casa de las vírgenes», y lo que ella había proyectado como un lugar en el que mantener a las niñas a salvo se había transformado en una trampa mortal, señuelo irresistible para los predadores de la sangre. Mataron a todos los que se cruzaron con el punto de su mirilla, aunque fueron más los que cayeron por el impacto del machetazo. Había que ahorrar balas, siempre había que ahorrar balas. Las metieron a la fuerza en la parte trasera de un camión y arrastraron a Marina del cabello mientras uno de ellos, con media barba y la otra media llena de quemaduras y cicatrices, le decía en francés: «Tú también te vienes». Olía a miseria. El rugido estruendoso del motor del camión, el salto a cada bache, la nube de polvo se mezclaban con el grito ensordecedor de las niñas, deshechas en llanto y terror. El de la media barba se puso a repartir patadas y culatazos. Era su forma de clamar silencio. El dolor dejó mudas a unas, inconscientes a otras. Marina se abrazó a las muchachas evitando cruzar miradas con los captores. Al filo de la noche del día siguiente, llegaron a lo que parecía un improvisado campamento paramilitar, en un lugar perdido en la selva. Las bajaron del camión, con los tábanos picándoles los tobillos. Prácticamente todas se habían orinado encima. Marea y Arena, como Marina llamaba a las dos más pequeñas, también se habían hecho de vientre. Tras amordazarlas y atarlas a un poste, los hombres se fueron a echar una larga siesta, durante la cual hubo más meados y cagados. Marina les decía que no

pasaba nada, pero sí que pasaba. Sabía que aquello era tan solo la punta del iceberg.

El grupo de rebeldes despertó y empezó la atrocidad. Violaron sistemáticamente a todas y cada una de las niñas mientras el de la media barba alzaba la cabeza de Marina por los pelos, obligándola a mirar: «¿Las vas a salvar ahora? ¡Venga, sálvalas!», se reía con profundo odio. Marina había atendido a las víctimas de violación, escuchado sus relatos, y ahora era testigo. Los gritos ahogados de las niñas torturadas por el suplicio del dolor que las desgarraba se mezclaba con el escándalo de las alimañas de la selva, los chillidos de los insectos, la espantada de las aves. Las lágrimas empañaron el instante más largo de su vida. Vio cómo detrás de uno, con los restos de semen todavía en los genitales de las niñas, entraba otro, y otro; el brillo desorbitado de sus monstruosos ojos, el disfrute con el daño que estaban causando, como si reventar a una niña fuera la mayor fantasía erótica del universo. Marea era la que más gritaba. El alarido de su sufrimiento escalaba al cielo, se instalaba en los latidos del corazón de Marina, abría surcos en el agua del lago. Así de abisal era su angustia. La desesperación de la médico no encontraba límites de contención; no acababa en el borde de su piel, se extendía más allá del campo electromagnético de su corazón.

El tipo de la media barba se empezó a acariciar la entrepierna con una mano, mientras que con la otra sujetaba a Marina por el pelo. Ella respiraba agitadamente, delirante, loca. Todavía no había visto lo peor. Los falos de los rebeldes empezaron a desfallecer hasta quedar secos. Entonces echaron mano a los machetes. La primera en acusar el filo de la cuchilla fue Arena. La ensartaron como a una aceituna. Marea, a su lado, se dio cuenta de lo que le esperaba. Miró a Marina con ojos de súplica y se rompió la voz llamándola: «¡Marina! ¡Marina!», gritaba con la boca abierta en una mueca de terror. Le clavaron el machete en la boca, como quien lo clava en el suelo, y sus ojos líquidos se quedaron enganchados a los de Marina. Los rebeldes embadurnaron los cañones de los fusiles y los filos de los machetes con la mágica sangre de sus niñas, dando por concluido el ritual de magia negra, la hematomancia que los haría invencibles en la batalla. Mientras arrojaban los cuerpos de aquellas muñecas rotas a un redil de cerdos, el de la barba se bajó los pantalones y penetró a Marina con tanta rabia como éxtasis, pero ella no podía sentir nada. Ya estaba muerta. Su vida se había detenido en los ojos de Marea, esa mirada apagada, rendida, decepcionada, abandonada, sin que hubiera podido prestarle auxilio. El de la media barba terminó con lo suyo y se levantó. Le escupió en la cara antes de irse y la dejó allí, atada al

poste. Detrás de él llegaron otros, a cuentagotas. A ella no querían matarla, valía demasiado. Al fin y al cabo, era una europea. Días más tarde, la intercambiaron con la Cruz Roja por una buena suma de dinero. Había perdido varios kilos y las ganas de vivir. La ingresaron en uno de aquellos mismos hospitales en los que tantas veces había atendido ella a las víctimas de violencia sexual. Le dijeron que sus compañeros de Médicos Sin Fronteras habían preguntado por ella. Una chica llamada Elvira, psicóloga de profesión, permaneció junto a su cama más horas de las debidas, pero Marina no hablaba. Había perdido la voz.

Volvió al campamento de Médicos Sin Fronteras dos semanas más tarde. Seguía sin hablar. Los ojos de Marea la acechaban día y noche. ¿Por qué no había podido hacer nada para salvarla? ¿Por qué había tenido que crear aquella escuela? ¿Por qué había tenido que intentar ayudar a esa gente del Congo si lo único que había conseguido era atraer la desgracia? El primer intento de suicidio fue en la enfermería. Se había cortado las venas con un bisturí. Sus compañeros la sorprendieron y pudieron detener la hemorragia antes de que fuera demasiado tarde. No podían dejarla sola. El Jeep que la trasladaría al aeropuerto para llevarla de vuelta a casa no llegaría hasta el día siguiente. En un descuido, una de las voluntarias la sorprendió de nuevo en la enfermería con un alijo de pastillas con las que pretendía matarse. Había pensado cómo hacerlo: treinta paracetamoles, nadie se daría cuenta, y cuando estuviera a unas horas de camino en el Jeep, ya nadie podría hacer nada. La sobredosis por paracetamol provocaba una de las muertes más terribles y dolorosas, pero, sobre todo, era una apuesta segura. Poco podían hacer por salvarte la vida una vez que llevabas ese veneno dentro. Al aterrizar en Barajas, seguía sin hablar. Estuvo muda durante el trayecto en AVE de Madrid a Alicante. Solo habló cuando su vigilante, un compañero médico llamado Alberto, dijo:

—¿Dónde viven tus padres?

—No, a mis padres no —sacudió la cabeza enérgicamente.

Llevaba años sin hablar con ellos, y eran las últimas personas a las que le apetecía ver.

—Conozco el protocolo…

—Pues vamos al hospital entonces…

—Prefiero ingresar en un centro privado —protestó Marina débilmente.

A Alberto le sorprendió la demanda, pero luego entendió que en el privado tenía más posibilidades de que respetaran sus deseos de no avisar a la familia.

—¿Puedes permitírtelo?

Y tanto que podía. Llevaba años sin gastar un céntimo y recibiendo, además del modesto salario de Médicos Sin Fronteras, un considerable estipendio por alquilar su apartamento de Santa Pola a través de Airbnb.

Alberto llamó a la policía y la acompañaron al Instituto de Neurociencias del Mediterráneo sobre las tres de la tarde. Hablaron con el médico que en aquel momento se encontraba allí, y Alberto se quedó hasta comprobar que el ingreso involuntario se hacía efectivo y asegurarse de que el juzgado de guardia lo corroboraba.

La entrevista de Marina con el doctor Pomares no llegaría hasta el día siguiente. Para cuando se produjo la primera sesión con el psiquiatra, todavía no era capaz de hablar de lo sucedido. Apenas escupía un par de palabras, gemidos encadenados de un alma a la que se le había atragantado la vida y, por no tragar, no le pasaba ni el agua con la que la obligaban a tomarse las pastillas para todo: para despertarse, para comer, para pensar, para no pensar, para no tener alucinaciones, para animarla, para sedarla… Menos para no recordar. Nadie había inventado todavía la píldora del olvido.

Al poco tiempo, recibió la noticia de su embarazo. Abortar fue un vómito de veneno. Las citologías, análisis de sangre y otros exámenes certificaron lo que todos se imaginaban. Marina no solo había contraído unas cuantas enfermedades venéreas, sino que también era portadora del VIH. Ya no era ella; era una mujer del Congo. Había perdido su nombre, su apellido, su cielo alicantino. Se había quedado atrapada en la pupila desconsolada de aquella niña africana que imploraba su ayuda.

Rememoraba lo sucedido una y otra vez, despierta y en sueños. Las alucinaciones en las que el trauma se repetía la dejaban exhausta. En su disparatada realidad, estaba en una jungla llena de hombres armados con falos y fusiles, los enfermeros, los médicos: ¡todos eran el diablo! El doctor Pomares, un demonio violador. ¿Cómo escapar de aquella pesadilla sin permiso del carcelero?

Qué harta estaba de la vida. Qué harta. Y qué ganas tenía de irse de allí…

LA VIDA TE DA SORPRESAS

La hermana de Marina se llamaba Diana y no creía que su hermana se hubiera suicidado. Se encontraron con ella en la casa de Santa Pola, un pequeño apartamento de lo más coqueto en la zona de Panorama-Sierramar, con dos habitaciones y una piscina comunitaria de doble vaso, a poco más de ochocientos metros de la playa. Roberto calculó, a ojo de buen cubero, que tendría unos setenta metros cuadrados, repartidos en dos habitaciones, baño, cocina, salón, un pequeño pedregal en el que podías aparcar el coche y, en la planta superior, una hermosa terraza solárium con barbacoa y todo lo necesario para dejarse abrumar por las estrellas en las noches de verano. No había demasiados muebles, pero sí gran cantidad de libros, casi todos de medicina. Ni fotos de familia, ni recuerdos de viajes, ni imanes en la nevera, pero sí algunos cuadros abstractos de arte contemporáneo que Estela pudo identificar, de artistas a cuyas exposiciones había acudido arrastrada por Juan, de esas que hacían en la sala Mustang, el Centro 14, el MUA y lugares así, aunque la verdad es que hacía años que las exposiciones, presentaciones de libros, obras de teatro, filmotecas y conciertos habían quedado fuera de la agenda matrimonial. De algún modo, disfrutaba negándole a Juan todas aquellas fuentes de felicidad que tanto solicitaba compartir con ella. El tiempo de ocio y esparcimiento se limitaba a llevar a las niñas al centro comercial a ver una película, montarlas en el tiovivo, verlas actuar en las galas del colegio, ir al parque a comer pipas y hablar con los otros padres, la mayoría madres, mientras Susana y Leonor jugaban con otros niños de su edad.

Los viajes tampoco eran lo que al principio. Atrás quedaban los maratones de romanticismo, las miradas acarameladas bajo el cielo de Chile, confidencias a media voz, las auroras boreales de Islandia. Estela tampoco tenía paciencia para seguir el ritmo a Juan, siempre parlanchín, expresando en tiempo real la crónica de su mundo interior, haciendo ruido. Así que su marido, consciente de haberse convertido en una molestia para ella, había aprendido a callar, ser invisible, con tal de evitar el disgusto, siempre a punto de ebullición, de su mujer. Solo viajaban cuando las niñas tenían vacaciones, y el destino tenía que ser a prueba de todos los públicos. Estela se limitaba a leer, metida en su burbuja de cristal, Kindle en mano; las niñas reían

y peleaban a partes iguales; y Juan se dedicaba a bucear en aguas tan cristalinas como aquellas que ahora mismo veía desde la terraza del apartamento de Marina.

—Estaba pintando la terraza. ¿Lo ven? —dijo Diana señalando una pared, el cubo y los rodillos—. ¿Para qué iba a ponerse a pintar la pared si pensaba suicidarse? Y hay más cosas. Acompáñenme, por favor.

Diana debía tener unos cuarenta y siete años. El sol dibujaba espejos en su melena rubia. Tenía gusto en el vestir, virtud que Estela admiraba encarecidamente, especialmente si la fémina desfilaba en tacones hasta para andar por casa, como era el caso. Siguieron sus pasos. La inspectora se quitó las gafas de sol antes de acceder a las escaleras y vio los verdaderos tonos de la mañana, sin ese filtro de las Ray Ban que hacía que vieras las cosas de color de rosa. El mar rabiaba de azul, el cielo mediterráneo refulgía de sol, ni una sola nube enturbiaba el vuelo de las gaviotas. Bajaron las escaleras, y Diana dirigió sus ojos verdes hacia un bloc de notas que reposaba sobre el escritorio. Tenía un diseño peculiar, con una luciérnaga de aspecto gracioso estampada en cada hoja, junto a unas letras informales: BRIGHT IDEAS. «Muy ocurrente», pensó Estela.

—¿Lo ven? —preguntó Diana, sin querer tocar el papel, como si temiera contaminar una prueba.

Roberto se inclinó para leer las anotaciones en voz alta:

—Jueves. Ir a K-Tuin a por el portátil. Llamar a los de Cableworld. ¿Internet + TV o solo Internet?

—¿Les parecen anotaciones propias de una persona con planes de suicidarse?

Estela entornó los ojos. ¿Qué se pensaba la gente?, ¿que cuando tenías planeado suicidarse te lo anotabas en un pósit? Suicidio el viernes. ¿Pastillas o bolsa de plástico?

—¿Por qué no dieron parte de su desaparición?

Demasiado sabía ella por qué, el doctor Pomares le había dicho que hacía años que Marina no se trataba con su familia, pero le gustaba meter el dedo en la llaga. ¿Y a quién le amargaba un buen cotilleo?

—Ella… —se sonrojó. Se llevó la mano a la diminuta cruz de oro que colgaba de una cadenita en el cuello— tenía sus tendencias sexuales… Ya sabe…

—No, no sé. ¿A qué se refiere? ¿Era zoofílica? ¿Abusaba de menores? —preguntó Estela muy seria. Se partía de risa por dentro.

Roberto tosió atragantado por la osadía de la inspectora Muñoz.

—¡No, por Dios! Le gustaban las mujeres, ¡solo eso!

—Solo eso… Entonces dejaron de hablarse solo por eso… —Sacó

una libreta, como si la información que Diana aportaba fuera de suma importancia—. Ya veo.

—Somos buena gente. Intentamos ayudarla, pero no quiso dejarlo…

Notó que Diana lo decía como si hablara de quitarse de fumar.

—¿Cómo intentaron ayudarla? —inquirió Estela.

—Si ella hubiera querido corregir su problema… Pues… Pues… Pero ella… Ella… discutió con mis padres, se dijeron cosas, y nunca más quiso volver a saber nada de nosotros.

—¿Qué cosas se dijeron? —insistió Estela.

—Marina pretendía llevar a la que decía que era su novia a la boda de mi hermano Joaquín. Y nosotros se lo prohibimos, claro. Mis padres jamás le habrían cerrado las puertas a Marina, ¡la querían demasiado! ¡Fíjense si la queríamos que acabamos por aceptarla! ¡Pero una cosa es aceptarla y otra publicarlo por ahí! Mis hijos eran pequeños por aquel entonces, ¡todavía no habían hecho ni la primera comunión! ¡Y pretendía confundirlos con la novia de la tía Marina! —pronunció aquellas últimas palabras con aspavientos en la voz.

Estela se sopló las greñas. Normal que fuera estreñida, con toda la mierda que tenía que tragarse al día.

—Mi familia está muy preocupada por las repercusiones públicas de la muerte de Marina. No deseamos que trascienda nada a la prensa. Estamos rotos de dolor y… —Volvió a jugar con la crucecita de oro—. Mis hijos ya son algo mayores, pero los de mis hermanos Joaquín y Cristóbal…

La inspectora entendió. El motivo por el que no estaban dispuestos a aceptar que Marina se había suicidado era porque lo consideraban un pecado, algo sucio, una mancha para la familia.

—¿Podemos echar un vistazo en la casa? Tal vez encontremos algo que nos ayude a esclarecer lo que pasó —sugirió Estela.

—Claro —accedió Diana.

El apartamento de Marina tenía todas las comodidades, pero se notaba que llevaba tiempo sin vivir en él. De acuerdo con los datos proporcionados en el Departamento de Administración del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo, hacía apenas unos días que había regresado a la casa, después de años de ausencia en el Congo, y solo tras el alta médica. Por eso andaba de reformas, estaba pintando y todavía no tenía acceso a Internet. Estela se acercó a curiosear la colección de discos de blues. A su marido le habría encantado. John Coltraine, Robert Johnson… También había vinilos de Sarah Vaughan, Irma Thomas y Doris Day. Los libros de anatomía, bioquímica y

enfermedades infecciosas dejaban un pequeño espacio para una biblioteca de narradores contemporáneos extranjeros: Paul Auster, Haruki Murakami, Kazuo Ishiguro, Ian McEwan, Olga Tozarczuk, Svetlana Aleksiévich, Peter Handke y otros nombres que le sonaban de haberlos visto entre las lecturas de Juan. La colección de películas era variopinta e inspiradora. Algunas las había visto, otras debían ser auténticas rarezas porque no le sonaban de nada. Había algo de polvo depositado en las estanterías. En el rincón del salón, un pequeño Buda rodeado de inciensos y farolillos la observaba con ojos achinados y sonrisa serena. Algunos muebles tenían arañazos que a todas luces evidenciaban la presencia, en el pasado, de un gato, porque si de algo sabía Estela era de gatos.

Diana abrió la nevera en busca de algo fresco. Empezaba a sentir calor. Si estaban a casi treinta grados en pleno mes de marzo, no quería imaginarse cómo iba a ser el verano.

—Por favor, no toque nada… —dijo Estela. En realidad, solo quería tocar las pelotas porque básicamente podía tocar lo que quisiera.

Diana volvió a cerrar la nevera. Sacó unos papeles del bolso y empezó a abanicarse. Se había puesto demasiada ropa. Era lo que tenía la primavera, que nunca sabías cuántas capas ponerte.

—Inspectora, estaba pensando…

Estela le prestó atención.

—Mi hermana armaba cierto lío con el tema del coltán. Siempre arremetía contras las grandes marcas de telefonía móvil. Podía llegar a ser muy pesada si se lo proponía. ¿Cree que pudo haber cabreado a alguien tanto como para matarla? ¿Poseer alguna información que amenazase con desvelar y…?

—¿Sabe usted si recibió alguna amenaza? —preguntó Estela.

—Que yo sepa no, pero… Hay poderes en la sombra, personas que manipulan a los hombres como si fueran marionetas. ¡Si hasta nos han hecho creer que la Tierra es redonda!

Estela enarcó las cejas. Roberto, directamente, se dio media vuelta. No sabía dónde meterse.

—Y ¿no lo es? —preguntó Estela con voz de mosquita muerta, mostrando su máscara más cándida e inocente.

—Por supuesto que no. Hay miles de pruebas. Y tampoco estuvimos en la luna, ¿sabe?

—¿Y por qué querrían hacernos creer que la tierra es redonda? —fingió auténtica preocupación.

—¡Para vaciarnos espiritualmente! Como con las teorías de la evolución. Para decirles a nuestros hijos que Dios no creó al hombre ni al universo. La Tierra es plana e inmóvil, así lo indica el método

científico y la observación simple y pura. Esa idea de la tierra con forma de bola está basada en teorías que jamás se han comprobado.

—¿Y las imágenes de los satélites, la NASA…?

—Fraudes creados por ordenador —interrumpió vehementemente Diana.

Empezaba a entender que la muerta —todavía no se acostumbraba a llamarla Marina— llevara años sin hablarse con sus parientes. Es más, hizo bien en suicidarse, como parecía ser el caso, porque soportar a una familia de gallinas con aquellos cacareos debía ser un infierno. Resultaba un milagro pensar que alguien que se había criado en lo que casi apostaría a decir que era una familia disfuncional hubiera sido capaz de forjarse una identidad tan fuerte y bonita, como un diamante nacido del carbón, una mujer valiente, orgullosa de su sexualidad, inteligente, con estudios de Medicina y una poderosa voluntad de servir a los demás de forma altruista. Bueno, tal vez en lo que había fallado era en lo del altruismo precisamente. Estela no encontraba sentido a aquellas actitudes serviles de las que no sacabas nada a cambio, pero no tenía ningún problema en aprovecharse de ellas si la ocasión se presentaba. Pensándolo dos veces, en una colmena tenía que haber de todo, una reina, zánganos y obreras. De lo contrario, no había miel. Y Estela era la reina de los zánganos. El panal se le quedaba pequeño.

—Inspectora. ¿Puede venir un momento? —la llamó Roberto desde el interior del dormitorio.

—Un segundo —se disculpó Estela con Diana, la de la cabeza plana.

—No se va usted a creer lo que he encontrado —susurró Roberto.

Estela entró en la habitación y Roberto le mostró una serie de diarios, fotografías, cartas, regalos y recuerdos íntimos.

—¡Eran amantes! —exclamó Roberto en voz baja.

—¿Quién?

—La muerta, ¡digo Marina!, y Adela, la del restaurante Galicia.

—Sabía que mentía —dijo Estela.

—¿Cómo lo supo?

Estela no respondió.

Un mentiroso siempre reconocía a otro mentiroso.

MONTÍBOLI

La habitación del hotel Montíboli de Villajoyosa tenía un gran balcón colgante con vistas al mar. Junto a Estela yacía un hombre desnudo. La botella de champán estaba sin abrir. Habían ido directos a la cama nada más entrar, llevados por la urgencia del deseo. Manolo no era su última adquisición sexual, aunque le calentaba la bragueta desde hacía veinte años. Bastante feo de cara, con los ojos achinados, más seco que una mojama, negro como el tizón. Le encantaba atraer la mirada hacia sus atributos masculinos —el desdichado no tenía otra cosa de la que presumir— y posaba con los pantalones desabrochados para sugerir lo que había, o directamente desnudo, únicamente con un pareo por encima. Estela tenía una capacidad extraordinaria para detectar las carencias de la gente, sabía lo que Manolo ansiaba oír y se lo decía: «Hay que ver cómo le quedas a ese pareo». A lo que él respondía vanidoso y coqueto: «Pues no es a lo que mejor le quedo». Entonces ella respondía algo así como «Claro, porque lo que mejor te queda soy yo» y reptaba hacia él para depositar un beso en su cuello. Se conocían desde hacía más de dos décadas, desde los tiempos del ejército. Él había sido su superior. Se acababa de divorciar por tercera vez; se había hecho dos tatuajes en los seis últimos meses; visitaba al fisioterapeuta una vez al mes; recorría largas distancias en bicicleta junto a un pequeño grupo de amigos aficionados al ciclismo; y los fines de semana salía sin calzoncillos, es decir, con la pistola siempre a punto. Le gustaba ligárselas de dos en dos, pero no era feliz si no podía alardear de ello, especialmente ante Estela. Las conquistas sexuales eran un bien de consumo. Cuantas más tías se follaba, más rico se consideraba, aunque estuviera más pelado que el culo de un macaco, porque su sueldo no daba para tanta pensión de manutención: demasiados hijos. Vivía en Mallorca, pero cada vez que podía se escapaba a Alicante para echar un polvo con Estela, o era ella la que se iba a la isla con alguna buena excusa, como la de visitar a su hermano, que también vivía allí. Sin embargo, no siempre fue así. A Manolo le había costado mucho, muchísimo, meterse en las bragas de Estela, y a pesar de que ella siempre se la había puesto muy dura, y con toda la intención, nunca llegaban a consumar. Las excusas que Estela le dio durante todos esos años habían sido de lo más variadas, «así no», «estás casado», como si ella fuera muy casta y le importaran

esas cosas. Realmente, si realmente hubiera querido acostarse con él, lo habría hecho dos décadas atrás. Entonces, ¿por qué ahora sí? La inspectora no necesitaba darse razones, pero gran parte de la culpa la tenía Épsilon. La maldita Belén lo había estropeado todo al propagar aquellos rumores lesbianos y Estela se había llegado a sentir tan vulnerable y vacía que había tenido que engancharse a una bomba de oxígeno para poder seguir respirando. Encapricharse de Manolo le había servido de distracción, aunque para estar con él había tenido que hacer malabares con los otros dos, Juan y Épsilon, esta última descartada de forma provisional en la caja de escaques.

Podría decirse que Manolo era su mejor amigo o, al menos, aquel con quien Estela se confesaba hasta cierto punto, porque la inspectora Muñoz nunca se mostraba con nadie, y cuando lo hacía siempre mentía, ocultaba más de la mitad del pastel o maquillaba los eventos fantasiosamente. Tenía una pasmosa habilidad para tergiversar la realidad. El motivo por el que ambos se llevaban tan sumamente bien se debía, probablemente, al hecho de que eran unos reptiles viva la virgen, solo que él lo era de forma muy descarada, era de esos a quienes veías venir a kilómetros, y a Estela nunca la veías venir. En aquella parranda, el que llevaba todas las de perder era él.

Habían pasado muchos años desde que Manolo y ella se habían conocido, durante los cuales a ella le había dado tiempo a estudiar dos carreras, Psicología, Criminología, y un máster en antropología forense. En todas se había arrimado al árbol que más sombra daba. Siempre se las apañaba para ser el ojito derecho de algún profesor encandilado por su dulce apariencia de Caperucita tímida, con su capa roja y su cestita llena de frutos del bosque y otras ternuras salvajes; la pelusilla translúcida de hada blanca; la minifalda inocente: los tacones en los que no parecía sentirse del todo cómoda, como la muchachita que se prueba los zapatos de mamá y sale por primera vez a pisar como una mujer. Conseguía hacerse adorar por el mandamás de cada sitio, siempre que pudiera favorecerla de alguna manera. Ella era la aplicada, la diligente, la que siempre estaba ahí cuando Armando Castillo, profesor emérito de la Universidad Miguel Hernández, necesitaba una asistente personal para ayudarlo a documentarse con las ponencias que daba en distintos países. El desdichado pasó unos cuantos años soñando con que Estela, algún día, lo dejaría todo por él, porque la inspectora nunca decía no, le gustaba darle cuerda al reloj, pero sin llegar a ponérselo nunca. Había aprendido a interpretar el papel de víctima con tanta excelencia que todos los hombres —y mujeres— con complejo de príncipe azul querían salvarla de su

perenne tristeza.

Estela era un portento entre las sábanas, en los estudios, en el trabajo y en inspirar compasión. No conocía manera más efectiva de gestionar la frustración y el enorme vacío que la devoraban por dentro que la de manipular a los demás a su antojo para conseguir sus propósitos y tenía muy claro que en la vida más valía ser cabeza de ratón que cola de león.

—Y ¿cómo está míster escritor? —Manolo se incorporó en la cama, la espalda apoyada en la almohada.

—Últimamente está más repelente de lo normal. Creerá que le estoy poniendo los cuernos o yo qué sé…

—Y un poquito de razón tiene, ¿no? —Manolo señaló la cama con gesto irónico.

—No hablemos de él, ¿quieres? —pidió Estela molesta.

—¿Por qué no te vienes un fin de semana a Mallorca y te olvidas de todo?

—Pues no es mal plan —accedió ella.

La luz de la pantalla del teléfono móvil se encendió silenciosamente. Estela lo cogió antes de levantarse para ir al baño y accedió a los mensajes.

—¡Mierda! —masculló entre dientes, ya en el baño. Manolo no podía oírla. La imagen del espejo capturó su reflejo de disgusto mientras leía el mensaje de Roberto.

El agente había terminado unas diligencias con las que supuestamente tenía que haber estado ocupado toda la mañana y había decido hacerse el industrioso pasándose por el restaurante Galicia para hablar con Adela. Pero ¿quién se había creído que era? Se sentó en la taza del váter a orinar y tecleó: «Espérame. Voy para allá. Nos vemos en la puerta».

—Me tengo que ir —declaró al salir del baño.

—¿Ya? ¡Pero si solo he tenido dos orgasmos! ¿Me vas a dejar así?

—La vida es dura —respondió Estela y cogió las medias que había en el suelo.

—Muy tú —recalcó el «tú».

Manolo hizo ademán de levantarse.

—No te levantes. Quédate ahí. —Recorrió su cuerpo con la mirada lasciva—. Bébete el champán, disfruta de la habitación, date un baño en la playa y ocúpate del *check-out*.

Terminó de vestirse a toda prisa frente a la atenta mirada de Manolo y se despidió de él con un rosario de besos húmedos. No descansó hasta provocarle una erección. Después se fue y lo dejó allí,

empalmado y sin chica. Estela se regocijó al saber que se masturbaría pensando en ella.

Le llevaría más de una hora recorrer los setenta kilómetros que separaban El Pinet de Villajoyosa. Durante el trayecto, pensó en el material que habían encontrado en casa de Marina. Al parecer, se había alistado en Médicos Sin Fronteras para olvidarse de Adela, romper con todo y poner tierra de por medio. La gente hacía muchas tonterías por amor, cosas que Estela no podía entender. La inspectora Muñoz habría visto más convenientes otro tipo de reacciones ante un desplante, tales como clavarle el aguijón hasta el fondo antes de perderla de vista, desquitarte haciéndole la vida un poco imposible, buscarte una novia veinte años más joven o, mejor aún, acostarse con el marido. Se le ocurrían tantas formas de darle en los morros y salir victoriosa… Cualquier cosa menos huir como una niña rota. ¿Qué? ¿Te rompe el corazón y encima le das el gusto de ponerte a llorar y salir corriendo con el rabo entre las piernas?

—Ay, Marina, Marina… —dijo en voz alta al tiempo que suspiraba y sacudía la cabeza.

A juzgar por los relatos del diario y las cartas de Marina, la tal Adela era una *borderline* de manual. Se habían conocido cuando la médico acababa de salir de la universidad, con esos «veintipocos» recién estrenados y unas ganas urgentes de disfrutar del amor en bruto, después de años de sacrificio y reclusión estudiantil, malviviendo a costa de becas y trabajos a tiempo parcial mal pagados. No quería saber nada de sus padres ni quería pedirles ningún favor económico. Se llevaban quince años y Adela, además de ser su amante, se había convertido también en una especie de madre en la que mecer el rechazo que había vivido en casa. Para Marina, Adela lo era todo. Para Adela, Marina era una persona más con la que saciar su insaciable apetito sexual. Era adicta a la comida, la cocaína, el bingo y el poder. Se había presentado a las elecciones municipales de Torrellano y había resultado elegida como alcaldesa en el año 2011. No duró mucho en el cargo, apenas una legislatura, lo suficiente como para encabronar a los concejales de su propio color político. Cada acto público, cada reunión en la Generalitat, cada viaje institucional eran la excusa perfecta para ponerlo todo patas arriba y bajarle las bragas a Marina, quien al parecer vivía deslumbrada por una Adela que, tarde o temprano, dejaría a su marido y que, a juzgar por las notas y escritos personales de la joven médico, si todavía no lo había hecho era por no poner en peligro el puesto político, pero también por sus dos hijos, con edades comprendidas entre los nueve y los doce años. Sin embargo, lo que más inquietaba a la inspectora Muñoz era una

nota que habían encontrado en la que Adela amenazaba a Marina.

Roberto la esperaba en la puerta. La inspectora Muñoz entró sin saludar, seguida por el agente. Adela se puso blanca al verlos entrar, como si anticipara el motivo por el que estaban allí. El jaleo del bar subió de volumen.

—Aquí no, por favor —les suplicó. Salió del restaurante y los condujo hacia la parte trasera, junto a un par de contenedores malolientes.

Un par de extranjeros con toda la pinta de ser holandeses empujaba sus bicicletas. El sol bañaba el cielo con ráfagas de nubes de tonos irreales, púrpuras y rosados. El mar estaba en calma, plateado.

—Mintió —dijo Estela sin más preámbulo—. ¿Y esta nota? —Le mostró una foto de la amenaza que había hecho con el teléfono móvil. En ella se podía leer: «Atente a las consecuencias». Era la misma caligrafía con la que le había escrito tantos otros apuntes de amor, solo que aquel rezumaba odio.

Estela no comprendía aquella manía de la gente por dejar constancia escrita de sus devaneos, aunque lo cierto es que en los tiempos que corrían era más seguro expresarse sobre el papel que sobre la pantalla. «Quien esté libre de pecado que enseñe su historial de chats» solía ser su lema.

—No es lo que ustedes piensan. Por favor… Mi marido no sabe nada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Si se entera, si mis hijos se enteran, yo me muero… —Le temblaba la mandíbula.

—¿Por qué la amenazó? ¿Qué tenía en contra de Marina? —preguntó Roberto.

—Se volvió loca cuando lo dejamos y empezó a hacer muchas estupideces. Esa chica era una bomba de relojería. No estaba bien de la cabeza.

«Típico de un loco, acusar a los demás de estar loco», pensó Estela para sus adentros.

—No quería líos, por eso dije que no la conocía, ¡porque para mí dejó de existir hace muchísimo tiempo! Fue un episodio muy doloroso de mi vida.

—Va a tener que venir a comisaria a declarar —interrumpió Roberto.

—¡Por favor, no le digan nada a Pepe! ¡Que no se entere mi marido! —suplicó.

—Yo que usted iría pensando en hablar con él porque va a tener que darnos muchas explicaciones —sugirió Estela. «Que se joda»,

pensó.

—¿Fue usted también la que escribió el anónimo? —preguntó Roberto.

—¿Qué anónimo? No sé de qué me hablan, ¡lo juro!

—Preséntese mañana a primera hora en comisaría —sentenció la inspectora, como si estuviera firmando una condena a muerte, antes de darse la vuelta.

Roberto la siguió.

De camino a los coches, intercambiaron unas palabras.

—Yo creo que esta mujer no tiene nada que ver con la muerte de la chica. Es una pobre desgraciada —dijo Roberto.

—Esta es la típica tía que se va enrollando por ahí con hombres casados para asegurarse de que el polvo no sale de esas cuatro paredes, pero cuando dan con un coñito irresistible no paran hasta comérselo. Y claro, se acaban atragantando, porque los coñitos de veinteañera no están casados, les gusta hablar y no hay dios que los controle si les da por ponerse tontos. Así que si alguna vez le quieres poner los cuernos a Silvia, ya sabes, que tenga más de treinta años y casada, porque quien se acuesta con niños, amanece meado —le aconsejó Estela.

—Parece que supiera usted de lo que habla —respondió Roberto.

A Estela le hirvió la sangre por dentro.

—Vete a casa, Roberto.

—A sus órdenes, inspectora, pero ¿no cree usted que es hora de hablar con el comisario para informar al juez Ramírez? Un anónimo, un falso testimonio…

—Que te vayas a casa, Roberto. Se acabó por hoy.

El agente Martínez entró en el vehículo antes de que la inspectora Muñoz cambiase de opinión y le mandara ponerse a rellenar informes a última hora. Estela aprovechó para enviar un mensaje a Manolo: «Mueve tu polla y tráela aquí ahora mismo. Te mando ubicación». Todavía tenía tiempo para retozar antes de que acabara el día, y en la playa del Pinet había un pequeño hostal muy discreto en primera línea. Mientras esperaba a que Manolo llegase, se preguntó si todo aquel embrollo, el anónimo, las mentiras de Adela, tenía algún sentido. ¿De qué forma encajaban con la muerte de Marina? Tal vez la joven médico se había dejado caer por allí nuevamente al regresar del continente africano, en busca de consuelo en un viejo amor, y Adela se había asustado ante la posibilidad de ver peligrar una vez más su estatus. ¿Tanto como para matar? Estela recapacitó unos instantes y la respuesta que visitó su mente fue afirmativa. La gente podía llegar a hacer cualquier cosa por sostener una mentira. Lo que no podía

perdonarle es que se hubiera cargado un ejemplar humano del calibre de Marina. Era una versión de Juan en femenino. Se dio cuenta nada más entrar en su casa y conocerla un poco más, aunque fuera *postmortem*. No, no le caía bien Adela, quizás porque era un espejo en el que odiaba mirarse. Volvió a echar mano del móvil y mandó un mensaje a Juan: «Ha surgido un imprevisto. Me toca doblar turno. No me esperes para cenar. Te veo mañana». Enviar.

Enviado.

La puerta de la bodega del restaurante Galicia estaba abierta. Se asomó ligeramente. Debía haber una radio encendida porque se oía música. ¿Cómo se llamaba ese grupo que cantaba *«Black is Black, I want my baby back»?* Su padre llevaba una cinta de casete en el Citroën cuando ella era pequeña. Recordaba haber visto la carátula por la guantera, junto a las de Demi Ruso, las rancheras de mamá y alguna horterada de esas que vendían en las gasolineras junto a la sección de películas porno, que supuestamente únicamente visitaban los camioneros y en las que nunca faltaba una señora junto a un caballo.

«*What can I do? 'Cause I, I am feeling blue*». Era un lugar oscuro, fresco, lleno de cajas de cerveza, refrescos, paquetes de servilletas de tamaño industrial y otros suministros. Adela había entrado por ahí al terminar la conversación, en lugar de regresar por la puerta principal. Estela supuso que no querría encontrarse con Pepe, no hasta que no consiguiera calmarse y pensar en un plan, esa gente siempre pensaba en un plan, cualquier cosa con tal de no admitir su falta, y en caso de no tener más remedio que enfrentarse a ella, encontrar cualquier medio para justificar sus engaños y traiciones. En aquel preciso instante, Adela debía estar maquinando alguna mentira con la que contar la verdad.

Estela empujó suavemente la puerta del almacén. La curiosidad la empujó a dar un paso más. Si la descubrían, siempre podía decir que había olvidado pedirle un dato o corroborar una dirección. Sobre el obrador descansaba un manojo de hilos trenzados de color blanco y rojo. ¿No era aquel el mismo tipo de hilo con el que habían encontrado el cadáver maniatado de Marina? Le hizo una foto con el teléfono móvil, sacó un bolígrafo del bolso y lo usó para pescarlo antes de guardarlo en una bolsita con autocierre. Alzó la vista hacia los barrotes del techo de los cuales pendían, del mismo cordaje, algunos jamones y embutidos.

—Hija de puta… —susurró.

Manolo la recibió con una erección de honor y Estela correspondió

con la punta de su seno. Desordenaron las sábanas en clave de sol, con el ocaso robando las últimas horas de luz al día, sin más cielo que el que entraba por la ventana de la habitación, y un rumor de gaviotas vespertinas, ajenas a la carroña de sus cuerpos bañados en semen y sal. La inspectora veía en cada orgasmo la cara ahogada de Marina y se acordaba de Juan, como si la sola existencia de Adela fuera una afrenta, una amenaza para su marido. ¿No eran las cábalas de la mente de lo más extrañas? ¿De dónde surgía aquella asociación de ideas en relación a la sensibilidad estética común de aquellos seres? Marina y Juan, Juan y Marina, dos personas que nunca se habían conocido, pero a las que Estela clasificaba dentro de la misma categoría por su taxonomía: diamantes estelares en peligro de extinción, víctimas del tráfico de sentimientos y los estafadores emocionales como Adela; presas fáciles de su propia mente, capaces de albergar los sueños más sublimes a la vez que las pesadillas más monstruosas; estrellas que brillaban demasiado, y a las que todos los que vivían en la oscuridad querían echarles el lazo. Así era Juan, un faro encendido al que todos los barcos perdidos apuntaban. El problema de los náufragos era que hundían el tronco al que se aferraban, y si había alguien con derecho a aferrarse al cuello de Juan era ella, no una Adela cualquiera. ¿Qué podría haber visto Marina en una hembra tan vulgar?

EN CARNE VIVA

Juan se sentó en la terraza del Gaviota Beach, un chiringuito situado en el extremo sur de la fila de casitas de la playa del Pinet a esperar a Jimena, una joven escritora que había ganado el Premio Herralde y con la que había trabado amistad en la universidad. La había apadrinado en varios actos y presentaciones literarias, e incluso le había escrito la frase de la faja de su último libro. Jimena era, como todos los escritores, un poco caótica, hermosamente excéntrica, preñada de genialidad. Derrochaba creatividad en cada aliento y no sabía vivir en otro lugar que no fuera el de su imaginación; una luciérnaga de cabellos negros con alas de sílfide, el cuerpecillo a medida de sus sueños, la mirada de otoño. Brillaba dentro del frasco de cristal en el que las novias que se buscaba la encerraban, siempre estrellada contra el cristal del desamor. Las piedras preciosas siempre caían en manos de los vanidosos más codiciosos, y con los avaros ya se sabía, no había joyas suficientes en el mundo con las que adornar su vacuidad. Aparte de hablar de libros, Jimena siempre aprovechaba los cafés que se tomaba con Juan para confesarle sus desgracias amorosas, que nunca tenían fin. La última tenía que ver con una mujer que, en un primer momento, parecía que era todo oro y luces, aquella que por fin le daría estabilidad emocional. Al principio todo iba viento en popa. Se veían todos los días, iban al cine, asistían a conciertos, se escapaban de viaje cada vez que tenían la más mínima oportunidad, pasaban los fines de semana acurrucadas en el adosado de la escritora, hacían planes de futuro y hasta le habían visto nombre a las hijas que iban a tener juntas una vez se casaran. La susodicha colmaba a Jimena con toda suerte de regalos de lujo, pluma Montblanc, reloj de Cartier, portafolio de piel italiana con su nombre grabado, un iPad último modelo. Acompañaba a Jimena a todas partes, a la peluquería, al ginecólogo, a las presentaciones de libros, y se había convertido en algo así como una especie de asistente personal que no dudaba en ayudarla a hacer la declaración de la renta, plantar unos tomates en el jardín, lavar el coche, llevarle la agenda y recordarle que tal día, a tal hora, tenía una reunión con su editor. Le encantaba leer, especialmente lo que Jimena escribía, y hablaban durante horas sobre lo bonita que era la palabra *libelo*. Pero últimamente Jimena vivía con el corazón entumecido, incapaz de sentarse a vivir en sus historias ni

dar vida a los personajes de sus novelas, porque ella misma se había convertido en un actor enjaulado en una horrible obra de teatro en la que no era ella quien movía los hilos, sino una taimada sombra. Su amada había cambiado de forma radical y, durante el último año, apenas la había visto cuatro veces, y no más de media hora en cada ocasión, aunque habían seguido en contacto prácticamente todos los días.

La escritora llegó con sus andares de maga, parecía que volara. Juan puso la mejilla y ella lo besó. No se veían desde el Celsius, el festival internacional de literatura fantástica más importante del país. Rememoraron los cachopos, la sidra, las noches de cine a la fresca y las discusiones vampíricas en el Meeting Point, cóctel de nombre exótico y sabor exquisito en mano, junto a Michelle Roche, autora de *Malasangre*.

Jimena puso a Juan al día de sus cuitas amorosas sin más preámbulo.

—¿Y ahora qué es lo que ha pasado? —preguntó Juan.

—Su hija se puso gravemente enferma.

—¿Tiene una hija?

—Sí… Fruto de su anterior relación.

—¿Tú lo sabías?

—No… Me enteré hace unos meses.

—¡Pero, Jimena!, ¿qué clase de persona te oculta que tiene una hija durante tanto tiempo?

Jimena le dio una serie de explicaciones, las mismas que le había dado la amada para justificar la ocultación, y a Juan le dieron ganas de arrancarse las orejas, aunque todavía no había escuchado la peor parte del relato. La mujer en cuestión no solo vivía todavía con su exmarido, con quien juraba y perjuraba que no tenía nada desde hacía cinco años, pero que a todas luces todavía no se había resignado a perderla —seguramente porque todavía vivía con él—, y a quien no deseaba revelarle que se había enamorado de Jimena para no hacerle un daño innecesario que pudiera repercutir en la futura lucha por la custodia de la niña, aunque eso ya no importaba. Y no importaba, sencillamente, porque la niña había enfermado de cáncer y, a pesar de que los médicos habían intentado hacer todo lo posible por salvarla, no habían podido. La pequeña había muerto.

—Y por eso no nos hemos visto durante todo este último año, porque su hija enfermó, y ella ha estado todo el rato en el hospital, sin separarse ni un instante de ella —explicó Jimena.

—No sé qué decirte…

A Juan le pareció que aquella historia hacía aguas por todas partes, por mucho que Jimena intentara justificar la coartada. Si hubiera tenido que escribirla en una novela, no habría cumplido los requisitos mínimos de verosimilitud.

—¿Cuánto tiempo hace que murió la criatura?

—Dos meses y medio. Qué mal ha debido pasarlo la pobrecita…

—¿Y entonces?

—Entonces… Nada. Todavía no la he visto, pero hablamos casi todos los días.

—¿Por teléfono?

—No, no, por chat —explicó Jimena.

—Pero ya no sois pareja… —asumió Juan.

—Sí, sí, claro que sí.

Juan entendía cada vez menos.

—¿Vive lejos?

—Qué va, a tres kilómetros de mi casa.

A Juan le costaba asimilar lo que acababa de oír. Por un momento, le dieron ganas de decirle a Jimena: «Pero ¿tú eres imbécil?».

—Vamos a ver, Jimena, yo no me quiero meter donde no me llaman, pero ¿tú no crees que ahí hay algo que no cuadra?

—Cuando todo esto pase y solucione la situación con su ex volveremos a estar juntas.

—Jimena, esa mujer no te quiere en su vida. ¿Acaso no te das cuenta?

—Pero ella dice que me quiere, que, si no me quisiera, por qué iba a estar conmigo.

—¡Pero es que no está contigo! ¿No lo ves? ¿Conoces a su familia? ¿Te los ha presentado? ¿Y a sus amigos?

—No —admitió.

—Mira, Jimena, yo de una mujer que te ocultó durante un año que tenía una hija no me fiaría mucho. Dices que habláis por chat. Déjame adivinar, ¿a que tampoco te coge nunca el teléfono ni te devuelve las llamadas?

—¿Cómo lo sabes?

—Sientes que está mal preguntarle sobre su vida o sobre vuestra relación, y cuando lo haces sus respuestas son siempre ambiguas, evasivas o defensivas.

—Es que la pobre ha pasado mucho, y lo de su hija…

—Que no, Jimena, que vas como un burro detrás de la zanahoria y no te la vas a comer nunca.

—Pero, si no me quisiera, me lo diría. ¿Qué sentido tiene decir algo que no sientes?

—Porque no tiene ningún problema con que tú la quieras a ella. Es un parásito emocional. Necesita tu atención; que tú estés ahí, adorándola. Sabe que te está estafando, y muy en el fondo puede que hasta se sienta culpable por ello, y espera que seas tú la que le dé cualquier motivo para arremeter contra ti y cargarte el muerto. No te quiere, pero desea tenerte.

La escritora resopló angustiada. Se hizo un trémulo silencio.

—Mira, Jimena, el amor es una cosa que salta a la vista y, si esa mujer estuviera enamorada de ti, habría estado contigo sin importar la situación y, desde luego, estaría contigo ahora. Al principio no salía de tu casa ¿y de la noche a la mañana desaparece sin dar explicaciones y le sale una hija de la nada? ¡Venga ya! Lo más seguro es que esté follándose a otra, o a otro… —dijo Juan indignadísimo, como si la afrenta fuera contra él mismo.

—Yo creo que tengo que esperar a que la situación se arregle, y todo volverá a ser como antes —dijo Jimena sin mucha convicción.

Juan se quedó mirando detenidamente a su ahijada literaria. Cogió aire. Lo que iba a decirle no le iba a gustar, por mucho que tratara de suavizar la realidad.

—Eres incapaz de verlo porque tú eres buena persona y tienes una forma de amar extraordinaria. Eres fiel, leal y comprensiva, siempre vas a estar ahí para ella. Yo no digo que no lo esté pasando mal, a lo mejor es verdad, pero a la última persona que necesita a su lado ahora mismo es a ti. Si te necesitara, iría a buscarte, créeme.

—Bueno, Juan, hay personas que necesitan estar a solas para pasar sus procesos. ¿Qué clase de pareja sería yo si saliera corriendo a la primera de cambio?

—Es que la que ha salido corriendo es ella. Y tú no estás «ahí». Estás sola.

—¿Crees que deberíamos cortar?

Juan estalló en crueles carcajadas, no se reconocía a sí mismo.

—Pero ¿qué es lo que vas a cortar? ¡Si no tenéis nada! —gritó con ojos encendidos—. ¿Qué le vas a decir? ¿Vamos a dejar de vernos? ¡Si ya no os veis! ¿Vamos a dejar de hablarnos? ¡Si no te coge ni el teléfono ni te devuelve las llamadas!

A Jimena se le revolvieron las pupilas en una tina de lágrimas. Juan sintió un pinchazo de lástima. Se estaba pasando. ¿De dónde provenía toda aquella furia? ¿Estaba enfadado con Jimena o consigo mismo?

—Perdona… No quería hacerte sentir mal. ¿Por qué no vamos a dar un paseo?

Jimena accedió. Juan pagó la cuenta y se descalzaron para

adentrarse en las dunas. Tomaron el camino de las salinas y dejaron la orilla de la playa al otro extremo, oculta por un bosquecillo de pinos paralelo a las salinas donde los flamencos, en aquellas horas de la tarde, pasaban más tiempo con la cabeza dentro del agua que fuera de ella.

—Este sitio es precioso. Nunca había estado —dijo ella sin dejar de admirar la belleza de las lagunas.

—Era el rincón favorito de mi mujer. Fue uno de los primeros sitios a los que me llevó cuando empezamos a salir —recordó Juan con un combinado de nostalgia y tristeza.

—¿Y venís mucho?

—Vengo yo solo.

—¿Y eso?

—Supongo que dejó de ser su rincón favorito en cuanto me lo enseñó a mí.

Atravesaron las malladas, rodeadas de juncales y matorrales, antiguos vestigios de las lagunas salobres originarias, donde se acumulaba el agua cuando llovía para goce de la fauna sedienta que se acercaba a beber en ellas.

—¿Qué son esas casetas tan graciosas? —preguntó Jimena señalando unas pequeñas construcciones de madera con celdas en el interior.

—Son refugios de insectos, abejillas, mariquitas y cosas así.

—¡No me digas! —exclamó divertida.

Juan sintió un arrebato de ternura, como el que sentía cada vez que Susana y Leonor se entusiasmaban con las cosas más simples de la vida, un sabor inédito, una mariposa ensimismada en una flor. El murmullo de las aves acompañó sus pensamientos mientras hundía los pies en la arena, paso a paso, camino del observatorio.

Los problemas sentimentales de Jimena echaban sal en la herida de Estela. Ambos tenían el mismo dilema. Las mujeres a las que querían expresaban palabras de amor y acciones que parecían indicar lo contrario. La tragedia era que, en la balanza de los sentimientos, los escritores tendían a darle demasiada importancia a las palabras en lugar de ceñirse a los hechos.

—Si no me quiere, ¿por qué no me lo dice sin más? —dijo Jimena en cuanto llegaron al observatorio.

—No puede apostar por ti porque no te quiere lo suficiente, pero le gusta sentirse querida por alguien tan especial como tú. Así que lo más fácil es despistarte. El que es egoísta ama egoístamente; el que es inseguro ama cobardemente; y así… Crees que tienes un problema con ella, pero en realidad no tienes ninguno. El problema lo tiene ella.

¿Subimos? —preguntó señalando la escalera de ascenso.

Un hórreo abierto de planta rectangular, cuatro bancos y una pequeña abertura en el techo de caña por donde se filtraba el cielo raso. Se sentaron frente a las lagunas de las salinas. Jimena hizo algunas fotos con el móvil. El atardecer incendiaba el horizonte convirtiendo el saladar en un radiante espejo de fuego solar. Una pareja de ánades atravesó el cielo batiendo las poderosas alas vigorosamente.

—Yo creo que el amor debe ser incondicional. Hay que amar sin esperar nada a cambio —repuso ella.

—Para eso te enamoras de la lavadora, que por lo menos te hace la colada.

Jimena permaneció callada. Juan oía las chispas que salían de su cabeza. Era exactamente de la misma manera que él se había estado sintiendo durante los últimos años, cada vez que su hermana Eva hacía algún comentario envenenado sobre Estela. Con el tiempo, él mismo dejó de ir a comer a casa de sus padres y a rehuir todo tipo de encuentros familiares, porque sabía que tendría que dar la cara por ella, excusarla, inventar mil y una mentiras concernientes a por qué no ha venido tu mujer contigo, a qué se debe que hayas pasado solo el día de vuestro aniversario, cómo es posible que te dejara tirado con el cumpleaños de Leonor, qué le hemos hecho a la madre de nuestras nietas para que no quiera venir a comer ningún domingo a casa…

Presenciaron la agonía del sol ardiente y regresaron por la ruta circular; pasaron por dos casetas más de avistamiento ornitológico, esta vez situadas a ras de suelo, totalmente cubiertas, con una minúscula franja abierta en la que apoyar los prismáticos. En la última, alguien con mucho talento artístico, había pintado un grafiti de un flamenco de colores violáceos.

Juan se despidió de Jimena y la dejó marchar. Había decidido quedarse en la playa del Pinet un rato más. Caminó hacia el Gaviota con la intención de sentarse a beberse unas cervezas frente al mar. Necesitaba pensar un poco antes de volver a casa. Envió un mensaje de texto a Berta, la niñera, para decirle que tardaría en volver. Frente al bar había un contenedor de basura con un grafiti de los ratoncitos Mickey y Minnie. Se miraban con cara de enamorados bajo el puente de un corazón colgante. Debía haberlo pintado el mismo o la misma artista del flamenco violeta. Antes de entrar reparó en un cartel fijado a la terraza de la casa de al lado. SE ALQUILA. Juan habría jurado que estaba prohibido arrendar aquellas propiedades que había justo a pie de playa, por la Ley de Costas y otras complicaciones legales. Anotó el

número en la agenda del móvil. Entró al Gaviota y se dirigió al barril con forma de mesa que más le sedujo en el balcón marítimo. El camarero, un muchacho con acento argentino de unos treinta y tantos, sin una entrada pero sí algunas canas, se acercó a tomarle nota.

—¿Qué va a ser?

—Una caña.

El argentino regresó con un platillo de frutos secos y una jarra mucho más grande de lo que Juan habría definido como una caña. La cerveza tenía un color más claro de lo habitual, como aquellas Águila que había probado en Colombia, o las Doble Equis de México. Se echó unos maicitos tostados a la boca. Picaban como el infierno. La cerveza le supo a gloria. El ardor resultaba adictivo, y cuantos más comía, más cerveza bebía. Las endorfinas del picante se lanzaron en tobogán junto a sus colegas cerveceras, una y otra vez, en caída libre. Al cabo de pocos minutos se había bebido la caña entera. A la cuarta cerveza y tercer platillo de frutos secos bajó a la playa a mojarse los pies para refrescarse un poco y esperar a que se le pasara el embotamiento mental antes de conducir de vuelta a casa. Las olas borraron sus huellas, lavaron sus penas, mientras una luna rojiza se iba adueñando del reino de las sombras. La esfera adquirió proporciones gigantescas, derramada su luz sobre las aguas. Suspiró al pensar en lo maravilloso que sería que Estela pudiera estar allí, con él, para ver aquella luna al alcance de la mano. ¿Acaso no era eso el amor? Ver algo precioso y pensar qué pena que no esté ella aquí conmigo para poder verlo también.

Vio a una pareja que caminaba por la orilla, un hombre y una mujer de paseo cómplice y relajado, indiferentes al escritor que caminaba en dirección a ellos. Juan tardó todavía unos segundos más en darse cuenta de que era Estela. El otro era Manolo, un viejo amigo de su mujer. El corazón corrió los cien metros lisos y sin pistoletazo de salida. Podría haberle dado un infarto allí mismo. Se dio la vuelta con un nudo en la garganta, el pecho abierto en canal y un abismo en el estómago. Se apresuró hasta la escalinata del Gaviota, cruzó el bar y salió por la fachada trasera. Envió un mensaje de texto a su mujer: «Necesito hablar contigo. Es urgente», y se arrepintió de haberlo mandado sin pensar antes en el motivo de la urgencia. Pensó en una excusa convincente, pero no se le ocurrió ninguna. Descolgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Estela al otro lado de la línea.

—Cariño, ¿dónde estás?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Vas a venir esta noche a casa?

—¿No has recibido mi mensaje? Te dije que me tocaba doblar

turno.

—¿Entonces estás en la comisaría?

—Sí… —respondió con una imperceptible pátina de mentira en su voz.

—Vale.

—Pero ¿qué pasa?

Juan no había planeado qué decirle. Colgó el teléfono.

Apoyado en el contenedor de Mickey y Minnie, vomitó el revoltijo de frutos secos y cerveza, doblado por la angustia. Estela lo llamó por teléfono. Él no se lo cogió, estaba demasiado ocupado echando las tripas. Volvió a llamar al rato; él ya conducía de camino a casa, luchando contra la tentación de estrellarse contra el primer camión que viera, con el cuerpo agarrotado en convulsiones nerviosas, la furia anclada con lágrimas de fuego en su pecho y un anzuelo tironeando hacia la superficie. Se detuvo en una estación de servicio. Salió del coche y se sentó en el bordillo de la máquina de aire. Estaba mareado y confuso. Una mujer con una gorra de Repsol se acercó a preguntarle si se encontraba bien. Juan la espantó restando importancia a su condición de desecho humano. Al fin y al cabo, no era para tanto ni era la primera vez que Estela le ocultaba cosas o inventaba realidades, aunque hasta aquel momento siempre había pasado la mano por encima de sus embustes. Pero aquella noche, con Manolo en la ecuación, la historia había dado un giro delirante. Ver las uvas en las fauces de otro zorro no le había sentado nada bien, pero pensar que ese par de descerebrados lo estuvieran tomando por imbécil, riéndose de él mientras ella le decía que estaba en comisaría, le ponía la sangre a hervir.

Entró al baño a orinar las cuatro cervezas y refrescarse la cara. Se compró una botella de agua en la tienda. Volvió a sentarse en el bordillo y dejó que la brisa nocturna le apaciguara con sus caricias. Extendió las piernas abiertas y bebió hasta saciar la sed. Aguardó a sentirse con fuerzas, montó en el coche y condujo de vuelta a casa. Todavía le temblaba todo.

Atravesó el jardín con el olor de los jazmines aturdiéndole las arterias. Leonor y Susana ya estaban dormidas. Pagó a Berta. No veía la hora de perderla de vista, pero la canguro no dejaba de parlotear sobre esto y lo otro. Al cabo de un rato, a solas consigo mismo, abrió el armario de la medicina y se tomó dos pastillas de diazepam. Se fue a la cama con el pensamiento de Scarlett O'Hara: «Mañana será otro día». A las tres y media de la madrugada se despertó de súbito con un ataque de ansiedad. Hidra, que estaba durmiendo en la cama con él, entró en alerta. Juan le acarició la cabeza y el lomo. La gata ronroneó

y ascendió por el torso para hollarle primero la barriga y luego el pecho con las almohadilladas patitas, hasta que finalmente se echó a dormir encima de él. Aguantó sin levantarse de la cama, con el peso del animal a duras penas calentándole el alma fría. No pegó ojo, y a cada campanada lejana de la ermita, más se le marcaban las imágenes de Estela y Manolo en el bajo vientre. Oyó los garrotazos de san Pascual, coléricos, retumbar dentro del dormitorio, o tal vez en el interior de su pecho. No sabría decir.

Por su mente desfilaron todas las furias con ansias de explotar, las palabras que se moría por escupirle a Estela. Aún le quedaban lágrimas por llorar y no quería enfrentarse a su mujer hasta haberlas gastado todas. Revivió obsesivamente la imagen de aquella pareja de la playa, y el amanecer le pilló más demacrado que un muerto viviente. No podía quedarse en la cama ni quería morirse entre las sábanas de aquella angustia. Se levantó y fue a despertar a las niñas. A Leonor le gustaba levantarse con tiempo para desayunar tranquilamente mientras veía los dibujos animados. Juan las vistió y las peinó. Susana reclamó su soberanía:

—¡A mí primero! ¡A mí primero!

Si no le hacía la cola a ella primero, podía estallar el volcán de Pompeya. Leonor aguantaba sus dictatoriales berridos con la paciencia de una santa en momentos en los que a Juan le entraban ganas de tirarse por la ventana.

Les puso el desayuno y Susana volvió a imponerse:

—¡A mí primero! ¡A mí primero!

Juan miró a Leonor con cara de «Dios mío, dame paciencia», y su hija mayor le correspondió con ojos solidarios y tranquilizadores.

El capítulo de Doraemon de aquel día se titulaba «Doraemon enamorado». Pobre gato cósmico. Le faltaba valor para decirle a su amada que la quería, deseaba casarse con ella, y Juan dijo en voz alta:

—No sabes dónde te estás metiendo, mentecato.

Susana lo miró unos instantes, sorprendida por el comentario y las comisuras de los labios manchadas de chocolate. Comía plátano con sirope.

—Cómete también el yogur —dijo Juan.

Ante la amenaza de otro gato rival, el primer impulso de Doraemon fue sacar un lanzamisiles del bolsillo para quitárselo de encima. Novita lo evitó. Tal vez era mejor idea dejar de comer *dorayakis*, perder algunos kilos y lisonjearla con algunos regalos. Al final, Doraemon se quedó sin la chica, se veía venir. Siempre había un gato vagabundo sin nada en los bolsillos que se llevaba a la gatita linda.

Llevó a las niñas al colegio y se fue a jugar un partido mixto de

pádel. Durante el tiempo que duró el encuentro deportivo consiguió desconectar un poco, pero lisió de un pelotazo en el ojo a la chica del equipo adversario. Tuvieron que llevarla a urgencias. Juan no dejaba de pedirle mil perdones a Mar, que así se llamaba la desafortunada jugadora.

San Pascual volvió a llamar a la aldaba de su pecho con su diabólico bastón. El santo justiciero clamaba venganza.

LA SEÑORITA LOCURA NO SE ENCUENTRA EN CASA EN ESTOS MOMENTOS

Estela se despertó eufórica, pero con prisas. Apenas tuvo tiempo de despedirse de Manolo, con quien había compartido noche de pasión en uno de los hostales a pie de ola del Pinet. Siempre había sido su playa favorita y gracias al hallazgo del cadáver de Marina había vuelto a recuperar las ganas de volver a ella. Roberto le había enviado un mensaje diciéndole que habían localizado la procedencia del anónimo, y la autora no era otra que Lena, la mujer que había descubierto el cadáver de Marina en la orilla de la playa y había dado aviso a la policía. ¿Por qué había mentido al decir que no la conocía cuando la interrogaron? ¿Qué tenía Marina que todo el mundo la negaba? Ya era demasiada coincidencia que también hubiera sido ella, casualmente, quien hubiera descubierto el cuerpo.

En el coche, Estela se abrochó el cinturón de seguridad y encendió la radio. Hacía días que no escuchaba las noticias. Las peladas calles del Residencial Las Dunas la acompañaron hacia el centro urbano de La Marina, el pueblo cuyo nombre siempre le recordaría al de la ahogada. El trayecto hasta la comisaría no le llevó mucho. Estaba prácticamente al lado de Elche. Lena aguardaba en la sala de interrogatorios. Sus hijas estaban sentadas fuera, formales y educadas. Roberto la esperaba con un café en la mano. No era para ella. La inspectora Muñoz le pidió que le sacara otro de la máquina, así sin más, ni buenos días ni qué tenemos aquí; entró en la sala no sin antes guiñar un ojo a las niñas.

—¿Por qué no están las niñas en el colegio? —preguntó Estela.

Por un instante, Lena creyó que la habían citado allí por ese motivo.

—Están matriculadas en un centro de educación a distancia. Oiga, si es por eso, ya fui a juicio y el juez falló a mi favor. El *homeschooling* es una práctica cada vez más aceptada y…

—Tranquila, no la hemos llamado por eso.

—¿Tienen más preguntas sobre el día que encontré el cadáver de esa chica? —preguntó Lena.

—Algo de eso. —Estela se recostó sobre el respaldo de la silla y cruzó las piernas.

Roberto entró con el café. Lo dejó sobre la mesa mientras la inspectora Muñoz sacaba el iPad de su portafolio, lo encendía, buscaba una imagen y lo colocaba sobre la mesa.

—¿Le suena de algo? —Le mostró la foto del mensaje anónimo.

Lena dudó.

—No.

—¿Y si le dijera que tenemos un informe muy completito que demuestra que lo escribió y mandó usted? —mintió Estela. No tenían evidencias tan claras, solo indicios, pero qué gratificante podía llegar a ser marcarse un farol para extirpar una verdad.

—Está bien. Lo mandé yo —se rindió—. Supongo que por muchas novelas de detectives que lea, no se me da muy bien eso de ocultar el rastro. ¿Puedo preguntar cómo me han descubierto?

—Mejor preguntamos nosotros. ¿Por qué mintió cuando dijo que no conocía a la víctima? —inquirió Roberto.

—Si les digo la verdad, pensarán ustedes que estoy loca —dijo Lena.

—Pruebe y ya veremos —la invitó a hablar Estela.

—Si dije que no la conocía es porque mi psiquiatra me dijo que esa chica solo existía en mi cabeza. ¿Qué iba a decirles cuando ustedes me preguntaron, que la conocía de mis alucinaciones? ¡No quería que me volvieran a ingresar! ¡Volverían a quitarme a las niñas! ¿Entiende? Me costó mucho recuperar la tutela.

—Un momento, un momento —pidió Roberto—. ¿Qué psiquiatra? ¿De qué habla?

—Estuve ingresada en el Instituto de Neurociencias del Mediterráneo. Por delirios paranoides —bajó el tono de voz de modo gradual, hasta casi hacer imperceptibles las últimas palabras, como si temiera que sus hijas pudieran oírla desde algún lugar.

Estela y Roberto intercambiaron miradas durante unos segundos.

—Cuéntenos un poco más, queremos entenderla —pidió la inspectora Muñoz.

—Estuve ingresada allí una temporada, una cosa puntual… —lo dijo con la boca pequeña.

—¿Fue allí donde la conoció?

—No exactamente. Se acercó a mí un día a través de la verja del patio. Quería saber si el doctor Pomares me había hecho daño y que, en caso de ser así, ella podía ayudarme, pero tenía que estar dispuesta a hablar con la policía. Le pregunté a qué se refería y me explicó que ella también había estado ingresada en esa clínica y que el doctor Pomares había abusado de ella.

—¿A qué tipo de abuso se refería? ¿Lo sabe usted? —preguntó el

agente Martínez.

—Dijo que la había violado bajo el efecto de unas drogas que él mismo le había suministrado, que ese hombre era un demonio y merecía arder en el infierno —contestó Lena.

—¿Y usted qué hizo? —inquirió la inspectora.

—Me dio miedo. Tenía esa mirada de los que están al otro lado de la realidad, no sé si me entiende, como cuando alguien se ha metido un buen chute de… —se interrumpió—. Lo que quiero decir es que pensé que era una de esas lunáticas que a veces se escapan de los manicomios. Se notaba que no estaba bien.

—¿No hablaron más? —Estela hacía anotaciones en una libreta.

—Sonó la sirena del fin del recreo y me giré un momento. Al volverme hacia la verja, ya no estaba. Ni siquiera me dio tiempo a preguntarle cómo se llamaba. Fui a hablar con el doctor Pomares y le conté lo sucedido, por si se trataba de alguna paciente que se había fugado o algo así. Una ha estado en muchas clínicas de desintoxicación, ve muchas películas… —habló Lena, aturullada, cada vez más tensa y nerviosa.

—Y lee muchos libros —dijo Estela con una sonrisa, recordando la afición a la lectura que aquella mujer había exhibido la primera vez que había hablado con ella.

Lena se relajó. Era lo que Estela pretendía.

—¿Y qué le dijo el doctor Pomares? —la interrogó Roberto sin dar tregua.

—Me ajustó la medicación. En posteriores sesiones de terapia con él concluí que aquella mujer no existía y que todo había sido producto de mi… de mi… —se resistía a pronunciar el término médico, pero no sabía cómo decirlo.

—¿De su imaginación? —facilitó Estela.

—Sí.

—¿Y no se le ocurrió pensar cuando la encontró en la orilla de la playa que a lo mejor no era producto de su mente? ¿Por qué no nos dijo que sí la conocía?

—Acababa de salir y recuperar la custodia de mis hijas. Tenía miedo de que me hicieran volver. No estaba segura de si era ella o si se parecía a la chica que yo vi al otro lado de la verja, o si no era ella, o si todo lo que le estoy contando era fruto de mi imaginación. El día que mandé el anónimo me pareció una buena idea tirar la piedra y esconder la mano. No pensé que fuera a hacerle daño a nadie. Pero ahora… ahora pienso que sí la conocía y que esa chica con la que yo hablé a través de la verja era ella. ¡Es que no soy yo la única que la ha visto! ¡Mis hijas la han visto! ¡Ustedes la han visto! ¡Tendrá que ser

alguien! Tendrá que existir, ¿no? —Su cara era una mueca de súplica de confirmación, que esos policías le dijeran que no estaba loca, que esa joven de veras había ido a contarle todas aquellas cosas del doctor Pomares.

—Vamos a ver —Roberto parecía confuso—, ¿en qué quedamos? ¿La conoce o no la conoce? ¿Y quién es Jesús?

Los ojos de Lena brillaron con el reflejo del agua salada brotando del lagrimal hasta transformarse en un manantial.

—No sé. —Lloró—. Creo… Creo que el doctor Pomares es un demonio… Como Jesús.

—¿Jesucristo? —dijo el agente Martínez.

—Está bien, está bien… —Estela le ofreció un pañuelo y un vaso de agua—. ¿Se encuentra mejor? —La cogió de la mano.

Roberto miraba a la inspectora Muñoz atónito. Verla derrochar un gesto de ternura era como ver una serpiente amamantando a un bebé.

—Creo… —musitó entre lágrimas—. Creo que esa chica decía la verdad y que el doctor Pomares la mató para quitársela de encima.

Estela consideró la acusación por un instante. Desde luego, Lena no podía negar que era aficionada a la novela negra. En menos de un segundo se había sacado de la manga un asesino y un móvil. Podría dedicarse a escribir libros, como su marido. Bueno, como Juan no, porque él escribía como los ángeles, y a la inspectora Muñoz le entraban ganas de correrse cuando leía lo que aquel hombre con el que se había casado era capaz de componer a golpe de tecla. Leer sus libros era para ella una suerte de mesmerismo ineludible, un lahar de lava en el que desintegrarse por la falda de un volcán en erupción; una explosión de palabras poderosas, resplandecientes, bellísimas, peligrosas, capaces de petrificarla si las leía demasiado. Por eso, a veces, Estela las lamía con cuidado de no atragantarse con ellas, como un caramelo con sabor a éxtasis que solo puedes chupar a pequeñas dosis si no deseas morir envenenado. No, lo que Juan escribía no podía ser de este mundo, pero era una de las pocas cosas que ella podía sentir, a través de los personajes a los que daba vida, las emociones que caminaban por la senda de cada frase, las historias abonadas de tristeza y felicidad en las que crecían monstruos, amores, desengaños, ilusiones imposibles y locuras, porque si había una cosa que Estela tenía claro era que, para ser escritor, un genio de alma palpitante como la de Juan, había que estar un poco loco. Todos los artistas lo estaban, y aquella mujer que tenía sentada frente a ella estaba rematadamente loca. De eso no cabía duda.

Las luces blancas de los tubos de neón parpadearon un instante con su eléctrica magia. Roberto se levantó a por una caja de pañuelos y la

dejó encima de la mesa cuya monótona superficie gris no se diferenciaba mucho de las del mobiliario técnico de diseño que Lena había visto en el Instituto de Neurociencias del Mediterráneo. Estela podía percibir su angustia. Se notaba que no le gustaban los despachos, no quería volver a estar en una sala de interrogatorios ni en la consulta de un psiquiatra en lo que le quedaba de existencia. Debía ser duro caminar siempre por el filo del abismo que separa la locura de la cordura.

—Por favor, inspectora, por favor —suplicó tras sonarse la nariz y enjugarse las lágrimas—, no permita que me vuelvan a encerrar.

La inspectora advirtió que el temor a volver a ser internada era titánico.

—No se preocupe —respondió Estela.

Si Juan hubiera estado allí, habría gritado: «¡Preocúpate, tonta! Cuando le pides algo a Estela y te responde que no te preocupes, o que mañana te dice algo, o que ya lo veréis, es que las llevas claras».

Roberto salió a la calle a fumarse un cigarrillo y Estela decidió acompañarlo con un té para que le diera un poco el aire, aunque la brisa de marzo la despeinó con más ímpetu del que le habría gustado.

—El comisario va a alucinar —dijo Roberto antes de enchufarse la boquilla.

—Acaba de llegar un aviso de la Generalitat de alerta roja por vientos —comentó Estela ignorando la alusión al comisario.

—Tenemos que ir a hablar con Pomares —anunció Estela.

—¿Y qué hacemos con esta? —Roberto ladeó la cabeza en dirección al interior de comisaría, donde permanecía Lena junto a sus hijas—. ¿Cree que es seguro dejarla andar por ahí, con la empanada mental que lleva encima esa muchacha?

—Pues eso es lo que vamos a tratar de averiguar, porque tiene a su cargo dos niñas que ahora mismo son las que verdaderamente me preocupan. En marcha —le azuzó imperativamente.

El día no había hecho más que comenzar y ya apuntaba maneras. En Elche, las palmeras invocaban la brisa, deseosas por mecerse en danza ritual, mientras las carracas colorinches revoloteaban en busca de los nidos que el ayuntamiento había instalado en los troncos, con la esperanza de acabar con la plaga de picudo. Las nubes blancas dieron tregua y el cielo las ondeó como una bandera de paz a espaldas de Estela. El sol radiante contrastaba con la sombra de inquietud que la perseguía.

NO ESTABA MUERTA, ESTABA DE PARRANDA

Jimena todavía tenía las palabras de Juan pegadas con un alfiler al sombrero de hilo que llevaba puesto cuando se sentó frente al lago del club de golf de La Font del Llop. No sabía jugar, pero le gustaba sentarse allí a ver los patos corretear por el agua mientras escribía algunas líneas. La habían invitado a participar en una mesa redonda sobre feminismo y ciencia ficción en la Universidad Complutense de Madrid y quería trabajar en las ideas que aportaría. No tardó en darse cuenta de que había sido mala idea ir allí. Se había levantado un aire incómodo a pesar de la solanera de la mañana. Mandó un mensaje de texto a su amiga Elisa y la invitó a unirse a ella a la hora del aperitivo. Jimena no perdonaba las costumbres, y el vermut era sagrado, un ritual que pocas veces cambiaba por la típica caña española. Estaban los escritores excéntricos que fumaban en pipa, los que se dejaban las greñas más largas que Gustavo Adolfo Bécquer, los que se plantaban un sombrero y unas gafas y parecían estar siempre a punto de emprender un viaje a la Alcarria, escritoras con el pelo verde, gafas gigantes, canas de olvidado rey Gudú, empedernidas de la máquina de escribir, caligrafías animales; y luego estaba ella, Jimena, con la voz temblorosa y apocada, el cuerpecillo efervescente y un vermut.

Abrió los documentos de trabajo, navegó por la red en busca de algunos artículos académicos y tecleó a ratos, interrumpiéndose para beber del vaso de tónica que el camarero le había servido y sujetarse el sombrero para que no saliera volando por el empuje del viento, pero, sobre todo, maldiciéndose a sí misma por no haber tenido en cuenta las condiciones meteorológicas a la hora de elegir destino. La más ligera brisa en cualquier otro lugar se traducía en un auténtico vendaval en La Font del Llop. Mucha altura, un espacio muy abierto, demasiada corriente. Ya era tarde para cambiar de planes. La bolita multicolor que señalaba el puntero en la pantalla del portátil se quedó congelada. «¡Mierda!». Jimena ya sabía lo que eso quería decir. De hecho, últimamente ocurría bastante, razón de más para renovar el equipo informático, pero aquel día lo lamentó más que nunca porque era muy triste amar sin ser amada, pero más triste aún que el Word se cerrara sin haber sido guardado. Se rindió ante los elementos y decidió recostarse en el respaldo del asiento y observar las ramas agitadas de los arbolillos que bordeaban el Green, las calles y los

búnkeres salpicados por algún regato. Era difícil no pensar en las veces que había estado allí con la mujer que la llevaba por la calle de la Amargura. Todos los sitios en los que había estado con ella habían dejado de pertenecerle. Ya no eran suyos, estaban intoxicados de pasados perfectos y pluscuamperfectos que, ahora lo sabía, jamás volverían.

Elisa caminó hasta ella con sus botines de tacón, más alta de lo que ya de por sí era, los anillos de plata resplandecientes bajo el sol, las gafas inmensas de sol y las llaves del coche tintineando en la cartera, de donde sobresalían colgándole a medias. Llevaba una chaqueta negra de solapas brillantes cubriéndole la camiseta básica de algodón y unos pantalones de tela a juego. Avanzaba con andar pendenciero, el cabello cabalgando salvaje en el viento, bailando sobre la tumba de sus pasos. Jimena se levantó de la silla y Elisa la amarró entre sus brazos y no la soltó hasta que sus respiraciones se fundieron en un solo latido. Elisa era lo único derecho en aquella semana de pies izquierdos y el motivo por el que se había alegrado de levantarse esa mañana. Llegaron los vermuts con sus aceitunas ensartadas y Elisa derramó un millón de asuntos sobre la mesa. Jimena la escuchaba atentamente, le costaba arrancar delante de ella.

—¿Y qué tal te va con la chavala esa? Nunca dices nada. Ni que te la fuéramos a robar —bromeó Elisa.

Jimena había temido aquella pregunta todo el tiempo. De hecho, aquel era el motivo por el que no había quedado con ella tan a menudo, para no tener que dar explicaciones, porque con Elisa las evasivas solo servían para incentivar su inquisitiva curiosidad. No tenía ganas de volver a tocar el tema, ya había tenido bastante el día anterior con Juan, así que se limitó a hacerle un resumen y decirle que las cosas no iban bien y que, llegado ese punto, lo más probable es que acabara cortando con ella porque la muerte de su hija había complicado mucho las cosas. Elisa arrugó el ceño.

—¿Quién es esa tía? Enséñame una foto.

Jimena sacó el móvil y le mostró algunas imágenes de la galería.

La cara de Elisa era una metamorfosis de Ovidio.

—Ay, Jimena…

—¿Qué?

—Yo a esta tía la conozco. Viene todos los viernes a recoger a sus hijas. Van al mismo cole que Ariadna.

Ariadna era la hija de Elisa. Jimena sintió un nudo en las entrañas cuando oyó pronunciar la palabra «hijas». ¿Tenía más de una?

—Y te puedo asegurar que no se le ha muerto ninguna hija.

Jimena no daba crédito. El corazón se le puso en modo ataque o huida, sin saber muy bien por dónde tirar.

—Todos los padres y madres la conocemos, nos la cruzamos en la puerta del colegio, las reuniones del AMPA, los cumpleaños de los críos, las fiestas de fin de curso. Bueno, con el que más nos relacionamos, para ser más exactos, es con el padre, que es el que está en el grupo de WhatsApp del cole y el que normalmente las lleva y las trae siempre. Es un encanto de tío, majísimo. Lo tienes que conocer, es escritor, como tú —prosiguió Elisa.

Jimena no podía hablar. Tenía los músculos rígidos y la garganta hecha una pelota de béisbol. El sonido de la brisa entre las ramas de los árboles, cada vez más violenta, se volvió ensordecedor.

—¿Estás segura de que es la misma? —preguntó con un hilo de voz estridente.

—Acábate eso. —Elisa señaló el vermut—. Hoy es viernes, le toca a tu amiguita ir a por las nenas. Vas a ver.

Jimena se lo apuró de un trago. Un temblor demasiado familiar la atravesó.

—No te preocupes, cielo. —La cogió del brazo—. Vamos en mi coche.

—¿Cómo has dicho que se llama su marido? —preguntó Jimena.

—Juan Romasanta. ¿Lo conoces?

—Sí, lo he leído —contestó sin atreverse a decir que lo conocía personalmente. ¡Si hasta había estado confesándose con él la tarde anterior!

Elisa condujo por las calles de Novelda, el municipio del Medio Vinalopó en el que vivía. Era allí donde se encontraba el colegio privado al que iban Ariadna y las hipotéticas hijas de su supuesta novia.

EL VENDAVAL

El jardín del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo parecía una jungla asiática azotada por el Monzón. La garbosa brisa de la mañana ganó coraje. El viento azotaba las palmeras sin clemencia. Estela y Roberto habían estado porfiando durante el trayecto sobre aquella extraña sincronicidad. ¿No era mucha casualidad que Lena y Marina hubieran estado ingresadas en el mismo centro? ¿Y si las acusaciones de abuso sexual eran ciertas? Por otro lado, ¿no era igual de rocambolesco que fuera precisamente Lena la que encontrara el cadáver de Marina en la playa? Estela, además, no se olvidaba de Adela ni de los hilos que había encontrado en la bodega del restaurante Galicia, los mismos que había usado Marina para quitarse la vida. ¿Lo había hecho?

Pomares los recibió en su despacho.

—Iba a bajar a Elche esta misma tarde para prestar declaración —empezó a disculparse.

—No se preocupe, no venimos por eso —atajó Roberto.

—Estamos aquí por otra de sus expacientes —añadió Estela y tomó asiento.

Pomares esbozó un gesto de sorpresa.

—Malena Reverte —informó Roberto.

El médico frunció el ceño.

—¿Puede confirmar que fue paciente suya? —preguntó Estela.

—En efecto. Lo fue. Aquí la conocíamos como Lena. ¿Qué pasa con ella?

—¿Marina y ella se conocían? —Estela ignoró la pregunta de su interlocutor. Si pensaba que iba a responderle es que no conocía las reglas del juego.

—No lo sé, nunca me habló de ella.

—¿No estuvieron ingresadas en la misma época? ¿No pudieron coincidir? —intervino Estela.

—Ni siquiera compartían ala. Cada área tiene sus propias zonas comunes.

—¿Y sus propios patios? —preguntó Roberto.

—Exacto. No es conveniente que ciertos pacientes tengan relación

con según qué otros.

—La señorita Reverte afirma que conoció a la chica que apareció ahogada y reconoció haber sido ella la autora del anónimo. Asegura que Marina la abordó un día a través de la verja del patio y le dijo que usted había abusado sexualmente de ella.

—¡¿Qué?! —exclamó Pomares.

—Dice que Marina requirió su ayuda para denunciarlo ante la policía y que, cuando fue a contárselo, usted le dijo que esa chica solo existía en su imaginación —prosiguió Roberto.

Pomares se llevó las manos a la cabeza.

—¿Les ha contado Lena por qué estuvo ingresada aquí? —preguntó Pomares.

—Sí, por delirios paranoides —contestó Roberto.

—Bueno, pues entonces rompo el secreto profesional si les digo que Lena sufre un serio trastorno en el que la persona cree cosas que no son reales y puede llegar incluso a tener alucinaciones. Si una paciente de esas características me dice que ha visto a una chica a través de la verja que le ha contado una serie de cosas increíbles y truculentas, normalmente relacionadas con extraterrestres, demonios, enemigos amenazantes y cosas así, le ajusto la medicación. ¿Entienden lo que quiero decir?

—¿Niega usted que Lena conociera a Marina o que pudiera verla a través de la verja del patio, como ella dice? —preguntó Estela.

—Podría no haber visto a Marina en su vida y luego, a raíz de un hecho traumático como el de encontrarse con un cadáver en la playa, autoconvencerse en su mente de que esa era la chica que vio a través de la verja. ¿Me siguen?

—¿Y si realmente la vio? —insistió Estela.

—Es una posibilidad —admitió Pomares.

—Imaginemos por un momento que ambas coincidieron en la verja del patio y tuvieron esa breve conversación que la señorita Reverte dice que tuvieron sobre abusos sexuales. ¿Abusó usted de sus pacientes? —preguntó Roberto.

Estela dejó que el agente siguiera con aquel interrogatorio en bruto.

—¿Les ha dicho eso? —Pomares parecía impactado.

—¿Niega esos abusos? —preguntó la inspectora en el mismo tono que habría usado para preguntarle si pensaba que llovería.

—¿Está de broma? ¡Por supuesto que los niego! Lo que me preocupa es que Lena esté diciendo esas cosas. ¡Podría haber dejado de tomar la medicación!

—¿Es peligrosa? —se interesó Roberto.

—No si recibe el tratamiento adecuado, pero… —se detuvo.

—Pero ¿qué? —Estela sabía cuándo una persona se estaba guardando algo gordo.

—Si ha dejado la medicación y está en pleno brote agudo, podría ser violenta.

—¿Ha manifestado conductas violentas en el pasado? —preguntó la inspectora.

—No puedo saltarme el secreto profesional.

—No tiene antecedentes —pensó en voz alta Estela—. Si en el pasado tuvo conductas violentas, ¿por qué no dio parte?

Pomares juntó las manos y empezó a entrecruzar los dedos nerviosamente.

—Para responder a esa pregunta también tendría que comprometer el derecho a la intimidad de mi paciente. Oigan, yo sé que ustedes tratan de hacer su trabajo, pero el mío tiene unos límites éticos muy difusos y bastante difíciles de delimitar. Vamos a ver, cómo les explico yo esto para que lo entiendan. —Hizo una pausa durante la cual suspiró en un intento de descargar la tensión que le oprimía el pecho —. Imaginen que ingresa una persona que asegura que Menganito es un demonio y que no va a parar hasta matarlo porque ejerce influencias malignas y sobrenaturales sobre ella. Solo por eso, no vamos a dar parte a la policía, ¿verdad? Imaginen, además, que durante la terapia suelta que ha intentado matarlo, pero cuando investigas en el ambiente familiar, estos lo niegan, aunque de eso tampoco te puedes fiar mucho, porque la familia suele tapar esas cosas. No puedes dar parte a la policía con base en meras conjeturas. Pero esa tampoco es la cuestión. Miren, las personas con trastornos mentales sufren un gran estigma social. En el noventa por ciento de los casos un diagnóstico de esquizofrenia es una muerte en vida. El término en sí me causa muchas reservas. Yo apenas la he diagnosticado porque no me atrevo, el propio concepto me genera polémica. Hay tiempo para diagnosticar. Si dentro de unas décadas la persona ha desarrollado demencia, diré que es una demencia precoz, pero me espero, porque cuando un psiquiatra diagnostica algo así, ya no se dirige al paciente, sino a la sociedad.

Roberto y Estela escuchaban atentamente.

—Pongamos, por ejemplo —reanudó Pomares mirando a Roberto, que era el que mayor cara de no entender ni papa tenía—, que a usted le diagnostican una neurosis de angustia y no pasa nada, pero si le diagnostican esquizofrenia, lo invalidan. Le dan la baja laboral, le piden una pensión no contributiva por enfermedad mental y antes de salir por esa puerta ya lo sabe todo el hospital, el servicio de atención primaria, los servicios sociales, la policía. Salir de eso es muy difícil, y

no me parece justo que una persona que, por las cuestiones que sean, ha sufrido un episodio psicótico, un delirio paranoide, tenga que cargar con ese diagnóstico toda su vida y ser un paria en todas partes. Acuérdense ustedes de que, en la antigüedad, el peor castigo que podía sufrir una persona era ser expulsado de la comunidad. Bueno, pues que un psiquiatra empiece a sobrediagnosticar, a llamar a la familia, a involucrar a los servicios sociales, a dudar de su capacidad para cuidar de los hijos, a invalidarla laboralmente y a todas esas cosas es casi como matar a una persona. Evito sobrediagnosticar y medicalizar a la gente de por vida. Habrá casos en los que no tengamos más remedio que hacerlo, pero antes de llegar a eso agoto las posibilidades e intento que el paciente, una vez superado el episodio agudo, pueda recuperar su vida. Soy miembro de la junta directiva de la Asociación Nueva Psiquiatría y espero que entiendan que demonizar a las personas con enfermedades mentales, muchas de ellas con tendencia a la ideación suicida, en parte debido al hecho de tener que lidiar con estos episodios, pero también con el hecho de sentirse un monstruo, va en contra de mi juramento hipocrático.

—Entendemos su postura, doctor Pomares —concedió Estela—, no hemos venido aquí a juzgar su práctica medida ni a acusarlo de nada, solo solicitamos su colaboración. Ayúdenos a establecer la conexión entre ambas, porque si realmente estuvieron en contacto y esas acusaciones de abusos sexuales responden a fabulaciones, ¿quién nos asegura que no fue ella misma la que la mató y que en realidad Marina no se suicidó?

—Eso es precisamente lo que más inquieta, la fabulación.

—Si lo ve necesario, podemos actuar de oficio, proceder al ingreso involuntario y pedir la ratificación judicial —propuso Estela.

—Tal vez no sea necesario. Lena suele ser buena chica, no falta a las revisiones médicas. La citaré. —Se masajeó la frente arrugada—. Veamos, déjenme pensar. Tal vez sí pudieron estar en contacto. El tema de los abusos sexuales no era tema de delirio en Lena, pero sí el de Marina. Existe una cosa llamada trastorno psicótico compartido. No es muy frecuente, más bien raro, pero puede darse cuando un individuo transmite su creencia paranoica o delirante a otro. Por eso evitamos que ciertos pacientes tengan contacto entre sí y los tenemos en diferentes alas. Una mente sensible puede verse terriblemente afectada por otra.

—La locura es contagiosa —dijo Roberto.

La inspectora Muñoz miró a su compañero durante unos instantes antes de volver a la carga:

—¿Cree que eso es lo que pudo pasar? —preguntó.

—Es una posibilidad. Sacaré el tema en nuestra próxima consulta. Indagaré y trataré de ayudarlos hasta donde el secreto profesional me lo permita, pero sin una orden judicial.

Estela miró el reloj. Tenía que ir a recoger a las niñas.

—Se lo agradecemos mucho. —La inspectora Estela se levantó de la silla y alargó la mano para despedirse precipitadamente, sin contestar a la cuestión de la orden judicial.

Los cabellos rubios de Estela se enredaban indomables a merced del viento. Le había costado lo indecible encontrar un aparcamiento. ¿Por qué tenía que ir todo el mundo en coche al colegio? La mayoría de aquellas personas vivían en Novelda, no como ella, que vivía en Orito. ¿No podían salir un poco antes y andar un rato? ¿Era necesario todo aquel trajín? Juan decía que lo que tenían que hacer los niños era ir y venir solos al colegio, como se había hecho toda la vida, pero Estela lo rebatía enérgicamente, reprochándole su inaceptable falta de preocupación. «Como le pase algo a las niñas te toca hacerme otras dos, ¡y ya no tengo el horno para bollos!», bromeó el día que Juan la convenció para dejar que las pequeñas pudieran jugar en la piscina solas, sin que uno de ellos vigilara todo el tiempo. Lo cierto era que prácticamente habían nacido en el agua, Leonor hasta tenía algún trofeo de natación, pero aun así fue duro para Estela. Les había puesto unas pulseritas rosas con un chip de geolocalización, una vez que Juan la hubo convencido de que implantarles un chip bajo la piel no era buena idea. Su marido siempre tan escrupuloso y lleno de reparos éticos.

Ella lo tenía claro: en el futuro todos los niños llevarían microchips. Se los implantarían a los bebés nada más nacer. Lo único que le importaba era saber dónde estaban sus hijas en todo momento y, si no miraba mil veces al día el teléfono móvil para acceder a la aplicación de geolocalización que le indicaba el lugar exacto en el que se encontraban, no vivía tranquila. A lo mejor estaba obsesionada, como decía Juan, pero Estela no conocía otra forma de cuidar lo que era suyo. Él, como siempre, acabó claudicando, aunque Estela comprendió que el chip debía ser accesorio. Eso de implantárselo en las orejas, como a los perros, no iba a poder ser mientras no cambiasen las leyes. También accedió a informar a las niñas de cuál era la función de aquellas pulseras. Estela habría preferido tener que ahorrarse las explicaciones, pero tampoco le costó mucho convencerlas. Tenía un talento innato para hacer que sus hijas hicieran todo lo que ella quería. El asunto trajo cola, pero no fue causa de divorcio, más bien de diversión. Juan y Estela disfrutaban discutiendo sobre aquellos

menesteres domésticos que luego, por la noche o pasados los días, volvían a rememorar como si leyeran una viñeta de cómic sobre ellos mismos, solo para partirse de risa. Y Estela creía firmemente que dos personas que se hacían reír tenían derecho a todo. «Ay, de verdad, Estela, cuando te da el *nolopuedosoportitis* me entran ganas de tirarte por la ventana», estallaba él entre risillas, y ella replicaba: «Y tú qué *terribilitis* eres, cariño», mientras le buscaba las cosquillas por debajo de las sábanas.

En relación con la diferencia de pareceres entre Juan, quien abogaba por dar más libertad a la prole, y Estela, obsesionada con la hipervigilancia, la discusión siempre se reducía a los mismos términos. Él se encapotaba en la queja perpetua de que no podía estar pendiente de ellas las veinticuatro horas del día: «Cómo se nota que no eres tú la que tiene que estar con ellas todo el rato». Ella se defendía condenando a todo el género masculino: «Claro, como tú no las has parido…».

Las tripas le crujieron para recordarle que no había almorzado. Miró el reloj. Un minuto para que tocara la sirena del colegio. Juan estaría cocinando alguna receta sacada de Internet con la que dejarlas con la boca abierta, especialmente a Estela, adicta a las invenciones culinarias de su marido. Y ella, cada vez que deseaba robarle el protagonismo, sacaba la Thermomix, obraba un postre de Nocilla convenientemente adornado con Lacasitos o construía un castillo de *Frozen* con gominolas, nubes y chucherías de colorines. Las niñas se volvían locas de alegría porque era algo que solo ocurría a cada muerte de obispo. Juan tenía que admitir que su mujer era una artista de las tartas de gominolas aunque durante el proceso de creación se le ponía un humor de ogro, como si estuviera construyendo las pirámides de Egipto con el mayor de los esfuerzos.

La sirena del colegio chilló y la algarabía de niños retumbó en el edificio como una manada de rinocerontes en estampida. Estela bajó del coche y se aproximó hacia la puerta del centro, dispuesta a recibir a sus pequeñas. Leonor, su *miniyo*, su princesita de maneras delicadas, aplicada, responsable y selecta, salió con aires de espiga, abrazada a sus cuadernos sobre el pecho. Nunca cargaba todo el peso en la mochila y siempre salía de clase como si acabara de entrar, a punto de hacer la primera comunión, ni una greña fuera de su sitio, los cristales de las gafas impolutamente transparentes, las bailarinas limpias. Susana corría detrás de ella como un perrillo afanado en sobrepasar a su hermana y encabezar el primer puesto, con los pelos revueltos, arrastrando la chaqueta por el suelo y luciendo un enganche en los calcetines. No podía negar que era hija de su padre. Llevaba la palabra

caos escrita en la frente. A Estela le parecía que trabajaba para comprarle medias, calcetines, leotardos y chaquetas a Susana, porque cuando no destrozaba la ropa la perdía.

La pequeña corrió hacia su madre como un torbellino y se abrazó a ella. La inspectora aguantó el empujón y le revolvió los cabellos ya de por sí desordenados por la pasión infantil, en perversa conveniencia con los vientos de Pascua.

—La seño nos ha enseñado una canción. «Nueve globos giran bajo el sol más el tercero según subes vivo yo —empezó a cantar Susana acompañada por una coreografía bien aprendida—. Nueve nombres tienes que aprender, pues el sistema planetario hay que saber —continuó bailando ante su madre—. Y, si te es difícil entender esta lección, canta con nosotros esta mágica canción».

Leonor llegó hasta ellas y observó a su hermana con serena curiosidad.

DESENCUENTRO

Jimena oteó entre la multitud pueril y agudizó la mirada sobre las cabezas de los padres que habían acudido a recoger a sus hijos hasta encontrar los rayos de sol que Estela tenía por cabellos. Era cierto, allí estaba. Pero ¿qué hacía en la puerta del colegio si supuestamente ya no tenía ninguna hija? Entonces bajó la mirada y las vio. No una, sino dos. «Nuestro planeta es la Tierra, y los demás se llaman…». Podía tratarse de sus sobrinas, ¿no? Se acercó un poco más para ver mejor, pero Estela la descubrió en su avance y le clavó unos ojos furiosos. «Mercurio, Venus, Júpiter y Marte, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, ton ton ton ton ton…». Jimena sintió que se le rompía uno de los lazos del corazón. Ya no había vuelta atrás. Se dirigió hacia ella. La inspectora agarró a las pequeñas de las manos, una leona protegiendo a sus crías. Leonor se quejó, le estaba haciendo daño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Estela sumamente enfadada.

—¡Hola! Me llamo Susana —saludó la pequeña levantando la mano.

Estela apretó la mano de su otra hija todavía más. Susana era la extrovertida de la familia. Definitivamente había salido a su padre.

—Hola, Susana —dijo Jimena—. ¿Y ella? ¿Es tu hermana?

—Sí, es mi hermana. —Estela le aplastó la mano. Susana chilló del dolor.

—Leonor. —La mayor acabó la frase. Ahora le tocó a ella sufrir el fenómeno de la mano apretujada.

—Yo creía que tú estabas muerta —dijo Jimena. No era lo más inteligente que había dicho en su vida, pero la situación la había pillado sin anestesia.

Leonor se quedó blanca.

—Mamá, ¿por qué dice eso? —preguntó Susana preocupada.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre venir aquí?

—¡Me dijiste que tu hija había muerto!

—¿Mamá? —preguntó Leonor, ya temblando de miedo.

—¡No pasa nada, cariño! —gritó Estela y apretó el botón del mando del vehículo para abrirlo. Las luces del auto parpadearon—. ¡Subid al coche! —ordenó.

Susana y Leonor obedecieron visiblemente asustadas. Estela se volvió hacia Jimena, los ojos encendidos de cólera, y masculló entre

dientes:

—Como vuelvas a acercarte a mis hijas, te mato.

Jimena se quedó helada. Aquello tenía que ser una pesadilla. ¡Esa no podía ser Estela! No era posible que existiera en el mundo un ser capaz de haberle mentido de esa manera y de no solo no mostrar ningún tipo de remordimiento alguno al ser descubierta, sino de encima permitirse el lujo de enfadarse con ella. Solo un psicópata… Jimena sintió una segunda oleada de helor espesándole la sangre. A su espalda, la mano de Elisa, que la acababa de agarrar, la devolvió a una realidad flotante y bizarra, extranjera de sí misma, desconectada de sus propios sentidos.

—¿Estás bien? —preguntó la voz perteneciente a la mano amiga. Sabía que era Elisa, pero era como si fuera otra persona, alguien en una escena, una película—. Es ella, ¿verdad? La que yo te decía, la mujer del escritor. Qué hija de puta, decirte que su hija se había muerto. Esa tía está desequilibrada. Alguien debería contárselo a su marido.

¿Su marido? A Jimena le costó reaccionar. Todavía no lograba conectar con la realidad. Era la mujer de Juan…

LA HUIDA

—Ni una palabra de esto a papá, ¿entendido? —se dirigió a sus hijas a través del espejo retrovisor.

Susana desvió la mirada hacia la ventanilla y asintió tímidamente. Leonor musitó algo inteligible.

—¿Entendido? —reiteró Estela—. El pobre ya bastantes desvelos pasa con vosotras.

Las niñas contestaron afirmativamente, con las orejas gachas, como si hubieran hecho algo malo, aunque no entendían muy bien qué.

—¿Quién era esa mujer? —se atrevió a preguntar Susana a media voz.

—¡Nadie! ¡Una loca! ¿Veis por qué tengo que preocuparme por vosotras? Porque el mundo está lleno de gente peligrosa. Por eso no me gusta que salgáis a la puerta hasta que no nos veáis a papá o a mí a través del cristal de la puerta del cole, para evitar que se os acerquen personas con malas intenciones. ¡A saber lo que podría haberos hecho!

El móvil de Estela empezó a sonar dentro del bolso entreabierto, en el asiento del copiloto. No hacía falta ser un genio para saber que se trataba de Jimena, aunque en la pantalla del teléfono aparecería otro nombre: Épsilon. Una de las letras del alfabeto griego más recientes. El alfil que la maldita Belén le había comido al esparcir sus asquerosos rumores por comisaría. Con algunos nombres del abecedario hacía tiempo que no se escribía, o los rescataba muy de tanto en tanto si amenazaban con ser demasiado felices sin ella o entraba en juego algún rival.

Las niñas permanecieron en silencio. A Susana le corrían unas extrañas mariposas por el estómago. Le entraron ganas de ir al baño, como cada vez que la llevaban a la playa o la subían a un avión. Leonor quedó sumida en sus pensamientos. Al llegar a casa, Hidra las recibió con la cola erguida. Se restregó en los calcetines de Leonor, quien la apartó cuidadosamente, porque a ojos de mamá, llevar pelos de gato pegados en los calcetines no daba puntos. Susana recibió los restregones con placer y correspondió al animal rascándole detrás de las orejas. Hidra aumentó las revoluciones del ronroneo. Estela entró

en casa, dejó el bolso en el mueble de la entrada y se quitó el pañuelo. No olía a nada, y eso era un poco extraño, porque a esas horas la casa siempre olía a lo que fuera que Juan hubiera cocinado ese día. Entró a la cocina. Desierta. La mesa estaba sin poner. Estela empezó a inquietarse. Recorrió la casa en busca de su marido. Le encontró en el jardín trasero, tumbado en una hamaca, frente a la piscina. Suspiró aliviada.

—¿Estás bien? ¿No hace mucho aire para estar aquí fuera? —preguntó, aun a sabiendas de conocer la respuesta. A Juan no le sentaba bien pasar las noches solo y cada vez que ella desaparecía y se «olvidaba» de contestar a sus mensajes, se ponía rancio.

—Voy a poner unas pizzas en el horno. —Se levantó de la hamaca y pasó junto a ella sin mirarla.

Estela no se inmutó demasiado. Juan solía tener ataques de ansiedad, episodios de carácter cíclico que podían desencadenarse por cualquier tontería, llegando a escalar hasta los techos más altos del pánico. Adolecía de trastorno de ansiedad generalizada y rumiaba las cosas hasta el tuétano. Tenía días de esos en los que no querrías verlo cerca de un bidón de gasolina por temor a que la cosa estallara y dejara un enorme cráter allí donde alguna vez había estado él. Normalmente, acababa hecho un ovillo, lloraba desconsoladamente, aterido por la frialdad de Estela, a quien convertía en foco de todos sus males, sol radiante que se apagaba para él cuando Juan más necesitaba de sus rayos. Cuanto más expresaba su necesidad de cariño, más despreciaba Estela al mendigo del amor, enganchado a esa droga que su mujer le vendía cada vez más cara, con menos frecuencia y en menor cantidad: atención.

Estela se había convertido en una especie de inquilino espectral que entraba y salía sin dar explicaciones, comía, bebía, cagaba, follaba, dormía, y el resto del tiempo se lo pasaba pegada a la pantalla del móvil. El ruido la irritaba, y dentro de esa categoría entraban las voces de Juan, Leonor y Susana. Las niñas habían aprendido a andar de puntillas en su presencia, y algo más: el amor de mamá era un suministro intermitente, siempre sujeto al buen comportamiento. Leonor era la que soportaba mayores presiones, pues su madre la usaba como espejo en el que proyectarse, una sombra de su ego a la que jamás permitía ser más que eso. Cualquier indicio de brillar por encima de ella era severamente cercenado. La más mínima expresión emocional era podada por la crítica o, en el peor de los casos, por la más cruel de las indiferencias, un silencio de hielo sobre el que cualquier intento de manifestar una necesidad resbalaba estrepitosamente, a pesar de que Estela siempre defendía la

importancia de exteriorizar sentimientos y carencias, sin caer en la cuenta de que los únicos sentimientos y carencias que le importaban eran los suyos, no los de los demás.

En cuanto a Susana, hacía tiempo que Estela la daba como caso perdido, pero si quería conseguir sus propósitos, no dudaba en reclutarla para la causa. Entonces Susana se sentía importante, casi querida, y Leonor, terriblemente herida. Así, cuando su hija mayor no pasaba por el redil, Estela no solo la ignoraba, sino que volcaba todas sus atenciones en Susana, siempre dispuesta a seguirla, precisamente porque nunca la dejaba hacerlo. Las tenía dominadas hasta tal punto que incluso cuando discutía con Juan sabían que debían ponerse del lado materno y ojito con darle cariñitos a papá o acurrucarse con él a ver una peli hasta que a mamá se le pasara, porque confraternizar en el bando equivocado se pagaba caro. El cariño de papá lo iban a tener siempre, pero el de mamá no, el de mamá había que ganárselo, y en aquel juego competía toda la familia. Para Estela, el amor era una especie de guerra en la que ganabas conquistando sin dejarte conquistar.

El aire amenazó con hacer saltar unas tablas sueltas de la verja del jardín. Los trastazos de la madera asustaron a Estela. Fue a la cocina en busca de Juan:

—Cariño, ¿podrías coger el taladro y asegurar esas tablas de ahí? —preguntó dulcemente—. Alguien podría salir herido.

La petición descorchó la paciencia de Juan y la rabia salió a borbotones.

—¿Te pido yo a ti que me planches las camisas? No, ¿verdad? ¡Porque eso sería machista! ¡Soy yo quien te plancha las braguitas a ti! ¿Y qué me encuentro a cambio? ¡Con que cada vez que hay que hacer un puto agujero en esta casa tengo que ser yo quien lo haga! ¿Y por qué? ¡Porque soy un hombre y se espera de mí que yo haga ese tipo de cosas! ¡Muy bonito! ¿Es eso igualdad de género? Coge el taladro tú, ¡yo estoy cocinando! Colabora un poco, ¿quieres? —estalló Juan.

Estela observaba la escena como si viera una comedia. ¿Qué mosca le había picado? Estaba tan conmocionada que no supo reaccionar. Se quedó allí parada, inmóvil, sin saber qué decir. Finalmente, optó por recurrir a lo que siempre suavizaba las cosas entre ellos: el humor.

—Pero ¿qué te pasa?, ¿estás con la regla o qué? —dijo Estela a la ligera, con la intención de romper la tensión y provocar en su marido una carcajada.

Él le devolvió una mirada gélida. Ahora entendía de dónde venía la expresión «Le ha dado una ventolera». El airón debía haberle trastornado el juicio. Estela se retiró discretamente. Tenía otras cosas

en la cabeza. Acudió a encerrarse al cuarto de crear de Juan, el lugar donde su marido solía sentarse a escribir, y volvió a fijar su atención en la pantalla del móvil. Había silenciado el teléfono. Buscó la aplicación de mensajería instantánea con la que se escribía con sus amantes, que no era WhatsApp —esa la utilizaba únicamente para el trabajo, su marido, su familia y poco más—, y escribió un mensaje de texto a Épsilon: «¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre decirle eso a una niña?». Jimena reclamaba explicaciones que Estela ignoró sistemáticamente. ¿Qué más daba si la niña estaba viva o muerta? Jimena tendía a arrogarse todas las culpas con facilidad, así que no costó mucho amedrentarla. Pertenecía al clan de los que recibían los agravios como verdades y, si les decías que eran una mierda, se lo creían y hasta empezaban a oler mal. Unos días de silencio virtual terminarían de ponerla en su sitio. Así cuando volviera a hablarle, la cachorrilla acudiría al plato de comida salivando de ansiedad. Cambió de tercio, entró a WhatsApp y revisó otro de los mensajes entrantes:

> Comisario: Te he llamado, pero no coges el móvil. Nuevo cadáver en El Pinet. La tal Adela. Parece otro suicidio. Ve a la playa antes de que lleguen los periodistas. Discreción.

Épsilon llamó una vez más. Estela apagó el móvil y se dispuso a abandonar el despacho de Juan. Antes de hacerlo, miró durante unos segundos el salvapantallas del ordenador, con las fotos de los viajes que habían hecho juntos, los momentos que habían compartido, Estela dándole el pecho a Susana en la cama del hospital, Juan remando a bordo de un bote.

Salió de allí con paso decidido.

—Tengo que irme. —Estela asomó tímidamente por la cocina—. No hagas nada, ¿vale? Yo fregaré los platos a la vuelta.

Juan, que preparaba una ensalada, no se molestó ni en girarse para mirarla. Si le hubieran dado un euro por cada vez que Estela le había dicho que luego fregaba ella y nunca lo hacía, sería millonario.

—Muy bien —contestó con indiferencia.

Estela cogió el bolso, se puso el abrigo y salió por la puerta. Las niñas todavía se encontraban en el jardín delantero. Habían abierto la puerta del refugio en el que los gatos pasaban la mayor parte del día y estaban rodeadas por una corte de felinos.

—¿Por qué les habéis abierto la puerta? Todavía no es su hora.

—Pero ya falta poco. —Susana se señaló el reloj de pulsera con el índice.

—Bueno, pues ya que estáis, aprovechad para limpiar el refugio, cambiarles la tierra, ponerles agua… Ya sabéis lo que hay que hacer. Si os dais prisa, acabáis antes de que la pizza salga del horno.

Leonor miró hacia el refugio y resopló.

—¡Venga! —Estela dio unas palmadas antes de abrir la cancela y montar en el coche.

LE DIJO LA AHORCADA A LA AHOGADA

Asfixia por ahorcamiento. Era lo que Estela sabía que diría el informe del forense. Su marido Pepe la había encontrado en la bodega, colgada de una soga, junto a los jamones.

—¿Ha dejado alguna nota? —preguntó Estela.

—Ha dejado esto. —Roberto extendió el brazo para darle una bolsita de plástico con autocierre en cuyo interior había una nota que decía: «Lo siento».

—¿Por qué tenía la foto de esa chica? —preguntó el recién estrenado viudo sin entender.

Roberto guardó silencio.

—¿Sabía usted que su mujer tuvo una relación con la chica de la foto? —preguntó Estela, más con el ánimo de informar que el de preguntar. Estaba claro que el hombre no tenía ni idea.

—¿A qué se refiere? ¿Se conocían de las clases de baile?

A Estela le dieron ganas de decirle: «Me refiero a que su mujer le comía el coño a esta muchacha». En su lugar, dijo:

—Eran amantes.

Pepe estalló en carcajadas histéricas.

—¡Pero eso es imposible! A mi mujer le gustaba una polla más que… —se detuvo—. ¡Además, jamás me habría sido infiel, ni con un hombre ni con una mujer! —añadió con una buena dosis de enfado y dolor.

Roberto consideró por un momento la posibilidad de que aquel hombre necesitara ayuda psicológica a causa de la información que la inspectora Muñoz le estaba revelando, pero existía la eventualidad de que Adela fuera la asesina de Marina, así que tenía que preguntar.

—¿Dónde compran esos hilos? —preguntó Estela señalando los que había encima de la mesa del obrador.

—¿Esos? —señaló Pepe sin entender a cuento de qué venía aquella absurda pregunta.

Roberto tampoco parecía entender.

—Los usamos para bridar la carne, orear los embutidos y cosas así. Los pedimos por Internet —explicó Pepe.

—Este mismo tipo de hilo con el que apareció maniatado el cadáver de esta chica —apuntó hacia la foto.

—¡Me cago en mi madre! —Roberto se quedó de piedra. No se

había dado cuenta de ese detalle.

—Oiga, ¿qué insinúa? ¡Mi mujer no era una asesina! —gritó consumido por la furia.

Y Estela se tragó un «Ni comía coños, claro, claro». Qué ridículas le parecían las personas como Adela, empeñadas en ocultar su lesbianismo o bisexualidad, pero más patéticas le parecían las que se negaban a verlo.

—¿Estaba su mujer deprimida? ¿Había dado muestras de querer quitarse la vida? ¿Notó usted algo raro?

Pepe cogió la primera silla que encontró entre los cachivaches de la bodega y se sentó. Aquella acción fue el principio de su derrumbe. Hundió el rostro entre las manos y habló entre sollozos.

—No… No… —Meneaba la cabeza en gesto negativo—. No sé qué bicho ha podido cruzarle los cables. Era un huracán de alegría. ¿En qué se basan para decir que eran amantes? ¡Mi mujer les dijo que no la conocía! ¡Estaba yo delante!

—Nos lo confesó ella, ayer tarde. Encontramos unas evidencias que probaban la relación sentimental entre ambas —dijo Roberto—. Volvimos para preguntarle por qué había mentido, le dijimos que tendría que venir a comisaría a declarar.

—Estaba muy afectada ante la idea de que usted se enterase de su relación con Marina, lo cual habría sido inevitable durante el curso de la investigación —atizó Estela.

—No puede ser. Ella no era así. ¿Por qué habría de mentirme? —Los miró con ojos suplicantes.

Estela y Roberto se abstuvieron de contestar, pero cuando se alejaron por los remolinos de arena esculpidos por el viento estuvieron de acuerdo en que el cáncer del qué dirán era un veneno que podía arrastrar a una persona al abismo, a cometer actos desesperados, asesinato y suicidio, y en el caso de Adela, tal vez ambas cosas. «Lo siento», eso decía la nota. Pero ¿qué era lo que sentía exactamente? ¿Sentía haber jugado con los sentimientos de Marina? ¿Sentía haber mentido? ¿Sentía haberla matado? ¿Sentía haber engañado a Pepe? ¿Sentía que Pepe y sus hijos fueran a descubrir que era un fraude?

Estela se enfrentó al horizonte de interrogantes. El viento la empujó con un soplo de desafío. Apenas vislumbraba la punta del iceberg, pero ya intuía lo que había debajo del agua helada. Sintió un estremecimiento disfrazado de escalofrío.

EL COMISARIO

El comisario Recalde tenía la voz ronca de tanto fumar. El perfume de Hugo Boss que debía comprar por garrafas y con el que se regaba a conciencia no conseguía disimular la pestilencia a tabaco. Era un cenicero andante. La luz de tubo del techo se reflejaba en la bola de billar de su cabeza. Llevaba unas gafas de montura fina que solía quitarse para frotarse el entrecejo en momentos en los que necesitaba pensar y relajarse. Su escritorio solía estar inmaculadamente ordenado, sin mucho papel a la vista. Tampoco abundaban los efectos personales, ni un triste portarretrato con la típica foto de familia o el dibujo de los hijos que algunos compañeros del cuerpo exhibían orgullosamente en algún hueco de la pared. Al comisario le gustaba guardar un perfil bajo, en eso era todo un policía de los pies a la cabeza. Ni redes sociales ni edad para tenerlas. La única intromisión que permitía en su vida privada se limitaba a la barbacoa anual que celebraba en su casa de campo de Perleta, un chalé de seis habitaciones, tres baños, diez tahúllas de terreno y una piscina en la que cabía una ballena. Su esposa, una ilicitana de apellido poderoso en la ciudad de las palmeras, algo así como los Kennedy de Elche, recibía a todos bajo el encanto de su pamela y un *gin-tonic* en la mano, que era lo primero que les invitaba a beber. Ese día, el comisario se ponía un delantal de chef neoyorquino y sudaba la gota gorda frente a los chuletones a la parrilla bajo el sol implacable del Mediterráneo. Era el único día del año en el que cocinaba algo alimenticio. El resto de días del calendario los dedicaba a cocinar otros asuntos y, a veces, hasta ejercía de fontanero de algún político.

Durante la reunión con el comisario, Estela expuso los motivos por los que se inclinaba a pensar que Adela había asesinado a Marina.

—Ha ocultado información desde el principio, y esos hilos…

—Vamos, Estela, esos hilos son de lo más común —respondió el comisario.

Estela reflexionó unos instantes. Su marido era un cocinillas, tenía todo lo que un chef del restaurante más *gourmet* del planeta pudiera tener, pero jamás había visto una de esas cosas para bridar los redondos de ternera, claro que, en realidad, Juan no era muy amante de la carne. En casa entraba el pollo y poco más. Nada de carnes rojas. Por eso cuando salían a cenar por ahí o estaban de viaje, ella siempre

aprovechaba para pedirse un buen filete de cualquier cosa que tuviera cuatro pezuñas en el menú.

—¿Qué hay de la mujer a la que habéis estado interrogando? La locuela —se interesó el comisario.

—La verdad es que no creemos que tenga nada que ver ni damos crédito al testimonio, y menos después de hablar con su psiquiatra. Parece que tiene un largo historial de elucubraciones psicóticas —admitió Estela.

—Vamos, que está más *pallá* que *pacá* —añadió Roberto, como si fuera necesaria la aclaración.

—Entiendo… —El comisario cruzó las manos sobre la mesa y miró el expediente del caso para ayudarse a pensar—. A estas alturas no creo que podamos encontrar ningún indicio forense que nos ayude a saber si la tal Adela fue quien asesinó a Marina, y si hubiera sido ella, que no lo sabemos, tampoco podríamos procesar a una muerta. Yo digo que suicidio la una y suicidio la otra. Caso cerrado —sentenció al tiempo que daba una palmada sobre el dosier.

Estela sintió una punzada de insatisfacción al oír aquellas palabras. Tendría que buscar otro entretenimiento antes de acabar el día o el aburrimiento se la comería viva. Al salir del despacho de Recalde tuvo una gran sensación de vacío, y lo peor de todo es que no tenía a nadie a mano para llenarlo. Juan estaba repelente, Jimena tres cuartos de lo mismo y Manolo estaba en el trabajo, así que tampoco podía llamarlo para hablar un rato con él por teléfono. Se sacó un sándwich de atún y queso de la máquina, se metió en el coche y se puso a leer. Siempre llevaba un libro en el bolso para matar la insoportable manía de vivir. No le apetecía volver a casa, no tenía el cuerpo para soportar el escándalo hogareño, el trasiego de las niñas, las voces de los personajes de dibujos animados en el televisor, los chillidos estridentes, el reproche abrochado a la garganta de Juan.

El aire hacía que el vehículo vibrase. Ocasionalmente, alguna hoja de morera se estrellaba contra los cristales, restregando su cara verdosa durante unos segundos en la ventanilla para ser succionada de nuevo por el embudo aéreo que la precipitaba y centrifugaba de aquí para allá. Sacó el libro y buscó la página por la que se había quedado. Se trataba de *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre,* de Ramón J. Sender. Le entusiasmaban las aventuras históricas protagonizadas por expedicionarios perdidos por tierras extrañas en busca de algún tesoro legendario. Seguía sus suplicios y tormentos, devoraba las páginas mientras caían, uno detrás de otro, víctimas de la enfermedad, la puñalada muda, la zancadilla ambiciosa, y admiraba al personaje más autoritario: un Lope de Aguirre, un Blas de Lezo, una Isabel Barreto,

cualquiera salpicado por unos cuantos delirios de grandeza, capaz de aguantar caminatas de miles de kilómetros, soportar cántaros de lluvia bajo la intemperie, doblegar a la manada, sobrevivir aun a costa de quedarse tuerto, jamás ciego, y tener la satisfacción de colgar a los insurrectos, rebanar un par de pescuezos, plantar la bandera, encontrar el oro… Empezó a leer, libro en la mano izquierda, sándwich en la derecha. Subrayó una frase en su mente: «El cielo es para quien lo merece, según dice el padre Henao; pero, según digo yo, la tierra es para quien la conquista a punta de lanza y filo de sable».

Se aseguró de tener el móvil apagado antes de proseguir con la lectura, corrió el asiento hacia atrás en busca de más hueco para las piernas y se arremolinó en el respaldo, feliz en su refugio literario, a salvo de estorbos, Juanes y alfabetos griegos. Al cabo de un rato salió a estirar las piernas y volvió a entrar en comisaría para ir al baño y sacarse un café de la máquina, tras lo cual se sentó un rato frente a su escritorio, encendió el ordenador y aprovechó para hacer algunas compras por Internet, pero sus compañeros, que no sabían lo que hacía, pensaron que Estela tenía una gran vocación profesional por aquella horas extra, y ella no tenía ningún problema en dejarles creer que así era.

Se pasó buena parte de la tarde navegando por las páginas web de sus tiendas y marcas favoritas. Hacía tiempo que le había echado el ojo a dos relojes que ya sabía con qué faldas y blusas iban a combinar a la perfección, pero solo agregó uno al carrito de compra. El otro, el Cartier, dejaría que fuera Juan quien se lo regalase. Al fin y al cabo, a él le encantaba colmarla de atenciones. Luego pensó que no le vendría mal enriquecer el fondo de armario con un par de faldas de Smash. Seguidamente, se enamoró de un abrigo de Morgan que justo en aquellos momentos acababa de entrar como novedad en forma de *newsletter*, directa al buzón de entrada del correo electrónico. Añadió dos camisetas de aspecto mono y cómodo y exploró de tienda en tienda virtual. Comprar llenaba momentáneamente el vacío que la devoraba por dentro. Ponía mucho esmero en elegir las prendas de vestir, nunca había suficientes zapatos, y de haber sido hombre, habría tenido una corbata distinta para cada día del año. En cambio, acumulaba más de trescientos fulares diferentes. Cuidar el envase exigía entrega y falsa modestia. Su modo de vestir resultaba discretamente llamativo. La ropa interior siempre era de lencería fina y encajes. Juan jamás la había visto con una de aquellas braguitas de algodón, por muy cómodas que fueran, porque esa anodina simplicidad la hubiera hecho sentirse chabacana. Odiaba las arrugas hasta el extremo de la irritación y no había prenda que escapara de la

plancha, ni siquiera los calcetines. Lo que más le gustaba de los hoteles era dormir cada noche en una cama con las sábanas limpias, suaves y lisas, con olor a frescura, sin una sola arruga, recién salidas de la lavandería. El mundo perfecto era un lugar con servicio diario de tintorería a domicilio. Vivía obsesionada con la limpieza, el orden, la perfección, y podía llegar a derrumbarse por un paño de cocina mal plegado. A veces, era extenuante ser Estela. Su equilibrio interior dependía de la apariencia exterior. Eso le provocaba enormes sufrimientos. No era ostentosa ni le gustaba exhibirse. Prefería los lujos privados. Era arrogante por dentro y humilde por fuera, lo que la convertía en un escorpión disfrazado de peluche. Daban ganas de acariciarla, adoptarla y llevártela a casa. No veías venir ese aguijón.

A media tarde, apareció por allí Roberto y Estela sintió fastidio. Cerró las páginas web y abrió unos informes.

—Me he dejado el móvil —dijo el agente Martínez. Cogió el celular de su escritorio—. Y usted ¿qué? ¿Adelantando faena?

—¡Hombre! —Recalde salió por la puerta de su despacho—. Si está aquí la parejita. ¿Qué pasa?, ¿que os aburrís en casa? Porque, si es así, me faltan abejas para patrullar por las calles y me sobran zánganos en la oficina.

—La zángana soy yo. Solo comprobaba los datos de los informes de esta mañana, que a veces Roberto mete la pata y se arma la marimorena —bromeó—, pero ya me voy, comisario. —Se apresuró a apagar el ordenador—. Roberto se ha dejado el móvil, como de costumbre. Algún día se olvida la cabeza en la almohada. —Sonrió.

Recalde le rio el chiste. A Roberto no le hizo ninguna gracia.

—Bueno, no os quedéis hasta muy tarde. Marchaos a casa —se despidió ya de espaldas a ellos mientras agitaba la mano derecha.

Estela se fijó en el maletín que Recalde llevaba en la mano izquierda, un bonito portafolios de cuero blando de primera calidad, artesanía italiana, sin duda. Siempre se había preguntado qué llevaría el comisario ahí dentro. Seguramente solo lo llevaba por cuestión de imagen, como complemento de moda, porque en todos los años que llevaba trabajando allí jamás le había visto meter nada dentro ni sacar ningún objeto, ni tan solo un paquete de pañuelos. Roberto siguió con la vista a Recalde hasta verlo desaparecer por la puerta y, a continuación, se volvió hacia la inspectora Muñoz:

—No creo que trate usted a nadie tan deliberadamente mal como a mí —escupió.

Estela consideró aquellas palabras durante un instante. Sí, había alguien a quien trababa peor. Su marido.

—¿Tú también estás de regla, Robertito? —rezongó mientras recogía sus cosas.

Aquellas palabras desconcertaron al agente Martínez. Estela no aguardó respuesta.

—Venga, me voy —le dio un par de palmadas condescendientes en el hombro al pasar junto a él para marcharse.

Roberto entró en combustión espontánea.

—Algún día sí que voy a meter la pata hasta el fondo, pero en tu puta boca, hija de mala madre —masculló entre dientes, ebrio de cólera.

La inspectora no lo oyó, ya había cruzado el vestíbulo.

SIN SALIDA

Estela llegó a casa antes del anochecer. El viento todavía tenía el ansia del vuelo prendida en las alas. Las niñas jugaban en el jardín de la entrada, lo cual era raro porque a esas horas Juan solía azuzarlas para que se ducharan y se pusieran el pijama antes de cenar.

—¡Venga corriendo a la ducha! —ordenó Estela.

Las niñas corrieron hacia el interior de la casa.

—Juan… —llamó Estela al entrar detrás de sus hijas—. Juan, ya estoy en casa.

No respondía. Subió a la planta de arriba.

Lo llamó un par de veces más hasta que oyó una débil voz: «Estoy en la bañera».

La voz procedía del cuarto de baño de la habitación conyugal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al otro lado de la puerta.

Buena pregunta.

—Me duele la cabeza —dijo, y no mentía. No quería que las niñas se preocuparan. Se había encerrado allí para que no lo vieran llorar, pero en algún momento tendría que salir—. ¿Puedes encargarte de las cachorrillas?

—Claro —contestó Estela al otro lado de la puerta—. Relájate.

Juan guardó silencio. Se dio un baño y esperó a sentirse seguro para salir y ponerse el pijama. Si hubiera podido, se habría ido a dormir a un hotel, cualquier sitio alejado de aquella casa, ponerle unos esparadrapos al corazón y blindarlo después con una buena armadura. Miró alrededor. No había lugar donde esconderse y tampoco podía tomar ninguna decisión ni actuar de forma precipitada. Tenía el estómago revuelto, pero sabía que, si se acostaba sin cenar, luego sería peor y el agujero negro del estómago lo devoraría por dentro, generándole todavía más ansiedad. Bajó a la cocina y esquivó el campo de minas que en aquellos momentos hacían de la planta baja un lugar peligroso: Estela, Leonor, Susana. Se preparó un cuenco de yogur con cereales y se lo comió en la cocina, de pie, obligándose a tragar cada cucharada. Estela entró un momento para hacerse una tisana.

—Dentro de un par de semanas me voy a Mallorca a un curso del

trabajo —dijo mientras echaba una bolsita de chai de jengibre y regaliz en una taza con el logotipo de los Gremlins.

Juan reprimió una arcada, una puñalada en la espalda y un clavo en el corazón. Todo eso junto.

—Pues ya que vas podías aprovechar para ver a tu amigo Manolo, que hace tiempo que no lo ves, ¿no? —dijo.

—Voy para asistir a un curso, no para ver a nadie —respondió Estela un tanto molesta.

—Mujer, no sé por qué te ofendes. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a Manolo? Habláis casi a diario por teléfono. ¿No es un poco raro que vayas a Mallorca y no quedéis a tomaros algo?

—¿A dónde pretendes llegar?

—A ninguna parte. A mí nunca me lo has presentado, tienes razón, yo no conozco al tipo de nada. ¿Cuánto hace que no lo ves? —preguntó, a sabiendas de lo inútil que era interrogar a Estela. Contestaría con evasivas o eludiría la pregunta o, simplemente, mentiría.

—¿Tú crees que yo tengo algo con Manolo? —preguntó Estela agraviada.

—No —mintió Juan.

—¿Y qué problema tienes con él? —atacó.

—Ninguno, solo quería saber cuánto tiempo hacía que no lo veías, eso es todo. No es para tanto, ¿no?

—Pues yo qué sé cuánto tiempo hace, Juan. No entiendo esa fijación con Manolo y, sinceramente, me estoy empezando a sentir incómoda con esta conversación.

—Creo que le das demasiada importancia al tema —dijo Juan—. Estoy cansado y me duele mucho la cabeza. Voy a tomarme una pastilla y a acostarme.

Pasó junto a ella, le dio el beso de Judas en la mejilla y subió a la habitación. No sabía qué era peor, que Estela hubiera dejado de quererlo o que le mintiera. En aquel momento, Juan se sentía como si Estela, no contenta con haberle encasquetado unas orejas de burro, lo hubiera castigado contra la pared. Oyó las trifulcas en la ducha, el disgusto de Susana porque Estela no la dejaba ponerse el pijama de unicornio, los rumores de la cena, el soniquete de Bob Esponja y los cacharros arrumbados en el fregadero. Cuando subió a la habitación, se hizo el dormido. Ella le dio un beso entre los ojos y, por primera vez, el tacto de su piel ya no era la varita mágica de paz que siempre había sido. Lejos de experimentar calma, sintió un escalofrío de miedo. Aguardó a que su mujer estuviera profundamente dormida para escaparse del lecho y bajó a prepararse una infusión, pero no

encontró ninguna taza limpia. El fregadero estaba atascado. Estela no había fregado los platos de la comida, como había prometido, ni los de la cena. Nunca lo hacía, aunque siempre decía que lo iba a hacer, y a Juan jamás le había importado, pero aquella noche le pareció intolerable, una traición de dimensiones épicas. Todo se reducía a eso, a que Estela no hacía lo que decía que iba a hacer.

Puso a calentar el agua y fregó una de las tazas. Buscó entre la caja de infusiones y eligió una con sabor a vainilla. Notó una caricia en los tobillos. Era Hidra.

—Va por ahí prometiendo la luna, pero luego no está a la altura ni de fregar los platos —dijo en voz alta. Era la ira la que hablaba.

Hidra alzó la cabeza y lo miró con sus ojos hermosamente verdes. Después se restregó contra él un par de veces más, en creciente ronroneo.

Vertió el agua caliente y se sentó en el sofá. Habría preferido salir al jardín, pero hacía demasiado viento y ya había recibido bastantes hostias en las últimas veinticuatro horas. No era por lo de Manolo. Qué va… Aquello solo había sido la gota que colmaba el vaso. Juan acumulaba muchas decepciones en la mochila y ya no podía con el peso. Si la hubiera confrontado desde el primer día, su nivel de decepción no habría llegado a desbordarse, probablemente porque ya se habrían separado. Pero Juan, quien ya de por sí no se sentía cómodo en los conflictos, se había acoquinado gradualmente, porque en las pocas ocasiones en las que había manifestado tímidamente su disgusto se había encontrado con una violencia defensiva bestial. En la otra cara de la moneda, Estela burlaba las conversaciones que podían ponerla en apuros aplazándolas indefinidamente, bien porque no le apetecía hablar del tema, así sin más, bien porque nunca era el momento para hacerlo, no tenía tiempo o nunca estaba en casa y, si estaba, evadía quedarse a solas con él.

—¿Qué haces aquí? —Estela prendió el interruptor de la luz.

Juan se giró sobresaltado para ver a su mujer en las tinieblas de la escalera. Hidra salió espantada.

—No podía dormir —contestó.

Estela se acercó y se sentó junto a él en el sofá.

—Sabes que no me gusta dormir sola. —Se acurrucó junto a él.

—¿Por qué no me dijiste que anoche viste a tu amigo Manolo? —preguntó Juan sin pensarlo y, nada más hacerlo, se puso tenso.

Estela se separó de él bruscamente.

—¿Qué dices? —La furia de Estela se había desatado.

—Que anoche fui a la playa y os vi juntos… —Trató de mantener la calma.

—¿Qué? ¿Ahora te dedicas a seguirme?

Estela lo miraba como si estuviera frente al peor hombre de la tierra.

—Yo no fui a seguirte, fui a tomarme algo con una amiga. Me dijiste que estabas en comisaría.

—¿Una amiga? ¿Qué amiga? ¡Muy bonito! ¡Yo trabajando y tú por ahí de paseo con amiguitas! ¿Con quién estuviste? —le acosó.

Juan respiró hondo. Tendría que haber omitido el detalle de su amiga Jimena.

—¿Por qué me dijiste que estabas en la comisaría si estabas en la playa?

—Pues… Pues… Pues… —vaciló atolondradamente— ¡yo qué sé, Juan! ¡Estaba de turno!, ¡es una forma de hablar!

—¿Estabas de turno paseando por la playa con Manolo? ¿Y cuando te he hablado antes de él te has hecho la loca?

—¡Me parece muy fuerte el interrogatorio al que me estás sometiendo! A lo mejor Manolo y yo estábamos hablando de ti y de lo distanciado que estás últimamente… Y necesitaba procesar algunas cosas con un amigo, estaba de paso por el cuartel de Rabasa por no sé qué maniobras y nos tiramos toda la noche hablando de ti. ¿Estás contento? —Empezó a llorar.

Juan se sintió lo suficientemente culpable como para hacer que su enfadada dignidad empezara a hacer aguas y volvió a morderse la cola. Ya hasta tenía cara de pescadilla. Trató de abrazarla, era el impulso que sentía cada vez que veía llorar a su mujer. De algún modo, sentía que la había cagado y se sentía fatal por ello. Ella frenó su deseo de abrazarla, se apartó violentamente y se levantó para irse.

—Ah —se detuvo un segundo con la mano apoyada en la barandilla —, y me alegra mucho que tú estuvieras ayer pasándotelo de puta madre por ahí con vete tú a saber quién mientras yo derramaba lágrimas por ti.

Desapareció escaleras arriba dejando a Juan más confundido y destrozado de lo que ya estaba y con unas ganas infectas de borrarse del mapa. Quedó a solas con el silbido del viento y el maldito tablón de madera que Estela le había pedido que arreglara con el taladro dando golpes exasperantes. Tenía que haberlo atornillado porque ahora al que le taladraba el seso era a él. Miró a través de la cristalera y vio agitarse las ramas de los árboles. Se acurrucó en el sofá y aguardó a que Hidra volviera a trepar por su pecho. Siempre le calmaba sentir sus ronroneos. Se bebió la infusión a sorbos lentos, entre sollozo y sollozo, buscando en la calidez del líquido un amparo para su desconsuelo. La gata no tardó en aparecer. Le holló la barriga

con sus patitas delanteras durante unos segundos antes de acomodarse sobre él. Juan la acarició y ella maulló. Parecía saber que estaba sufriendo.

A la mañana siguiente, como solía suceder, Juan empezaría a ser consciente del juego de manipulación al que había sido sometido. Él había visto lo que había visto en El Pinet, por mucho que ella dijera. Pero ya sería tarde. Las cosas se decían en el momento, no el día después, cuando Estela ya había puesto el cartel de «No volver a molestar con este tema». Si volvía a hablar del tema, él quedaba como uno de sus tipos que solo saben vivir de los trapos sucios y rumia las cosas hasta la eternidad. Incapaz de dar salida a su malestar, la frustración se cocinaba a fuego cada vez más fuerte, arrojaba un estofado de ira imposible de tragar que Juan se comía día a día. Y, como aquello no había quien lo pudiera digerir, vomitaba el corazón por la boca en escenas en las que Estela lo calificaba de dramático. Ella sabía cómo arrinconarlo y pasado el tiempo, cuando no podía más, explotaba en un mal ejemplo de comunicación nada asertiva y quedaba a la altura del betún. Pasó la noche en vela. Los bastonazos de san Pascual amenazaban con romper en mil pedazos el cristal del ventanal.

Estela no lograba conciliar el sueño por culpa del viento, no por culpa de Juan. Mientras fuera él quien sufriera por ella y no al contrario, todo bien. Lo único que le fastidiaba era la forma en la que a veces la desafiaba con sus reproches y le robaba su sagrada tranquilidad. Incapaz de ponerse en el lugar del otro, sentía las necesidades de su escritor como agravios hacia ella. Le indignaba que él tuviera carencias. Cada vez que Juan le transmitía una necesidad, por muy humana y comprensible que fuera, a ella le entraba dolor de tripas. No podía remediarlo. Cuanto más cariño le demandaba, más reacia se volvía a la idea de proporcionárselo. Sin embargo, una sola muestra de falta de atención por parte de él constituía una falta disciplinaria intolerable.

La pantalla del teléfono móvil se encendió. Estela se reincorporó. La pesada de Épsilon no dejaba de mandarle mensajes. Otra que tal. Qué dañina podía llegar a ser la gente…

La noche fue infernal para todos menos para ella.

NO SIN MIS HIJAS

Lena no pudo conciliar el sueño. El viento huracanado había estado estrellando olas contra las rocas y los tapones para los oídos no lograron ponerle tiritas a la herida abierta del insomnio. En noches como aquella Amelia y Valentina se refugiaban en el dormitorio de su madre. Tenían miedo de que una ola gigante barriera la casa y se las llevara mar adentro, como en ese juego que les gustaba tanto, en el que unos hipopótamos se abalanzaban con la boca abierta sobre el tablero para tragarse todas las bolas que encontraran a su paso. El mar era un tragabolas voraz, un hipopótamo gigante con pelaje azul oscuro. Aun así, ellas consiguieron dormir algo acurrucadas bajo el ala maternal, porque no había espadas suficientemente afiladas para cortarle la cabeza a los monstruos que las plumas de una madre, por muy extoxicómana que fuera. Leyó durante la mayor parte de la noche, flanqueada por los sueños inquietos de sus hijas. Adoraba sentirlas respirar. Solo eso. Y mientras pasaba de página, inhala, exhala, con el pecho acompasado al vaivén de las niñas, trataba de concentrarse en las palabras del libro, en lugar de en su confesión ante la policía. Tal vez debería haberse limitado a admitir que había sido ella la que había enviado el anónimo y poco más, pero la inspectora Muñoz surtía un extraño efecto sobre ella. Le inspiraba confianza y se sentía cómoda mientras le tiraba sutilmente de la lengua. Tras el narcótico ejercicio de desembuchar todo lo que sabía, una vez que Estela se marchó y Lena se encontró en la calle, supo que algo no iba bien. Esa mujer la había vaciado, se había bebido todo lo que necesitaba para apagar su sed y la había dejado seca. Entonces, ¿por qué sentía deseos de volver a verla?

Centró la atención en el libro de María Polydouri que tenía entre las manos. La poetisa también había estado en un manicomio, como ella. Entonces los llamaban de ese modo, manicomios. Ahora los llamaban institutos de neurociencias y cosas así, pero eran lo mismo. Recordó todas las clínicas de rehabilitación en las que había ingresado de forma intermitente antes de desintoxicarse definitivamente. ¿Definitivamente? Un adicto nunca dejaba de serlo. El fantasma de la recaída rondaba en cada espasmo de la vida, amenazaba con volver a derrumbar el castillo de la lucidez. La cordura no era eterna. Una vez que te picaba el mosquito del delirio, te pasabas la vida rascándote.

Pobre Polydouri, tísica, adicta a la morfina, y rota de desamor. Los poetas que le gustaban siempre acaban tirados en la cuneta del abismo, muchos de ellos muertos de sobredosis. La genialidad tenía un precio. Jesús, el padre de sus hijas, también había triunfado como artista de la canción. Había escrito todas aquellas letras fantásticas. No acabó mejor que los poetas. Los escritores tenían sus monstruos y aquellos que los leían con avidez, como Lena, también. Solo aquellos que transitaban por las tinieblas sabían de qué color tenían los ojos los demonios.

Valentina se removió. Parecía tener una pesadilla. Lena le atusó los cabellos delicadamente. Los cristales de las ventanas vibraron con tanta violencia que, por un instante, creyó que iban a romperse. Bostezó ampliamente. Quería dormir, estaba cansada, pero no podía, porque el susurro del miedo no dejaba de soplarle angustias en el oído. Pensó en Jesús. ¿A qué negarlo? Se alegraba de que estuviera muerto, aunque solo en mitad de noches como aquella se atrevía a confesárselo a sí misma. Un demonio menos.

Lena siempre había escuchado que cada persona era un mundo, pero no era verdad. Cada persona era un infierno. ¿Y si un día atentaba contra sus hijas? ¿Cuántas cosas que ahora le parecían imposibles había hecho ella? La idea de volver a drogarse, por ejemplo, le producía auténtica aversión en el punto vital en el que se encontraba. De algún modo, sabía que jamás volvería a hacerlo. Sin embargo, ¿cómo podía estar tan segura? Ya no sabía qué Lena habitaba en su cuerpo. Ahora era la que estaba allí en la cama, oliendo el aroma dulce que emanaba del cabello de sus hijas, una madre responsable, una cuidadora nata, una loba capaz de todo por defender a sus crías… ¡Dios mío! ¿No era aquel mismo sentimiento, creer que era una amenaza para sus hijas, el que la había llevado a tratar de asesinar a Jesús? Y, a pesar de todo, el recuerdo de aquella escena, entre las lilas, era tan vago… ¿Realmente lo había hecho? ¿Por qué tenía que creer lo que le habían dicho? ¿Y si todo hubiera sido un ardid de Jesús para internarla en el psiquiátrico y apartarla de sus hijas? Si realmente lo había hecho, ¿por qué no la había denunciado? ¿Por qué no la denunciaron sus padres? ¡Para quitarle a sus hijas! ¿Y el doctor Pomares? ¿Por qué la había hecho creer que Marina no existía? Eso sí que la llevaba a maltraer. Por eso aquella noche no se había tomado las pastillas. No podía fiarse. ¡Demonio, demonio, demonio!

El día las visitó con una inusitada tarjeta de calma plomiza. Ni una

brizna de viento y mucho olor a lluvia, anticipo de la tormenta que estaba por venir. La primavera, fiel a sus camaleónicas costumbres, no podía dejar de mudar de piel. La montaña rusa emocional del entretiempo amenazaba con volver loca a Lena. El doctor Pomares le había adelantado la cita de la revisión por motivos de agenda, pero ella sabía que había algo más. ¿No era mucha casualidad que la hubieran llamado del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo el mismo día que ella había declarado en comisaría? Su mente empezó a elucubrar toda una serie de teorías, a cuál de ellas más absurda. Dejó que las ideas desfilasen sin engancharse a ninguna. El doctor Pomares insistía imperativamente en la necesidad de no suspender el tratamiento, aunque se sintiera mejor, ya que, de hacerlo, podía volver a experimentar los síntomas. Pero ¿para qué tomarse unas pastillas con las que conjurar las alucinaciones si Marina había resultado ser real? Entonces acudió una respuesta de lo más satisfactoria a su mente: tal vez Pomares la citaba para bajarle la dosis o retirarle la medicación definitivamente.

Terminó de espantar los fantasmas de la noche y encaró la mañana con optimismo. Se animó al pensar que ya no era la misma de antes. La terapia la había ayudado a identificar los pensamientos, entender su origen, redimensionarlos y mantenerlos a raya para evitar futuros problemas. Ya no era aquella niña insegura criada a la sombra de unos padres sobreprotectores. No, ya no era esa chica que había cambiado a sus padres por Jesús, eclipsada por la sombra del enorme ego y éxito de su marido. Él tampoco le había permitido prosperar en el camino de la madurez y la autoconfianza. No había cosa que ella dijera que él no se apresurara a corregir, porque Jesús siempre tenía razón en todo, aunque lo peor no fue eso. Lo peor fue que todos pusieran en entredicho su valía como madre. Jesús no movía un dedo porque siempre estaba colocado, pero, si la que se quedaba inconsciente era ella y olvidaba darles el desayuno a las niñas, la culpa era de ella. Los padres de Lena nunca desaprovecharon la ocasión de manifestar continua preocupación por sus nietas. Los servicios sociales tampoco se lo habían puesto fácil. Pero ahora, por fin, había desplegado las alas y no era un patito feo, ni siquiera un hermoso cisne, sino un águila real de vista afilada y vuelos altos, muy diestra en la caza y con la fuerza necesaria para alimentar a sus polluelas y sacarlas adelante. No estaba dispuesta a cometer los mismos errores que sus padres habían cometido con ella.

Y había sido Pomares, en parte, quien había conseguido insuflarle aquel impulso de valentía. No obstante… Se detuvo un momento. Lena podía cambiar de estado emocional varias veces por minuto.

Se arrastró lentamente por la cama con cuidado de no despertar a las niñas y fue de puntillas hasta el baño y, una vez que hubo aliviado su vejiga, pasó a la cocina para preparar los desayunos. No tenía a nadie con quien dejar a las pequeñas, así que tendría que llevárselas consigo a Benidorm. El doctor Pomares la había citado a las once de la mañana. Se acordó de todas las cosas que había dicho de él en comisaría y unas garras empezaron a estrujarle las tripas. Marina había abierto la caja de Pandora y, desde entonces, era como si recordara cosas del doctor Pomares que antes no tuviera memoria de haber vivido, y no eran agradables. Tenía un miedo absurdo a acudir a consulta y quedarse a solas con él. «Vamos, Lena, no pienses tonterías», se dijo a sí misma. Entonces se le ocurrió una idea poderosa. ¿Y si le pedía a la inspectora Muñoz que la acompañase? Intentó recordar dónde había dejado su tarjeta. Debía estar todavía en la cesta de playa. Fue a cerciorarse de que seguía allí y se alegró de encontrarla entre el bote de crema solar y las gafas de bucear. Sopló los restos de arena y regresó a la cocina. La dejó sobre la bancada y siguió con el desayuno.

Encendió la radio, que era lo que hacía cuando no quería escuchar sus propios pensamientos, y dispuso los servicios sobre la mesa, los vasos de zumo de naranja, los huevos, las tostadas, el cuenco de nueces. Después buscó el móvil y salió al porche a respirar aire fresco antes de marcar el número de la inspectora. El tono de llamada se le hizo eterno como el rumor indefinido de las olas.

—¿Sí? —descolgó una voz al otro lado de la línea, arropada por la banda sonora propia del ambiente de oficina.

—Buenos días, inspectora. Soy Lena —saludó.

—Ah… Hola… Dígame —respondió Estela.

—Verá, el doctor Pomares me ha adelantado la cita de la revisión y… Va a pensar usted que soy tonta, pero… —Se dio cuenta de que no estaba actuando como actúan las personas que piensan con claridad—. Ay, olvídelo. No debí llamar. —Una descarga de vergüenza la azotó.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Estela.

—Yo… Sí, es que verá, con todo lo que ha pasado con esa chica, Marina. Ya sabe, lo que me contó… Le confieso que tengo un poco de miedo. ¡Qué tontería!, ¿verdad?

—¿Se sentiría más segura si la acompañase? —se adelantó a las necesidades de Lena con precisión quirúrgica.

Lena se sintió sorprendida a la vez que aliviada al oír el ofrecimiento.

—¿Lo haría? Quiero decir… me sentiría mucho más tranquila si lo hiciera, la verdad.

—Por supuesto. ¿A qué hora tiene la cita?
—A las once —informó Lena.
Estela consultó la hora en el reloj.
—Pasaré a recogerla en una hora.
—Oh, no es necesario, puedo pasar a…
—Insisto. Me gusta conducir.

Lena dejó que las niñas descansaran un ratito más antes de despertarlas. Valentina se despertó antes que Amelia y apareció por la cocina con los ojillos de recién levantada y los mechones con olor todavía a sueño. Llevaba el pantalón «rabisculado», que era el término que usaban cuando querían decir que algo estaba mal colocado, del revés, o torcido. El conjunto de pantalón azul oscuro y la camiseta blanca con dibujos de correas y bolsillos para muestras de polvo lunar imitaba el uniforme de la NASA. Valentina quería ser astronauta.

—Hoy pones el pijama en la cesta de la colada —le advirtió Lena. Llevaba un par de días intentando lavárselo.

Valentina se aferró al pijama y negó con la cabeza.

—Si ponemos la lavadora secadora ahora, estará listo en un par de horas y podrás volver a ponértelo. —Lena esperaba que aquel argumento la convenciera—. Ve a despertar a tu hermana.

—¿A dónde vamos? Está lloviendo —preguntó Valentina. Señaló la ventana—. Hoy no hay playa.

Lena se asomó. Efectivamente, había empezado a chispear.

No, los días de lluvia no había playa. Bien lo sabía la pequeñina.

—Tenemos que ir a Benidorm.

—¿Ya te toca cita con el médico?

Valentina era más lista que los ratones colorados.

—Sí.

—¡Bien! ¡Entonces comemos en el bufet libre! —exclamó Valentina llena de júbilo, dando por sentado que después irían a comer a su restaurante favorito.

—Ay, cariño, no sé —dudó Lena—. Hoy no vamos solas. Nos acompaña la inspectora. Viene a recogernos dentro de nada, así que venga, despierta a tu hermana, que hay que desayunar y vestirse.

Valentina frunció el ceño. Menuda mañana de decepciones llevaba la niña: ni pijama, ni playa, ni bufet. Como el resto del día fuera igual…

—¿Por qué tiene que acompañarnos la señora rubia esa? —preguntó con tono de desconfianza. Valentina ya sabía cómo se las gastaban los de los servicios sociales y tampoco tenía especial simpatía por los policías, siempre empeñados en separarlas a ella y a su

hermana de su madre.

—Ay, Valentina, ¿qué te parece si dejamos las preguntas para luego? Vamos mal de tiempo.

—¿Es por lo de la chica esa que apareció muerta en la playa? —preguntó con una sombra en la mirada.

Lena se dio cuenta de que no era la única a la que el hallazgo del cadáver había afectado, pero no había querido verlo porque había estado demasiado centrada en sí misma y en todas las estupideces que se le pasaban por la cabeza.

—Sí, cielo, pero no hay nada de lo que preocuparse. No habrá bufet, pero esta tarde nos vamos al cine las tres. Y os podéis comprar un libro cada una. El que queráis.

El rostro de Valentina se iluminó.

—¿Un cómic?

—Por supuesto. Y luego cenaremos en Joplin's, y os podréis comer una hamburguesa, y tú podrás hartarte a pedir Coca-Cola con vainilla. Bueno, solo un vaso, y con mucho hielo, que si no después no duermes.

Valentina corrió a despertar a su hermana. En la radio, Juan Carlos Alsina daba paso al boletín de noticias matinal. Lena preparó café. El olor engatusó a Amelia:

—Yo también quiero. —Levantó la manecilla desde el quicio de la puerta.

—Las niñas no pueden beber café.

—Hazme un café de niñas —pidió Amelia. Quería decir agua cebada, «el café de las niñas».

—Y a mí —se sumó Valentina.

Lena sacó el bote de cereales tostados instantáneo y encendió la tetera eléctrica. Se giró hacia ellas.

—Si queréis café de niñas, ya sabéis lo que hay que hacer. —Señaló con el pulgar hacia atrás—. Voy a arreglarme mientras tanto.

Lena cogió su taza de café y salió de la cocina.

Amelia se adelantó a la bancada y cogió un tazón de Maléfica.

—¿Cuánto le echamos? —preguntó a su hermana.

Valentina cogió su tazón de la NASA y se echó una cucharada.

—Así más o menos —dijo.

En realidad, Amelia lo había hecho cientos de veces antes. Estaban acostumbradas a hacérselo todo porque hubo una época en la que mami y papi tenían unos horarios raros y pasaban mucho tiempo durmiendo y como atontados, y no siempre estaba por allí Jacobo para cuidar de ellas. Jacobo era un muchacho que limpiaba y cocinaba, pero, sobre todo, cuidaba de ellas. Allá donde papá iba de

gira, lo acompañaba mamá, y allá donde iba mamá, iban ellas, y allá donde iban ellas, iba Jacobo, cargando las maletas de aeropuerto en aeropuerto. Aun así, Amelia necesitaba preguntárselo todo a su hermana, como si necesitara su aprobación.

—Valentina, ¿tú te acuerdas de Jacobo?

—Muchas veces —respondió Valentina.

Hacía tiempo que no lo veían. Los abuelos lo habían despedido cuando se hicieron con la guarda provisional de sus nietas.

—¿Qué estará haciendo? —Mezcló los elementos y se llevó la taza a la mesa. Valentina la siguió.

—No sé. Mamá dice que se casó y ahora tiene sus propios hijos.

Se sentaron a la mesa y empezaron a desayunar. Valentina masticó los recuerdos de Jacobo.

—¿Crees que los querrá más que a nosotras aunque no seamos sus hijas? —preguntó Amelia. Parecía preocupada.

—A nosotras nos quiere más, dónde va a parar —dijo Valentina, como si la mera insinuación de que Jacobo pudiera querer a otros niños más que a ellas fuera una bobada, pero en el fondo, ella tampoco se creía mucho lo que acababa de decir.

Amelia sintió un momentáneo alivio.

—¿Y por qué no viene a vernos nunca?

Para Amelia, Jacobo era de la familia, el último cuidador que había tenido, porque antes que él hubo otros —Paquita, Luisa, Gustavo, Dominique—, una serie de cuidadores que habían ido desapareciendo de su vida, mostrándole el camino que habría de marcarla en su vida adulta: todos te dejan, se van, te abandonan. Nadie se queda, ni siquiera papá, ni los abuelos. Bebió un sorbo de su café de niñas y se sintió mayor, como mami. También le gustaba ponerse sus zapatos de tacón y hacer equilibrios por el pasillo.

Terminaron de desayunar y empezaron a recoger los platos, como les habían enseñado, hasta que su madre apareció nuevamente en la cocina.

—Dejad eso, que se nos hace tarde. Venga, a la ducha. —Ladeó la cabeza en dirección al baño.

Se ducharon las dos al mismo tiempo con la ayuda de Lena. Al acabar, las vistió y peinó ella misma para acelerar el proceso. De lo contrario, podían quedarse toda la mañana *enjugascadas* frente al espejo. Antes de salir de casa, les hizo las preguntas de rigor, ¿habéis hecho pis?, ¿lleváis los libros?, a lo que ambas contestaron afirmativamente.

LA EMBOSCADA

La inspectora Muñoz las esperaba en el coche a la hora convenida.

—¿Estas cositas lindas también vienen? —preguntó al ver a las niñas.

Aquello no entraba en los planes de Estela, pero tendría que haberlo previsto, teniendo en cuenta que las hijas de Malena Reverte no iban al colegio.

No le fue difícil conducir la conversación a su terreno. Al fin y al cabo, Estela tenía dos hijas de edades similares a las que ahora mismo llevaba en el asiento de atrás de su coche, donde no había hecho falta que Lena cogiera las silletas adaptadas para menores, porque la inspectora Muñoz ya llevaba las suyas.

El limpiaparabrisas se paseaba por el cristal como un metrónomo y marcaba un lento compás. El barrido sedoso de los meteóricos impactos de las gotas de lluvia resultaba relajante.

—¿Avanzan ustedes con el caso de esa chica…? —preguntó Lena.

—El caso está cerrado.

—¿En serio? —No pudo ocultar su sorpresa.

—Se lo hizo ella misma —informó. No quería pronunciar la palabra «suicidio» ni «se quitó la vida» delante de las crías.

—Vaya… —Lena permaneció pensativa.

El tráfico estaba despejado a la entrada de Benidorm. Resultaba extraño ver llover en la ciudad del sol donde era vacaciones todo el año. Los turistas ingleses estarían decepcionados, pero, mientras hubiera cerveza y música en directo, sobrevivirían. Lena sintió una punzada en el estómago nada más escuchar los intermitentes que marcaban la maniobra de desvío hacia la carretera que conducía al Instituto de Ciencias del Mediterráneo. La inspectora Muñoz giró el volante. A Lena le entraron ganas de hacer de vientre, y eso que ya había evacuado por la mañana. La inspectora Muñoz aceleró, metió cuarta y el corazón de Lena empezó a revolucionarse. Estaban a punto de llegar. Quinta. El sonido de las gotas de lluvia dejó de ser sedante. Ahora resultaba atronador.

En el aparcamiento del Instituto de Ciencias del Mediterráneo, los vehículos estacionados brillaban, lavados por la lluvia. como recién salidos del concesionario. Al cruzar el lote, las niñas hicieron piruetas saltarinas y chapotearon en un par de charcos. Para eso eran las botas

de agua, ¿no? Lena les había puesto los chubasqueros antes de bajar del coche. La tela de los impermeables amarillos, a juego con las botas, sobre el fondo lluvioso, otorgaba a las siluetas un vivo contraste de color.

En la recepción, Hassan parecía tan incómodo como siempre con su chaqueta azul marino.

—Hola, Lena, tienes cita con el doctor Pomares, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa.

—En efecto —asintió.

—¿Viene con ella? —preguntó algo extrañado al ver a la inspectora de la policía nacional que hacía poco había estado allí.

—Sí —respondió Estela.

Hassan les indicó que podían subir y el cuarteto se dirigió hacia las escaleras. Ya en el pasillo, el olor de la clínica desestabilizó a Lena. Se sentaron en las sillas de plástico ancladas al suelo que había en la antesala del despacho.

—¿No estaríais mejor sin los impermeables? —sugirió Lena.

Lena intentaba no darles órdenes siempre que pudiera evitarlo, prefería hacerles preguntas para que fueran ellas mismas quienes tomasen la decisión tras reflexionar sobre ello. Las niñas se quitaron los chubasqueros, se tiraron al suelo, alrededor de la mesa baja de cristal sobre la que reposaban algunos números atrasados de la revista *Hola, New Psychiatrist Journal, Lancet…* Valentina sintió curiosidad y se puso a ojear las páginas de un número de *National Geographic* con una foto del universo en portada. Amelia abrió su mochila y se puso a pintar.

El doctor Pomares abrió la puerta.

—Hola, Lena, ¿qué tal estás? —Se hizo a un lado para franquearle la entrada al tiempo que saludaba a la inspectora Muñoz con un gesto de cabeza.

En aquel preciso instante, y de un modo inexplicable, Lena supo que iba directa al matadero. El doctor Pomares no se había sorprendido al verla. ¡Eran cómplices! ¿Cómo había podido dejarse embaucar por ella así? Ahora se daba cuenta de todo. Quería lo mismo que Jesús: separarla de sus hijas. Lena se giró. La puerta se cerró tras ella y perdió de vista a las niñas. Se resistía a sentarse, pero al ver que Pomares tomaba asiento, como si nada, lo imitó.

—¿Cómo has estado?

—Estamos aquí por ella, ¿verdad? —dijo Lena.

—Estamos aquí porque quiero ayudarte. Yo estoy de tu parte, Lena.

—¿Ayudarme? ¡Lo que queréis es volver a encerrarme! ¡Quitarme a mis hijas! —hablaba atropelladamente, le temblaban las mejillas.

Trató de calmarse.

—Lena, escúchame. Si firmas ahora el ingreso voluntario, no hará falta que intervenga ningún juez. Solo serán unos días, me gustaría tenerte en observación y estudiar el efecto e idoneidad de la medicación…

—¡Ya me conozco yo esos tratamientos! —gritó—. He pasado suficientes años de mi vida metiéndome de todo como para saber que usted nos está drogando. Menudo laboratorio de ratas tiene usted aquí montado —dijo Lena, sin saber muy bien lo que decía.

—Si nos obligas a llamar al juez de guardia y fuerzas un ingreso involuntario, será peor. Te dejo pensarlo unos minutos.

El psiquiatra salió del despacho. Se llevó a la inspectora Muñoz al final del pasillo, lejos del campo auditivo de las hijas de Lena. Valentina los vio murmurar.

—Está peor de lo que pensaba —informó Pomares.

Lena no volvería a salir del psiquiátrico aquel día.

Estela se quitó de en medio, no sin antes acercarse a Lena para decirle:

—Todo va a salir bien, se lo prometo. Confíe en mí. Yo cuidaré de ellas.

Lena la creyó durante un momento. Quería creerla. Necesitaba aferrarse al rayo de esperanza que en aquellos momentos encarnaba aquella mujer de mirada amarilla, pero sabía que no podía fiarse de ella. La había traicionado. La ambivalencia de sus pensamientos era una tortura: en un instante pensaba que Pomares o Estela eran buenos y querían ayudarla, y al instante siguiente le parecían demonios.

El ingreso se produjo por la fuerza, de forma involuntaria, con dos enfermeros agarrando a Lena de los brazos, y los servicios sociales arrastrando a las niñas que no dejaban de llorar y berrear: «¡Mamá!, ¡mamá!». Estela también tuvo palabras para ellas:

—No os preocupéis. Mamá va a salir muy pronto.

Amelia se abrazó a Estela, no quería irse con los servicios sociales. Por el contrario, la mirada de recelo de Valentina le heló la sangre. Era la primera vez que alguien le dedicaba unos ojos así, tan llenos de odio.

LOS QUE ME AMAN TE ODIAN POR MÍ

Jimena había estrenado pase VIP en el club de los insomnes y se había despertado con unas ojeras tan marcadas que hasta sus alumnos de la universidad se preocuparon por ella. Había intentado encontrar una excusa para no ir a trabajar, pero no podía dejar de cumplir con sus obligaciones solo porque no hubiera dormido en toda la noche y tuviera ganas de morirse. Obligarse a seguir con el día a día y hablar con los compañeros le vino mejor de lo que esperaba, pero era consciente de que la inapetencia por la vida no le había sobrevenido de la noche a la mañana, sino que se había ido acentuando durante el último año, coincidiendo con el periodo de tiempo que llevaba sin ver a Estela.

Decidió ir a la cantina a despejarse. Cruzó el campus con el brío de un zombi. Entró en el local y guardó cola con resignación. El camarero le preguntó lo que quería con demasiado ánimo. Ella respondió con lentitud. Él se giró y en cuestión de segundos puso el café en una taza con su plato y su cuchara. Buscó efectivo, pero no estaba para ponerse a contar monedas. Pagó con el móvil. Se fue a una mesa de las que había fuera, frente al césped. El campus de la Universidad de Alicante era uno de los más hermosos del planeta y tenía hasta un parque con lagos y patos. En sus tiempos de estudiante se había besado allí con alguien, pero ahora no recordaba con quién.

Dio un sorbo al café. El cansancio galopaba en sus párpados y le tumbó la mirada. El escándalo procedente del interior de la cantina le produjo un estrés bélico. El grupo de estudiantes jugando a las cartas en una esquina, una barricada en plena ráfaga de disparos de metralleta; el profesor de Latín, con su jersey verde de cuello de pico sobre la camisa a cuadros, riendo a carcajada limpia el chiste de un compañero, una granada de mano explotando. El café terminó de hacer mella en su ya de por sí castigado estómago. Sintió la urgencia de ir al baño. Atravesó el campo de minas de la cantina.

No caminaba con los pies, sino arrastrando las pestañas. Hacía siglos que no entraba en el aseo de la cantina. Siempre usaba el de los profesores. Tres puertas de madera pintadas de color blanco. La primera decía: «Toda persona que se identifique como mujer es bienvenida en este baño»; la tercera: «Toda persona que se identifique como hombre es bienvenida en este baño»; y la del centro: «?». Tres

opciones para elegir, solo que Jimena sabía que todos los caminos daban al mismo pozo. La primera estaba ocupada y la tercera olía a esperpento. Se metió en la segunda. Colocó unas tiras de papel higiénico antes de sentarse en el inodoro. No tenía el cuerpo para equilibrios. La puerta estaba llena de pintadas, mensajes y dibujos. «Pedro, acércate más al meadero, no la tienes tan grande como te crees», leyó. Más arriba, en mayúsculas: «ENTRE UNA MULTITUD ACTIVA SIENTO LA MELANCOLÍA DEL DESAMPARO, LA SOLEDAD DE LA MENTE». Alguien le había dibujado un corazón al lado, con el siguiente mensaje: «Busca amor». Debajo, otra persona contestaba con tinta azul: «No entiendo nada, pero qué guay que eres, ¿no?». Apenas orinó cuatro gotas ardientes, de puro nervio. El episodio con Estela todavía la tenía secuestrada. Leyó otra frase mientras se secaba: «LOVE IS OVER. INSERT COIN». Había leído eso antes, en algún libro, o tal vez en Twitter. Dejó que los intestinos hicieran su trabajo y aprovechó para sacarse el móvil del bolsillo de la chaqueta. Lo había consultado compulsivamente a la espera de recibir alguna llamada o mensaje de Estela. Ni rastro. Tampoco le sorprendía.

Era su *modus operandi*. Cada vez que algo no le convenía, desaparecía. Tras ella quedaba un silencio glacial. Jimena odiaba aquellos periodos de ausencia. La mayor parte de las veces, la estrategia cumplía su propósito, que no era otro que el de doblegarla. El problema era que había abusado demasiado de aquel recurso y el silencio, lejos de someter a Jimena, se había erigido como un larguísimo puente de separación, con extremos cada vez más distantes.

Salió de la puerta del símbolo de interrogación y se lavó las manos frente al espejo. Estaba horrible y la luz blanca del techo no hacía más que acentuar sus defectos. Se mojó la cara. Tal vez así lograría espabilarse un poco, salir de aquella ruina física y mental en la que había caído.

Afuera, el campo de minas le pareció todavía más inexpugnable. Aun así, consiguió cruzarlo y salir casi ilesa. Volvió a su despacho. Jimena tenía otra clase en cinco minutos. Cogió los materiales y paseó hacia el aula. Los alumnos la esperaban. Llevaban dos semanas con la poesía de posguerra. Hoy tocaba Gloria Fuertes.

—Bueno, chicos, voy a ser ingenua y pensar que habéis leído los poemas de Gloria Fuertes que os pasé. ¿Cuál es vuestro favorito? —Paseó la mirada por los rostros de sus alumnos. Se detuvo en el de Elizabeth.

—Es una mierda —dijo la chica.

—¿La poesía de Gloria Fuertes o el poema que te gusta?

La clase rio.

—El poema que me gusta.

—¿Podrías salir aquí a recitarlo?

Elizabeth se puso roja.

—No, no, que me da mucho palo, profe.

—Venga, mujer, que tan importante es aprender Lengua y Literatura como saber hablar y declamar en público.

—Que no, que no —negó categóricamente.

—¿Te das cuenta de la falta de respeto que cometes, tú, una joven nacida en democracia que tiene libertad para hablar? ¿Sabes a cuántos escritores les callaron la boca a tiros? ¿Es que no habéis aprendido nada estos días? —gritó Jimena.

Los ojos de Elizabeth se humedecieron. Estaba a punto de llorar. Jimena se mordió el labio. Se había pasado. Lidia, la compañera de pupitre, acudió al rescate.

—¿Y si lo leo yo por ella, profe? —preguntó sin esperar a que Jimena le concediera permiso para hablar.

—Adelante —la animó Jimena agradecida. Le hizo el paseíllo con la mano.

—No, pero ahí no. —Señaló el encerado—. Aquí, desde mi pupitre.

Jimena respiró hondo.

—De acuerdo.

Lidia declamó sin gracia alguna y con un tono monótono el poema: «Es una mierda / haberme vuelto cuerda / y no insistir en la misma dirección. / Es una mierda / volver a tener luz y ver tan claro / que soy un nombre nada más, / en el amado. / Yo como antes no grito, / y sollozo bajito / que yo no soy amada. / Es una mierda, / haberme vuelto cuerda / para nada».

—Muchas gracias, Lidia. Elizabeth —suavizó el tono de voz—, ¿por qué te gusta este poema?

—Porque el amor es una mierda —dijo la joven.

Jimena volvió a respirar profundamente. Con dieciocho años y ya amargados.

—¿Y eso?

—Te crees que te quieren, pero no es verdad. Solo han jugado contigo. Y es una mierda. —Se encogió de hombros.

Jimena se compadeció. La pobre tenía más razón que un santo.

—¿Qué significan los versos «es una mierda haberme vuelto cuerda para nada»? —Volvió a pasear su mirada por los rostros de la clase.

Los muchachos bajaron las cabezas hacia el texto, como si al leer las palabras escritas fueran a encontrar la respuesta. Jimena podía oírlos pensar.

La clase transcurrió sin mayores incidentes, entre poema y poema, y hubo un minuto en el que casi se le olvidó que existía una Estela en algún lugar. Sonó la sirena y la vida volvió a ser gris. Tenía que volver a casa, y era eso lo que no quería, encerrarse en el dolor. Los latidos de su corazón empezaron a exasperarse. Había llegado el momento de volver a llamar a su psicóloga. Le mandó un mensaje de texto y le dio cita para el día siguiente. El simple hecho de saber que iba a hablar con ella ya le restó mucha inquietud. Le tranquilizaba saber que estaba ahí y que, cuando le contase lo que había pasado, saldría de la consulta viendo aquel asunto con una mirada más objetiva. Se quitaría el telescopio con el que Jimena veía las cosas, siempre exageradamente gigantescas, y lo vería todo a través de un microscopio en el que Estela apenas sería un bichejo indetectable.

Elisa la estaba esperando a la salida del instituto con su sonrisa de sol.

—¡Operativo de rescate! —dijo llevándose la mano a la sien a modo de saludo militar.

Jimena sonrió. Elisa tenía ese efecto en las personas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—La niña está en Algueña con los abuelos, mi marido tiene una concentración motera este fin de semana y tú y yo nos vamos de viaje. ¡Venga, vamos! —Le cogió la mochila y los libros y la tomó de la mano.

—¿Dónde vamos?

—¡A dónde va a ser, mujer! ¡A Ibiza! Nos cogemos el *ferry* que sale de Denia a las seis y luego ya nos buscamos la vida por allí.

—¿Estás loca? Ni siquiera me he hecho la maleta.

—Ni falta que hace. Sube al coche. —Abrió la puerta con el mando —. Te he comprado un paquete de bragas y en Ibiza venden de todo, tía, aunque no vas a necesitar nada. ¡Ay, qué bien nos lo vamos a pasar! —exclamó.

—¿Con el tiempo de mierda que hace?

—¡Qué va! Si esto son dos gotas. Ahora mismo sale el sol, ya verás.

Y tenía razón. Al momento de quemar neumáticos por la carretera, un glorioso arcoíris fecundó el cielo de colores con su puente de luz quemado por la luz. Jimena casi había olvidado la cita con la psicóloga. Le envió un mensaje de texto para cambiarla y enterró el celular en el bolso. Ya no iba a necesitarlo más, salvo para hacer fotos, aunque ninguna de ellas acabaría en las redes sociales. Aquel viaje permanecería siempre en secreto. ¿No guardaban secretos los demás? Pues ella también. Aprendía rápido. Elisa puso música y a la segunda canción de Javiera Mena le preguntó lo que estaba claro que tenía que

preguntarle.

—¿Hablaste con ella después?

—Qué va.

—Esa tía está enferma. A los estafadores emocionales hay que desenmascararlos. Si cometes una estafa económica, vas a la cárcel y pagas las consecuencias. Pero a estos nadie los acusa públicamente, jamás pagan por sus actos.

—Porque a nadie le gusta reconocer que lo han timado —dijo Jimena.

—Exacto, porque nos avergonzamos —convino Elisa.

—La gente desconfía de los que no se defienden. Además, es que la culpa es mía.

—No digas eso, Jimena.

—Tendría que haber visto las señales.

—No, no podías haberlas visto. Te engañó. Tienes que desenmascararla, contárselo a su marido. ¡A todos! ¡Qué hija de puta! —Golpeó el volante—. ¡Deja que me la cruce en la puerta del colegio la próxima vez!

—¿Y si su marido también lo sabía? ¿Y si se han reído los dos de mí?

—¡Qué va a saber! ¿A ti no te gustaría que te dijeran la verdad si fueras él?

Jimena recapacitó por un momento.

—Sí, me gustaría que me lo dijeran… —respondió Jimena sin dudarlo.

—¡Mañana lo saben todas las madres del colegio! —amenazó con ímpetu guerrero, sin dejar de mirar la carretera.

—Por favor, no digas nada. Es que… conozco al marido. Es amigo mío.

Elisa se giró hacia ella y a punto estuvo de perder el control del volante.

—¿Amigo amigo?

—Amigo, conocido, colega de profesión, ¡yo qué sé!

Elisa resopló.

El *ferry* zarpó con puntualidad inglesa. Habían dejado el coche en la bodega del barco y se habían metido a la cafetería a tomar algo. Por primera vez desde el fatídico encuentro con Estela a la salida del colegio, Jimena consiguió comer a gusto, sin obligarse. Había una vieja máquina de videojuegos que debían haber rescatado de algún salón de recreativos con la que podías jugar al *Bubble Bobble*. Al cabo de un rato, salieron a pasear por cubierta y dejaron que la brisa

marina embraveciera sus melenas. Al cabo de unos minutos, los cielos se enfurruñaron con el sol y se desencadenó un vendaval que convirtió la travesía marítima en un infierno. Jimena decidió echarse en el asiento de atrás del coche, en la bodega, mientras que Elisa permaneció como un mástil, apoyada en la barandilla del barco, sin dejar de mirar al horizonte. Cada pasajero aguantaba el mareo como podía. El rugido del mar eclipsó el ruido mental. Dos horas más tarde, empezó a temer un naufragio. Salió del coche y tuvo que detenerse ante la recién recobrada verticalidad de su cuerpo para luchar contra el mareo. Al subir a cubierta se encontró con una escena dantesca. Una madre y su bebé vomitaban al mismo tiempo, ella hacia delante y él sobre la espalda de ella. La pobre mujer estaba sentada en una de las sillas de plástico sujetas al suelo de la proa, sin saber dónde sujetarse. El revoltijo de vómitos subía y bajaba, resbalando por la borda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, a merced del vaivén del barco, acunado violentamente por las olas diabólicas. Elisa seguía en el mismo sitio, impertérrita y más tiesa que un palo. Jimena cruzó la cubierta y se acercó a ella.

—¿Quieres ir al coche a echarte un rato? —preguntó.

Elisa, sin despegar la vista del horizonte, contestó con la boca pequeña:

—No, aquí aguanto bien.

A Jimena le entraron ganas de reírse, pero tuvo miedo de vomitar si lo hacía. De repente, aquella situación le parecía de lo más cómica. Volvió sobre sus pasos, evitó mirar a la mujer del bebé y se cuidó de no resbalar con el revoltijo de devueltos. Y así fue como el trayecto Denia-Ibiza, que apenas habría tenido que durar más de dos horas, se convirtió en una odisea de seis horas. La maniobra de atraque fue complicada y trajo nuevas tensiones al ya de por sí castigado pasaje. Cuando por fin les permitieron sacar los coches de la bodega fueron de las primeras en abandonar la embarcación. Elisa llevaba el volante con brazos de chicle del mareo que llevaba.

Se alojaron en un pequeño hotel *boutique* donde no pudieron cenar nada porque tenían el estómago tan revuelto que no les pasaba ni una almendra, pero rieron hasta reventar la noche al recordar la aventura oceánica. A la mañana siguiente, la primavera bipolar las acogió con los brazos abiertos de cielo raso. Desayunaron como dos osas hambrientas y, por si no habían tenido suficiente mar, alquilaron un velero que las llevó hasta Formentera, donde Jimena descubrió que Elisa no le había mentido al decirle que no iba a necesitar nada. Pasearon por la orilla de la playa con los pies desnudos y se dejaron bañar por las olas. El sol derramó destellos luminosos sobre la

superficie ondulada del agua. A lo lejos, cruzaba algún pequeño barco pesquero arrastrando las redes seguido por la suave estela condenada a desaparecer. El soplo de la brisa húmeda las cortejaba con su aliento, a veces frío, a veces cálido. Hablaron de todo lo que era posible hablar. Sin embargo, todavía había algo que no se atrevían a decirse, un secreto que pesaba como una barrera entre ellas y que hacía que, cada vez que sus ojos se cruzaban, la mirada huyera temerosa a refugiarse a otro lugar. Jimena sentía curiosidad por los ambiguos mensajes que Elisa le había lanzado durante los últimos cinco años, pero le aterrorizaba aventurarse a explorarlos. Las historias con heterocuriosas nunca salían bien —para muestra una Estela—, pero Elisa insistía con sorprendente timidez —algo raro en ella— en que no quería morirse sin acostarse con otra mujer. Jimena no sabía cómo debía procesar aquellos datos, pero tampoco le generaban ningún conflicto.

Comieron en la terraza de un bar de sillas y mesas de madera envejecida azul pálido con abalorios de conchas y guijarros. Una pareja de ancianos franceses compartía silencio frente al mar, separados por dos copas de vino blanco y un plato de almejas. El camarero, un muchacho de pelo largo recogido en un moño, parecía recién salido de una serie de surfistas australianos. Hablaba relajadamente, tenía la mirada reposada y parecía que, en lugar de andar, flotara por el suelo. Pidieron un Martini y aliñaron el rato mientras las ganas por comerse el mundo llegaban lentamente.

El camarero volvió en cuanto vio los vasos vacíos. Sacó una pequeña libreta del bolsillo central del mandil y les aconsejó probar el pulpo. Le hicieron caso. Tampoco desaprovecharon la sugerencia de sobremesa de tumbarse en las camas colgantes que tenían en la zona de sombrillas, mojito en mano. El sopor de las olas las cubrió de mediterránea tranquilidad. La siesta era una gaviota de alas encendidas de blanco que sobrevolaba las aguas turquesas y esmeraldas. No había más calma que la de respirar la esencia salobre de la brisa. Había pocas cosas que el litoral no pudiera remediar, porque la sal ahondaba en la desgracia, pero desinfectaba la herida y lavaba los ojos. Allí, Jimena lo veía todo claro. La imagen era tan clara como el paisaje nítido y vibrante en el que se encontraba.

El balanceo de la gigantesca cama colgante las mecía suavemente. Las ramas de los pinos parecían columpiarse con ellas también. El helor pegado al cristal de la jarra de mojitos empezó a derretirse. Jimena bebía despacio y Elisa levantó la mano para pedir el segundo, la mirada risueña. De tanto en tanto, sus manos se rozaban a ciegas. A Jimena le pareció que la buganvilla rosada que caía sobre el arco de

columnas tenía unas flores espectacularmente grandes y se preguntó cómo se verían si el camarero le hubiera echado dimetiltriptamina en la bebida. El tiempo pasaba deliciosamente lento. La pareja de franceses se había trasladado a la zona de las sombrillas de paja para compartir silencios a la sombra, no muy lejos de donde ellas estaban. No tardaron en verse acompañados por un galgo de rasgos cervales, aparecido como de la nada. El can se echó a dormir junto a ellos mientras espantaba alguna mosca impertinente con la cola.

La caída del sol bañó de magma el horizonte mientras les doraba la piel. Jimena renovó su pacto con ella misma. Se sentía segura, feliz, curada, a salvo de Estelas.

Qué inocente era Jimena.

EL LADO OSCURO DEL CORAZÓN

Estela disfrutó del fin de semana a intervalos y solo en los espacios de tiempo en los que consiguió escapar de la realidad. Cuando el tiempo lo permitía, salía a la terraza y hojeaba alguna revista, leía algún libro, hipervigilaba la actividad de Jimena y Manolo en las redes sociales, o dormía echada en la tumbona acolchada de rayas blancas y amarillas. Encontraba relajante observar el devaneo de las abejas que en aquella época visitaban las malvas de la celosía, el zumbido de los abejorros peludos de la familia de la abeja Maya y otros insectos alados que merodeaban por allí. Ignoró todo lo que pudo a Juan. Se podía vivir con alguien y no mirarlo a la cara en todo el día. Era consciente de que lo estaba haciendo sufrir, pero ese era precisamente el propósito y, llegado el caso, inventar las palabras adecuadas para herirlo allí donde más le dolía: la culpa, el talón de Aquiles de su marido.

Extendió el brazo para coger la taza de té que Juan, siempre tan asquerosamente servicial, le había dejado en la mesilla que había junto a la tumbona llena de periódicos viejos que su desquerido escritor había acumulado a lo largo de las semanas, con los correspondientes suplementos y magazines dominicales. Estela odiaba el síndrome de Diógenes que Juan mostraba con cualquier papel que tuviera una palabra escrita. Al pobre le costaba hasta vaciar la papelera. ¿Cómo desprenderse de los historiales de conversación de WhatsApp, las tarjetas de felicitación? Un simple pósit podía ser objeto de veneración si Leonor había escrito en él su nombre por primera vez. Guardaba hasta la servilleta donde Estela le había garabateado su número de teléfono en la primera cita. Cogió el ejemplar que coronaba la torre de periódicos. Juan debía haberlos dejado allí aquella misma mañana, porque, de lo contrario, el viento de los días anteriores habría hecho cometas sin hilo con ellos. Sabía que a ella le gustaba entretenerse con los pasatiempos.

Susana salió al jardín y se puso a tirar a la canasta. A Estela le pareció que lo hacía para molestarla en nombre y representación de su padre. Susana era de Juan y Leonor de Estela. Siempre había sido así. Juan entendía a Susana en aspectos en los que Estela se mostraba incapaz de traducirla, y Estela intuía a Leonor sin necesidad siquiera de palabras en ámbitos en los que Juan no sabía moverse. El ruido de

la pelota de baloncesto botando en el suelo y chocando con el tablero y el aro de la canasta la sacó de quicio en cuestión de diez segundos.

—Susana, cariño —la llamó dulcemente—, tráele los cascos a mami.

Susana corrió al interior de la casa y Estela temió que se estampara contra los cristales correderos. No sería la primera vez. ¿Por qué tenía Susana siempre tanta prisa en ir de un lado para otro con ese exceso de energía? En realidad, lo que le pasaba a la niña en aquel momento era que se moría por hacerle el recado a mamá, servirla en algo. Volvió al poco con los cascos, sin soltar la pelota. Estela la recompensó acariciándole suavemente la mejilla.

—Gracias, cielo.

Susana fue feliz. Nunca llegaría a darse cuenta de que aquellos afectos solo brotaban cuando mamá estaba enfadada con papá. Se las traía a la cama a dormir, una a cada lado, hasta expulsarlo a él, o se las llevaba al sofá a ver una peli, usándolas de muralla protectora entre ella y él. Y, como las niñas pasaban hambre de madre y competían por su mirada, apenas tenía que rogarles para tenerlas comiendo en la palma de la mano.

Se puso los cascos y Susana volvió a la canasta. Buscó en el iTunes algo potable, eligió el recopilatorio de Luz Casal y se recostó a repasar el periódico, un ejemplar del *Diario Información.* «Tú juegas a quererme, yo juego a que te creas que te quiero», cantaba Luz Casal. Pasó de titular en titular, el presidente de la Diputación anuncia un paquete de préstamos para Pymes y emprendedores; el alcalde de Elche se niega a trasladar el auditorio a Carrús; el Patronato de Turismo potencia la marca Made in Costa Blanca en la Feria de Turismo Industrial de Barcelona; Nuria Espert en el Teatro Principal de Alicante; la asociación CAPAZ visitará Terra Mítica; el Instituto de Neurociencias… Estela se detuvo al ver las palabras «Instituto de Neurociencias del Mediterráneo» mientras Luz Casal se metía en sus oídos: «Tú juegas a engañarme, yo juego a que te creas que te creo, y no me importa nada, nada, que rías o que sueñes, que digas o que hagas».

Pacientes de salud mental realizan un taller de cocina en el Instituto de Neurociencias del Mediterráneo

La terapeuta culinaria Julie Ohana vuela desde Michigan a Benidorm para implantar un taller de cocina.

La terapia gastronómica, muy extendida en Estados Unidos, llega a la provincia de la mano de Julie Ohana gracias al Instituto de Neurociencias del Mediterráneo, convirtiendo

> lo que para muchos es un suplicio, cocinar, en un ejercicio de liberación y creatividad. Los «alumnos» acuden en pequeñas excursiones supervisadas a realizar la compra junto a la profesora Ohana, a fin de elegir cuidadosamente los ingredientes que utilizarán, para posteriormente elaborar con ellos las recetas propuestas cada semana. Posteriormente, comparten sus creaciones en una comida de hermandad con el personal de la clínica, en la que ellos mismos actúan como jurado de sus compañeros, degustando platos propios y ajenos, compartiendo elogios y sugerencias, lo que contribuye a aumentar su motivación.
>
> El director del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo explicó que «en muchos casos, se trata de pacientes que tienden a aislarse y dejar de cuidarse en todos los sentidos, también en el ámbito de la alimentación. Este taller los anima a salir fuera a buscar los ingredientes, a tomar contacto con el mundo exterior y aprender a desenvolverse por sí mismos, a interactuar con el entorno, facilitando su integración social».
>
> Julie Ohana, quien acumula varios años de experiencia en el campo de la terapia culinaria, asegura que este tratamiento permite a estos alumnos «especiales» bajar sus pensamientos negativos y, por lo tanto, disminuir sus niveles de ansiedad y depresión. La terapeuta destaca, además, que cocinar en grupo «es divertido, favorece la cooperación, la comunicación, aumenta la creatividad. Es una estimulación cognitiva que promueve el desarrollo personal».

La noticia venía acompañada por una foto en la que aparecía la tal Julie Ohana posando frente a una mesa de banquete junto a algunos pacientes y miembros del personal del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo. En el centro del grupo estaba Ricardo Pomares. La foto ofrecía dos detalles que le cortaron la digestión. El primero de ellos, la marca del mordisco en el cuello, la misma en la que Roberto se había fijado el día que habían ido a entrevistarlo. Les dijo que se la había hecho aquella misma mañana, pero la fecha del periódico era anterior. Indicio número uno. El segundo estaba en los manjares que los pacientes del psiquiátrico habían preparado y se exhibían en la alargada mesa tras la cual posaban. El solomillo de carne estaba bridado con el mismo hilo blanco y rojo con el que había sido hallado el cuerpo maniatado de Marina. «Por mucho que me empeñe, estoy jugando y no me importa nada». Estela apretó el periódico que sostenía entre sus dedos.

—¡Mierda! ¡Joder! —masculló entre dientes.

«Tú juegas a tenerme, yo juego a que te creas que me tienes. Serena y confiada, invento las palabras que te hieren». Luz Casal empezó a sonar en voz demasiado alta para sus oídos con aquella canción que, de alguna manera, se había convertido en la banda sonora de su vida. «Tú juegas a olvidarme, yo juego a que te creas que me importa. Conozco la jugada, sé manejarme en las distancias cortas». Se arrancó los cascos de las orejas y saltó de la hamaca, iracunda.

—¡Joder! ¡Joder! —gritaba mientras caminaba de un lado para otro sin dejar de pensar en lo que aquello podía significar.

El caso estaba cerrado y, conociendo a Recalde, no iba a querer darle más vueltas al asunto. Sin embargo, para Estela era cuestión de vida o muerte que el forense comprobase, a ser posible, que el mordisco del cuello correspondía con la dentadura de Marina, obtener una orden de registro, buscar indicios. ¡El muy cabrón seguro que tenía un yate de esos con los que los de su estatus económico salían los fines de semana a pasearse por el mar! ¡Hasta Juan y ella tenían uno atracado en el puerto de Santa Pola! Podría haberlo usado para arrojar el cuerpo al mar. Seguro que allí encontraban algo, cualquier resto de ADN, un pelo. ¡Nadie era tan escrupuloso a la hora de matar y deshacerse de un cadáver! Siempre dejaba un rastro de contaminación. La cabeza le iba a mil por hora. ¿Estaba pensando con la mente fría o elucubraba fantasías? Estela contempló la posibilidad de que Pomares hubiera matado a Marina. Si eso era verdad, todo lo demás también podía serlo. ¡Había mandado a Lena al matadero! Había que hablar con el juez, pero ¿basándose en qué indicios?, ¿a un mordisco en el cuello y unos trozos de hilo? ¡Sí, basándose en eso!

Llamó a Recalde y le explicó la situación.

—¿No puedes esperar al lunes y disfrutar de tu familia como hace la gente normal? —se quejó el comisario.

—La que no puede esperar es Lena.

—Está bien, está bien… Pero si vamos a llamar al juez un domingo, más te vale que valga la pena.

Estela entró a la casa, cogió el bolso y se despidió sin más explicaciones.

—¡Tengo que salir!

Juan se encogió de hombros con indiferencia.

*

Lena no podía oír muy bien lo que el doctor Pomares le decía. Tenía un yunque por cabeza, un peso imposible de manejar. Su cuerpo era una losa pegada a una ¿camilla? Trató de levantar los brazos y no

logró averiguar si el motivo por el que no podía hacerlo era por el efecto de la aplastante gravedad que la impelía hacia abajo o porque estaba atada a la camilla.

—¿Dices que oyes a Marina? ¿Te pide que vayas con ella? No te oigo.

Lena, semiconsciente, no podía oírlo. Estaba muy lejos, en una ensoñación.

—Te quieres suicidar, entonces. Bueno, podríamos decirle a la policía que entraste en la farmacia de la clínica para robar un estuche de morfina. Los toxicómanos tenéis cierta devoción por las jeringuillas. Mi pequeña Lena…

*

Estela llevaba el acelerador en la sangre. Tardaría unos cuarenta minutos por la AP-7, menos si le pisaba a fondo, pero los fines de semana la autopista estaba llena porque todo el mundo se iba a la costa, en especial a Benidorm. Nunca se le había hecho tan lento el carril izquierdo, ni cuando había roto aguas y Juan la llevaba de camino al hospital a la velocidad de un camión de bomberos acudiendo a apagar un incendio.

*

Pomares observaba a Lena como un coleccionista contemplando su última adquisición. Le abrió la blusa lentamente.

—¿Qué voy a hacer contigo?

*

Roberto había recibido la llamada del comisario Recalde estando en casa de sus suegros, durante la comida dominical de rigor. Su suegro les pasó unas cervezas. El menú de los domingos, en casa de los padres, solía variar poco, cocido con pelotas, arroz con conejo o carne a la brasa. Picoteó unas almendras. Le crujían las tripas. Cuando sonó el teléfono y vio la llamada de Recalde sintió la tentación de no cogérselo y, de hecho, no lo hizo. Aquello no podía significar nada bueno. Recalde solo llamaba para joder, y un domingo a las dos y media, tercera cerveza en mano, y a punto de sentarse a comer… Recalde volvió a llamar y, esta vez, el cargo de conciencia le hizo cogérselo. No quería acumular más puntos negativos de los que esa marisabidilla de la inspectora Muñoz ya disparaba en su contra.

Respiró hondo y descolgó.

—¿Sí?

*

La inspectora Muñoz derrapó por el camino de gravilla del Instituto de Neurociencias del Mediterráneo. Esperaba que Roberto ya hubiera llegado a casa de Pomares con la orden del juez. Bajó del vehículo con el ímpetu de un toro de lidia y cerró la portezuela con fuerza. Los ancianos del ala geriátrica, que en aquellos momentos disfrutaban de un bonito paseo mañanero, algunos de ellos acompañados por sus cuidadores, la miraron con extrañeza. Atravesó el umbral y se encontró con Hassan en la recepción. Pero ¿es que aquel chico nunca libraba? Sintió algo de decepción al ver que había sido la primera en llegar.

—Tengo que ver a una paciente. Malena Reverte —dijo con voz entrecortada por la carrera.

—Necesita un permiso del doctor Pomares…

Estela sacó su identificación policial y la puso encima del mostrador.

—Llame a Pomares. Dígale que quiero ver a Malena Reverte —dijo en tono autoritario.

—Precisamente hoy está aquí. Está usted de suerte porque los domingos no suele venir. Voy a llamarle. —Hassan descolgó el teléfono y marcó unos dígitos. Tras unos cuantos tonos de llamada, dijo—: No está en su despacho. Le llamaré al móvil.

*

La pantalla del teléfono móvil de Ricardo Pomares se encendió dentro de su bolsillo. Lo tenía en silencio. No lo oyó. El psiquiatra se subió a la camilla.

—Eres un peligro. Intentaste matar a tu marido. Tú misma me lo dijiste hace tiempo en la consulta. Sois todos un peligro, como José Manuel. Si no le hubiera dejado salir, no habría matado a mi hijo David.

*

Estela llamó a Roberto.

—¡No está en su casa! ¡Está aquí! ¡Ven echando hostias a la clínica!

—¡Voy para allá! —Roberto puso la sirena policial.

Estela echó a correr por los pasillos.

—¡Señora!, ¡no puede hacer eso! —Hassan llamó a seguridad.

Roberto llegó con la orden judicial cuando los vigilantes ya le habían cortado el paso a la inspectora Muñoz. Solo al mostrar el documento se ofrecieron a acompañarlos.

Ni rastro de Pomares en su despacho, ni en el salón común ni en el patio. Lena tampoco estaba con el resto de pacientes de su ala ni en su habitación. Recorrieron los largos pasillos abriendo puertas con la tarjeta magnética maestra que los vigilantes llevaban colgada al cuello.

*

Lena no podía gritar, semiinconsciente. Pomares copulaba con la histeria de una rata. Tras él, alguien abrió la puerta inesperadamente. Le sorprendieron con los pantalones por los tobillos y el culo sesentón al aire, apenas cubierto por la camisa blanca.

LAS LÁGRIMAS DEL SOL

Una leve brisa le acarició el rostro. Se pasó la mano por la cara rasposa. Le hacía falta un buen afeitado. Pensó en hacerse la depilación por láser y olvidarse de una vez por todas. No era eso lo único que iba a cambiar a partir de ese momento. La caterva de gorriones del gigantesco níspero había disminuido considerablemente desde que habían traído a los gatos a vivir con ellos, pero el escándalo de trinos seguía siendo soberano. A ciertas horas del día venía un mirlo a desplegar su repertorio de cantos. Juan evocó las noches junto a Estela, los paseos por el río cuando salían del cine, de camino al coche, y ella se detenía bajo la luna para besarle con los ojos entornados, buscando su boca, con los párpados rendidos de amor, en un eclipse de pestañas. Cuántas veces habían tocado las estrellas hablando de la luna…

Odiaba a Estela porque le había enseñado lo que era el paraíso y luego lo había expulsado. Todos los hombres deberían odiar a Dios por lo mismo. No había querido que la humanidad conociera la sabiduría porque tenía síndrome de Procusto, «que te vaya bien, pero no mejor que a mí», y aquello de que esos homínidos pudieran no ya aventajarlo, sino igualarlo en el paso no le vino nada bien. Dios tenía complejo de inferioridad, a imagen y semejanza del *Homo sapiens,* un mono alfa muy celoso de su jerarquía, condescendiente, paternalista y caprichoso. Maquillaba su inseguridad con una enorme máscara de superioridad, tenía delirios de grandeza y no era nadie si sus fieles devotos no lo amaban y le rendían pleitesía. Dios era un narcisista, y Estela era Dios.

El amor se había transformado en angustia. Pero no, lo que sentía ya no era amor, porque Estela solo había hecho méritos para desenamorarlo. Recapacitó sobre ello mientras paseaba por el jardín. Susana y Leonor buscaban un sapo corredor que habían visto entre el follaje y Juan les advirtió que, como lo viera Hidra, lo iban a lamentar.

Desbloqueó el teléfono móvil y acudió a la galería de fotos. Ahí estaba la foto de la casita que alquilaban frente a la playa. Había fotografiado el cartel con el número de teléfono el día que estuvo tomándose algo con Jimena. Se acordó de lo que había sucedido después: Estela paseando por la orilla con Manolo, la mentira, la

excusa cuidadosamente planeada para no admitir su falta y echarle la culpa a él. El estómago le dio un brinco. Fue a la cocina y se bebió un vaso de agua del grifo. Eso siempre lo ayudaba a calmar la ansiedad. Volvió al despacho y se sentó frente al escritorio. Marcó el número de teléfono y preguntó por la casa en alquiler. Tras informarse sobre algunas cuestiones, acordó realizar una transferencia. Al dueño le sorprendió que no quisiera verla por dentro antes.

—Nos vamos a ir de vacaciones —anunció Juan al salir de nuevo al jardín.

Las niñas perdieron el interés por el sapo.

—¿Dónde? —preguntaron casi al unísono.

—A la playa.

—¿Y no tenemos que ir al cole? —preguntó Susana con los ojos muy abiertos.

—Sí, hay que ir al cole, pero después nos vamos a la playa, a jugar en la arena, pescar pulpos y comer almejitas de esas que tanto le gustan a Leonor, y patatas fritas con mucho kétchup y mayonesa, como quiere Susana. Además, ahora mismo es Semana Santa. No va a haber colegio.

—¿Mamá no trabaja? —preguntó Leonor.

—Mamá no se viene —respondió Juan—. Este es un viaje padre-hijas.

Leonor puso gesto de incredulidad. Hasta ella sabía, en algún lugar de su refinada intuición infantil, que mamá no era de las que veían con buenos ojos que papá abandonara el nido, a no ser que fuera por motivos estrictamente relacionados con su carrera de escritor, e incluso entonces se notaba que no le hacía ninguna gracia.

—¡Ya veréis qué bien nos lo vamos a pasar! —trató de animarlas, pero con aquella cara de muerto viviente barbudo comprendió que tenía pocas posibilidades de convencer a nadie.

Leonor no las tenía todas consigo, pero Susana empezó a dar brincos de alegría.

—¿Hay conexión a Internet? —preguntó Leonor.

—Sí, cariño, pero tú no te preocupes, que, si no hay, papá te instala fibra óptica, ¡aunque tenga que comprar un satélite de Starlink! Bueno, ¡voy a afeitarme! —dijo con resolución.

Subió al cuarto de baño y se afeitó frente al espejo, y conforme se rasuraba el vello se sentía menos brutalizado, más hombre nuevo. Aun así, la imagen que le devolvía el reflejo no era la más favorecedora. Lo delataban las ojeras. Se lavó la cara a conciencia con un exfoliante de menta que refrescó su rostro al instante y, después de enjuagarse, se aplicó una crema hidratante fría. Entró al vestidor y eligió sus mejores

ropas.

A Juan le costaba desprenderse de las personas a las que quería, por mucho dolor que le causasen. Cuando la vida lo ponía de rodillas, aprovechaba para atarse los cordones. Podrían acusarlo de meter la pata, pero él sabía que lo que metía era el corazón. En aquellos momentos, era un niño desvalido, con el pecho abierto en canal, lloroso, sí, pero con una camisa nívea de Armani, gemelos de oro en los puños y unos vaqueros rotos Ralph Lauren. No era vanidoso, pero le pasaba un poco como a las mujeres, que cuanto más deprimidas estaban, más pintalabios usaban. Buscó un reloj a juego, uno que no le hubiera regalado su mujer, y empezó a hacer las maletas.

Hidra le seguía los pasos.

—Que no se me olvide coger el osito de peluche de Susana o no habrá quien la haga dormir —le habló a la gata y, al hacerlo, se sintió más fuerte y decidido.

Sobreviviría. Lo había hecho otras veces. Borrón y cuenta nueva. La única diferencia era que ahora tenía dos hijas y eso le impediría cortar lazos por lo sano. Siempre tendría que mantener contacto con la madre, por mínimo que fuera. En realidad, de no haber sido por ellas, habría puesto fin a aquella situación mucho antes. Las pobres eran las que más iban a sufrir las consecuencias por lo que estaba a punto de hacer, pero era eso o quedarse huérfanas, porque, si seguía junto a Estela, acabaría metiendo la cabeza en el horno.

El animal maulló. Parecía palpar la preocupación en el ambiente.

—Tranquila. Tú también te vienes. ¿Dónde está tu transportín? —Miró alrededor con los brazos en jarras.

Obviamente, allí no estaba. El lugar de las cosas gatunas estaba en el garaje. Cargó las maletas y las dejó en la puerta de entrada. Seguidamente, entró al garaje y buscó el transportín. Cargó el equipaje en el maletero. A Hidra no la metería en su jaula de transporte hasta que salieran. No había necesidad de estresar al felino. El móvil sonó en el bolsillo. Era el tono de aviso de la agenda. Había olvidado que tenía una entrevista radiofónica en una hora para hablar de su nuevo libro. «No es el momento», pensó. Envío un mensaje de texto al periodista para anularla.

Estela conducía con la luz de una luna gigantesca alumbrando el interior del vehículo, la carretera alfombrada por un manto de blancura fantasmagórica. Estaba agotada. Bajó la ventanilla. Necesitaba refrescarse un poco. Tenía hambre y sueño. Se moría por llegar a casa, darse una ducha, ponerse el pijama y dejarse consentir por Juan. Él le cocinaría lo que a ella se le encaprichara pedirle,

gustoso por complacerla y ganarse su favor tras el largo castigo de silencio de los últimos días. Había perfeccionado algunas recetas de gastronomía hindú y japonesa a las que Estela se había vuelto absolutamente adicta. Llamó por teléfono a casa para que él empezara a manejar los elementos mientras llegaba.

—Oye, Siri, llama a casa —indicó al asistente virtual.

—Llamando a casa —respondió una voz demasiado humana.

No lo cogió nadie. Le habría parecido extraño de no ser porque Juan era un desastre y nunca se acordaba de poner el teléfono inalámbrico en la base de carga.

—Oye, Siri, llama a Juan.

—Llamando a Juan.

Sin respuesta. Tampoco era extraño porque Juan había desarrollado una extraña fobia hacia el móvil y solía tenerlo en silencio, a menudo olvidado en algún cajón, porque la sola visión del terminal podía llegar a desconcentrarlo sobremanera. Al coger el desvío de la autovía del Mediterráneo en dirección a Orito, la recibió una sensación de paz instantánea, como el guerrero que regresa a curarse las heridas al refugio de su hogar, junto a su princesa. Hasta el aire de la noche olía diferente allí. La Cueva de San Pascual brillaba en las alturas de la sierra de las Águilas, faro de calma peregrina. Juan y ella se habían besado allí por primera vez, dentro del coche, una fría noche de enero, después de que él le dibujara en el cristal mojado por el relente una luna con estrellas.

Las luces de los faros serpentearon por los caminos desiertos del paraje de Orito, cruzados por la carrera azarosa de algún conejo desorientado. Quinientos metros más y estaría en casa. Echó en falta el coche de Juan aparcado en la puerta. Aquello sí que era raro, que su marido se hubiera molestado en meter el coche en el garaje sin que ella se lo pidiera. Algún día, los amigos de lo ajeno le iban a pegar un susto y él no podría reprocharle que ella no se lo había advertido suficientes veces. Pero al aproximarse a la puerta de entrada se dio cuenta de que todas las luces estaban apagadas. Miró el reloj del ordenador a bordo. Tampoco era tan tarde. Abrió la puerta con el mando y avanzó con el vehículo. Los gatos seguían encerrados en su refugio en lugar de vagar por el jardín, como era normal a aquellas horas. Les abrió la puerta y los bigotudos salieron a depredar la noche.

Tuvo que usar la llave para entrar porque las puertas correderas traseras estaban cerradas a cal y canto. Al encender las luces, se encontró con una casa vacía. ¿Qué podría haber pasado para que Juan y las niñas hubieran tenido que salir sin avisarla? No era propio de su marido. Sacó el móvil del bolso mientras se adentraba en el salón.

Había un sobre con su nombre escrito. Al abrirlo, leyó unas palabras inesperadas: «Quiero que nos separemos y he pensado que lo mejor es que nos demos unos días para que cada uno ponga sus vidas en orden. Las niñas están conmigo. Te llamaré dentro de una semana».

El arrebato de furia traspasó la hora más funesta. ¿Cómo se atrevía? En un primer instante, lo que más rabia le dio fue que sus planes de llegar a casa, cenar y relajarse se vieran truncados de aquella manera. Estela odiaba que las cosas no salieran como ella quería. Superado el impacto inicial, se dio cuenta de que aquello era más que un giro inesperado de los acontecimientos. Juan no solo la había dejado sin cenar, ¡se había ido de casa! ¡Y se había llevado a las niñas con él! Subió a la planta de arriba y registró las habitaciones. La maleta azul de Juan, la grande, había desaparecido. Tampoco estaba la maleta de las *Monster High* de Susana ni la de *Frozen* de Leonor. La cama de Susana, donde normalmente reposaba su osito, apoyado contra la almohada, permanecía desierta sin el peluche. Echó mano del teléfono móvil y marcó el número de Juan. No contestó. Le mandó un mensaje: «¿De qué vas?». No respondió. Volvió a llamar. Esta vez, una voz le dijo que el número al que había marcado estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Será cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! —Estrelló el teléfono contra la pared.

Entonces se le encendió la bombilla. El sistema de rastreo GPS que las niñas tenían instalado en las pulseras. Se apresuró a recoger el móvil del suelo. Milagrosamente aún funcionaba, aunque la pantalla pareciera una tela de araña, rota en mil pedazos. Entró en la aplicación de localización, pero tanto la pulsera de Susana como la de Leonor aparecían descritas con la etiqueta de «ubicación no disponible».

—¡Cabrón de mierda!

No podía llevarse a las niñas así porque sí. Lo denunciaría, lo… No, no haría nada de eso. Estela odiaba los escándalos. Volvió a leer la nota. Deambuló por la casa y trató de analizar la situación. Pero ¿qué mosca le había picado a Juan? Si estaba tratando de llamar la atención, había ido demasiado lejos. «Te vas a enterar», lo amenazó mentalmente. Semejante ofensa no podía quedar sin castigo. ¿Cómo se le ocurría hacerle algo así?, ¡a ella! Aquello era un acto de traición a la Reina de Corazones, un desafío en toda regla. ¿Desde cuándo los esclavos se atrevían a soñar con la libertad? Pero ¿qué podría haber pasado? ¿Era por lo de Manolo? Creía haber zanjado ese asunto, claro que, conociendo a Juan, estaría rumiando el tema hasta la saciedad. Él siempre aparentaba admitir su error, pero en el fondo era un pozo de

rencor. Estela lo conocía bien. Mucho sentimiento de culpa, pero poco perdón. Juan no estaba fabricado para olvidar. Guardaba en los bolsillos más resentimiento que piedras y todo sumaba. Cuanto más profunda era su tristeza, más privado era el dolor.

Estela lloró de rabia e impotencia, las lágrimas del sol, porque Juan era su arcoíris, aunque ella fuera ciega para los colores, y sin él, la lluvia ya nunca volvería a ser igual. Allí, sentada frente a la pantalla del ordenador, tuvo un instante de lucidez, un alumbramiento doloroso, un mirarse al espejo con un reflejo monstruoso, el verdadero animal herido que llevaba dentro, la niña torcida y retorcida hasta la saciedad. Se dio cuenta de que él era su razón de ser en esa vida gris y sinsentido en la que llevaba décadas respirando. No era Manolo, ni Jimena, ni Perico el de los Palotes. ¡Era Juan! Su Juan, al que peor trataba porque era al que más quería. Su tesoro más preciado, su trofeo más brillante. No lo quería, porque no sabía querer, pero no soportaba la idea de que él dejara de quererla. No, él no. Tal vez no supiera cómo hacer feliz a otra persona, pero necesitaba que la quisieran y nadie la iba a querer como Juan la quería. ¡Tenía que pensar algo! ¡Hacer algo! ¡Tenía que conseguir que volviera, aunque solo fuera para poder echarlo de casa!

No había lugar a donde ir y, desde luego, no pensaba ir al cuchitril con suelo de terrazo de Manolo. Además, en aquel momento le pillaba un poco lejos. ¿Épsilon? Sí, eso era justo lo que necesitaba, una pastilla de Épsilon, algo que le quitara aquel malestar y tapara el vacío que se la comía por dentro. Sabía que después de la escena del otro día a la salida del colegio no iba a ponérselo fácil, pero Estela podía desarmarla. Le escribiría, le mandaría canciones, le diría que había soñado con ella, le recordaría anécdotas y sueños, la trataría con la misma dulzura con la que la trató al conocerla, irían al cine, la cogería de la mano, la miraría como si no hubiera otra estrella en el cielo. Solo necesitaba saber que su muñeca articulada seguía ahí, en la estantería, y que, si le daba cuerda, funcionaría… Cambiar las pilas si no lo conseguía a la primera, desempolvar los botones… Y volverlo a colocar después en el estante, junto a los demás muñecos, aunque en aquel momento, el único que quería era el único que ya no figuraba entre su colección: Juan. No había mayor desconsuelo. Estela se sentía como una niña a la que le hubieran robado un juguete del que hacía mucho tiempo que se había aburrido, pero que no soportaba perder, y mucho menos imaginar que pudiera estar en unas manos que no fueran las suyas. La amenaza de quedarse para siempre sin él le provocó una punzada de anhelo indescriptible. Nunca lo había querido tanto como lo quiso en aquel segundo. Solo un segundo.

Sacó el teléfono móvil y redactó un mensaje para Épsilon.

LA CONDENA

Lena caminó con las niñas hacia el restaurante Maruja, que estaba a unos metros más arriba, porque el restaurante Galicia había cerrado por defunción. Al parecer, la dueña se había suicidado. En cuanto llegase el verano, se irían a la casa de montaña que tenía en Asturias, la que Jesús y ella se habían comprado hacía diez años. Así aprovecharía para hacer limpieza general y ponerla a la venta. Había decidido llevarse a las niñas a vivir a Estados Unidos. Las pequeñas percibían una suculenta cantidad en concepto de derechos de autor por las canciones de Jesús cada seis meses y ella se había convertido en heredera universal tras la muerte de sus padres, así que el dinero no era un problema. España ya no era el lugar en el que quería criar a sus hijas. Demasiados recuerdos, demasiadas imágenes de cuchillos entre las lilas, cadáveres en la playa y abusos de bata blanca. Estaba dispuesta a liquidar todas las propiedades que tenía repartidas por el mapa ibérico y mudarse a vivir a Los Ángeles, al menos durante una temporada, y después, el Diablo diría, porque Dios estaba muerto.

Buscó una mesa con una sombrilla generosa y pidió tostadas con tomate y zumo de naranja para tres. Era agradable desayunar frente al mar, pero el azul inmenso, solitario y frío empezaba a deprimirla. El infatigable rumor de las olas, las chicharras encendidas de las dunas, las gaviotas graznando escándalos le empezaban a provocar un soporífero hastío. Y luego aquel aire denso que a medida que el sol conquistara los días se haría cada vez más húmedo y difícil de respirar. En resumidas cuentas, tenía el abanico cansado.

La camarera volvió con el desayuno y Lena le preguntó si tenía algún ejemplar del *Diario Información*.

—Lo tiene ese señor —señaló con la mirada.

Lena se giró discretamente. Dos mesas más allá había un hombre sentado a la mesa con dos niñas que debían ser sus hijas. Encima de la mesa había un periódico abierto. Decidió levantarse para ir a pedírselo.

—¿Lo está usted leyendo?

Juan levantó la vista.

—No, no, puede llevárselo.

—Aquí habla de mi mami. —Susana apuntó con el índice en la página del rotativo. Lena leyó la noticia por encima.

Condenado un psiquiatra a 9 años de prisión por abusos sexuales en Benidorm

El famoso Instituto de Neurociencias del Mediterráneo se ha visto salpicado por el escándalo. Su propietario y director, el prestigioso psiquiatra Ricardo P., ha sido condenado a una pena de nueve años y un día de prisión, inhabilitación para ejercer como médico durante cuatro años, y quince años de alejamiento de tres víctimas, por un delito continuado de abusos sexuales. El condenado tendrá que pagar una indemnización de 100 000 euros a cada una de las víctimas que lo denunciaron por suministrarles drogas para abusar sexualmente de ellas. A su puesta en libertad, tendrá que pasar diez años en libertad vigilada.

Tanto la defensa como la Fiscalía habían pedido veinte años de prisión, inhabilitación para salir de la cárcel y una indemnización de 200 000 euros, pero la letrada de la acusación particular, que ha llevado el caso conjunto de las tres víctimas, se ha mostrado satisfecha por la resolución judicial basada tanto en el testimonio de las víctimas como en los informes de los peritos forenses que señalaban importantes secuelas y una gran coherencia en el relato de los episodios de abuso sufridos por las tres víctimas. Uno de los episodios tuvo lugar en la consulta de Ricardo P., después de que una de las víctimas, M. Reverte, le confesara que «había pensado en cien maneras distintas de quitarse la vida». Ni siquiera el grave estado de ánimo en el que se encontraba le hizo desistir. Al parecer, las drogas suministradas eran tan fuertes que las víctimas habían bloqueado los recuerdos relativos a los episodios, y solo al hablar entre ellas llegaron a la conclusión de que no se trataba de pesadillas o alucinaciones. Entre otras, los fuertes tratamientos farmacológicos a los que fueron sometidas incluían en algunas sesiones Imalgene 50, un anestésico disociativo de uso veterinario cuyo principio activo es la ketamina; en otras ocasiones, llegó incluso a administrarles LSD, comúnmente conocido como ácido, una potencia sustancia psicodélica que produce fuertes alucinaciones, como parte de un supuesto tratamiento experimental, «sin ningún tipo de consentimiento informado, violando todos los límites de la ética, y con el único fin de abusar de las víctimas», según se leía en la sentencia dictada por la juez Marquina.

El psiquiatra Ricardo P. está a la espera de ser juzgado, asimismo, por el presunto asesinato de Marina Suárez, cuyo cadáver fue encontrado en la playa del Pinet. La inspectora Muñoz, a cargo del caso, no ha querido hacer declaraciones.

—Pues tu madre es una heroína. Me salvó la vida —dijo Lena—. Díselo la próxima vez que la veas.

A Susana se le iluminó el rostro. Leonor también sintió un rubor. Estaba muy orgullosa de su madre. Juan aceptó el hecho de que Estela, a veces, conseguía hacer feliz a otras personas por accidente.

CADÁVERES FRÍOS

Los patos del lago del campo de golf hacían surcos en el agua al agitar frenéticamente sus alas. Jimena cogió el móvil para hacerle una foto a una nube lenticular. En ese preciso instante llegó el mensaje de Estela: «Miento como medida de autoprotección. Estoy en tratamiento psicológico. No espero que me entiendas. Si te apetece, algún día, me gustaría quedar y contarte el infierno por el que he pasado este año y del que he tratado de protegerte». Jimena no lo creyó, pero decidió creerla, porque la fe siempre era opcional y aquel día le apetecía darle una oportunidad a la humanidad. El bombardeo amoroso la inundó de algodones de feria y manzanas de caramelo.

Estela le prometió todo lo que sabía que no iba a poder cumplir, pero ¿qué más daba? A los niños se los engañaba con cualquier cosa, y Épsilon era una niña, una muñequita adorable a la que ahora mismo necesitaba atusar los cabellos para relajarse. Y, si de ella dependía, jamás la dejaría ir, porque era suya. Estela tenía tendencia a aferrarse al frío cadáver de sus relaciones anteriores, hasta del primer chico con el que había salido en el instituto; y desde luego había sabido mantener cerca a los pretendientes, incluso aquellos a los que jamás les había permitido meterse en sus bragas. De todos obtenía algo: atención, información, favores, dinero, padrinazgos, contactos, oportunidades, lo que fuera. Eran objetos en una caja de herramientas. Sin embargo, y a pesar de que Jimena la había perdonado, la muy puñetera no mordía el anzuelo. Hacía como que sí, pero Estela sabía que no. En tales circunstancias, ni las llamadas telefónicas de Manolo lograban subirle el ánimo. Sentía que, si no tenía a Juan, no quería a ninguno. Tras pasar un mes en un apartamento de la playa del Pinet junto a las niñas, su marido le había pedido amablemente que se fuera de la casa de Orito antes de regresar al hogar y ella había obedecido con inusitada sumisión. Ahora mismo se encontraba en un piso de alquiler de Elche pensando en la forma de hacer que Juan regresara al redil. Le mandó un mensaje: «Te echo de menos». Él no contestó. Estela chasqueó la lengua y resopló con desgana.

No podía precipitarse porque Juan era de los que tardaban en enfriarse. Debía dejar pasar el tiempo, darle la oportunidad de preguntarse si acaso había cometido el error de su vida. En cualquier caso, tenía que pensar algo gordo, y no fue fácil, porque ya había

quemado muchos cartuchos con él. Si al menos supiera por qué lo había hecho… Para la inspectora Muñoz, no había nada que ella hubiera podido hacer mal. ¿Qué iba a poder reprocharle? ¡Nada! En todo caso, era ella la única que tenía que reprocharle a él, por ser tan histérico e inmaduro, por quererla, por solicitar tanto cariño y atención. ¡Ay, Dios!, ¡cómo lo odiaba! Lo odiaba porque lo único que quería era que ella lo quisiera. Bueno, eso podía fingirlo. ¿Qué más quería Juan? Viajes, paseos de la mano, cena a la luz de las velas… Otro hijo… Acababa de tener la idea del siglo. Citó a Juan aquella misma tarde con la excusa de hablar de los papeles del divorcio y ver a las niñas. Él accedió.

Pasó toda la tarde tratando de elegir un atuendo adecuado. La mayor parte de su ropa estaba todavía en Orito. Si Juan se divorciaba de ella dejaría de tener acceso a la cuenta común y, si eso pasaba, adiós a los zapatos, las compras *online*, los centenares de pañuelos y el estatus que tanto esfuerzo le había costado fraguarse. No tenía un mal sueldo, pero ni punto de comparación con lo que ganaba Juan. En eso era una mujer muy gato, le importaban los lugares más que las personas, y el lugar que le gustaba era la casa de Orito, porque aquella era *su* casa, un templo a su personalidad: la mesa de elefantes del jardín, el buda del comedor, el remanso de paz de la piscina, todos aquellos detalles con los que había construido su refugio particular. No estaba dispuesta a renunciar así como así. Los lujos se convierten en costumbre, esa era la primera lección de la historia de la humanidad, y Juan la tenía muy mal acostumbrada. No lo echaba de menos a él, echaba de menos la vida que tenía con él.

Optó por ponerse algo sencillo. El repartidor de Amazon la llamó. Debía ser nuevo, porque no se aclaraba con la dirección. Estela le dio indicaciones y bajó a la calle a recoger el pedido, unas sandalias nuevas, justo las que conjuntaban con el atuendo elegido: un vestido blanco de niña buena, la falda por encima de las rodillas y un cinturón con cierto aire romano. La imagen que le devolvió el espejo era arrebatadora. Tenía a su favor algo que nunca le había fallado: el atractivo sexual, con el que sabía que despertaba el deseo en su marido. Ni en los peores momentos de Juan, aun estando extremadamente cansado o incluso enfermo, había podido resistirse a sus encantos. Se hizo un selfi y lo mandó, uno a Jimena y otro a Manolo. Cuando se estaba radiante, había que aprovechar para cazar tres pájaros de un tiro. El móvil pio, Manolo con un emoticono de fuego, Épsilon con un *gif* de Lola Bunny enamorada.

Cogió el portátil y buscó modelos de pruebas de embarazo en sangre. Copió el logotipo de la clínica de su ginecólogo y procedió a

falsificar el documento. Revisó los datos unas tropecientas veces. Nadie podría sospechar que se trataba de un informe falso. Solo cuando estuvo lo suficientemente satisfecha con el resultado pulsó el botón de imprimir. Listo: embarazada de varias semanas. Miró el reloj. Todavía le daba tiempo a pasar por la droguería para comprar un perfume nuevo para que Juan notara que ya no era la misma, que olía diferente, que era otra, una que había pasado página, y que, si no se apresuraba a recuperarla, la perdería para siempre. La victoria estaba en los pequeños detalles, cuanto más subliminales mejor. La dependienta le preguntó qué buscaba exactamente. Estela no se decidía. Finalmente optó por un frasco de Libre de Yves Saint Laurent. Se roció discretamente. Tampoco había que pasarse. Subió al coche y condujo sin premura, tratando de ensayar su mejor cara de embarazada.

AMANTE VAS AMANDO SIN AMOR

Juan abrió la ventana y dejó que entrara la brisa con sus caricias en la piel. Escribía una novela en la que llevaba algún tiempo trabajando y en la que había volcado todo el averno que llevaba dentro. Derramó una lágrima sobre el teclado y, a continuación, aplastó un mosquito. Tenía que encontrar los ánimos para fumigar. Salió al jardín y rescató la machina de entre las fauces de la caseta de aperos. Las pequeñas hacían los deberes en su cuarto. Hidra lo observaba a cierta distancia. Sabía bien lo que aquel armatoste infernal irrigaba y no quería estar cerca llegado el momento de salir corriendo. El resto de felinos empezó a escampar antes incluso de que diluyera el insecticida concentrado en el agua. Hidra se refugió en el interior de la casa y Juan empezó a pulverizar el jardín mientras accionaba la palanca con movimientos enérgicos. Había descubierto que el cansancio físico era un tónico para su mente y, al volver a Orito tras el periodo de reflexión de la playa, se puso a hacer reformas como un loco: pintó las paredes desaforadamente, arregló la valla, cambió unas lámparas; renovó el mobiliario del despacho; barnizó un par de puertas; esmaltó la bañera; despidió al personal de servicio e instauró un nuevo régimen militar en casa en el que cada uno debía cumplir su deber si querían escalar puestos en el cuerpo: Susana y Leonor habían ascendido a la categoría de cadetes por mantener los cristales de las ventanas limpios, limpiar el baño después de cada uso, hacerse la cama, peinarse, vestirse y hacer la cena. Para ello, Juan les había hecho un calendario con la ropa que debían ponerse cada día y un menú semanal con los ingredientes y modo de preparación pegado en la nevera que podían consultar en caso de duda.

Entornó los ojos ligeramente. Le había entrado algo de insecticida. Nunca aprendería a usar las protecciones necesarias, ni siquiera mascarilla. Y luego le sorprendía que Susana no llevara la cabeza sobre los hombros… Siguió accionando la palanca con vigor y sin importarle que, en cuestión de minutos, Estela entraría por la puerta. No quería pensar en ello, aunque eso era lo único en lo que podía pensar, por muchas poblaciones de mosquitos que lograra exterminar. Se había precipitado al aceptar verla. No estaba preparado. Suspiró profundamente. Mala idea. Absorbió todos los vapores irrigados. Tosió un par de veces y siguió dándole a la palanca. Juan sentía que

separarse de la persona a la que uno ama era como arrancarse un ojo. Ya nunca volvía a ver igual, pero echar de menos a alguien que ni siquiera pensaba en ti era una falta de ortografía en el corazón. Sacudió la cabeza. No, no debía pensar en ella. Tenía que apartarla de su vida. Repasó mentalmente todos los argumentos, palabras y actitudes que desenfundaría en cada caso. Si Estela se ponía a llorar, plan A. Si Estela le hacía reproches, plan B. Si Estela se enfadaba, plan C; si Estela lo abofeteaba, plan D; si Estela aparecía con otro tipo del brazo, plan E… Había imaginado todos los escenarios posibles, incluso los más improbables. El resultado debía ser siempre el mismo: tú por tu lado y yo por el mío, o lo que venía a ser lo mismo, cada momia a su sarcófago.

Estela aparcó el coche frente a la cancela y a Juan se le puso el corazón en un puño. Tuvo que esforzarse por llevar la respiración al sitio. La gata observaba la escena sentada sobre sus patas traseras a través del ventanal, con regia actitud. De alguna manera, intuía que aquel ya no era el territorio de Estela y no habría puntapié. Juan invitó a su mujer a sentarse en la mesa del jardín y empezó a hablar del régimen de visitas a las niñas, abogados, papeles de divorcio y cosas por el estilo. Ella lo dejó parlotear un rato con la mirada marchita y, en un momento dado y sin previo aviso, dejó caer la bomba:

—Estoy embarazada —anunció, y seguidamente agachó la vista.

Juan no estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿Cómo?

—Que estoy embarazada —repitió Estela sin levantar los ojos.

Juan miró a derecha e izquierda, como buscando al padre del niño. ¿Sería Manolo?

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? —repuso ella molesta—. Vamos a tener otro hijo, Juan.

—Pe… Pero… si hace casi un año que no tienes la regla. —A Juan se le estaba yendo a la mierda el plan A, el plan B, el C y todo el condenado abecedario.

—Pues por eso, porque me confié y dejé de ponerme el parche anticonceptivo. El ginecólogo dice que estas cosas pasan. Oye, yo sé que esto no estaba en tus planes. Has pasado página y, aunque no lo creas, me alegro por ti. Me he informado en planificación familiar y parece que el aborto…

¡Zas!, el sonido de la hostia emocional que Estela le acababa de dar a Juan se oyó hasta en la Cueva de San Pascual.

—¿Aborto? ¿Tú quieres abortar? —preguntó Juan.

Juan llevaba años queriendo tener otro hijo y solo había renunciado a ese deseo cuando Estela entró en el climaterio.

—Pues yo es que sin ti, Juan… No puedo… —Empezó a menear la cabeza, inundada en un mar de lágrimas.

Tocado y hundido.

La flota entera había sido derrotada. La Armada Invencible de Juan se había quedado para quemar carbón. Ni eso.

Aquella noche Estela durmió en la casa de Orito, acurrucada junto al que todavía era su marido, la mano de él sobre el vientre de ella.

NI FELICES NI PERDICES

Estela se volcó en encontrar un final feliz para el cuento de su vida, cosa que, irremediablemente, llevaba implícita la desgracia de los demás. Fueron días difíciles para Manolo, quien en un arranque de desesperación publicó en sus redes sociales una foto de un bello amanecer en Mallorca, en el que solo faltaba ella, claro que si estaba ella, no hacía falta nada más… Quién lo iba a decir. Al final había resultado ser de los que se enamoraban con solo meter la puntita. Ella respondió con un comentario de esos que decían todo sin decir nada: «Las luces nunca sobran», y él le dio un «Me encanta» con todo el emoticonado corazón. El pobre no tenía ni idea de quién era Estela y seguramente pensaba que tenía alguna probabilidad de llevársela a vivir con él a la isla. La inspectora ni siquiera lo había contemplado entre sus opciones, tenía demasiados hijos, un regimiento de bocas que alimentar en forma de pensión alimenticia y, sobre todo, vivía en un piso horripilantemente pequeño con un suelo de terrazo de esos que hacían daño a la vista. No cualificaba ni para plan B.

Jimena era un caso perdido. Su amiga Elisa tenía un amigo que trabajaba en ciberseguridad. Consiguió hackear el móvil de Estela y ofreció detalles explícitos sobre su doble, más bien triple, más bien múltiple vida: material novelable. La muy hija de puta estaba escribiendo un libro sobre lo acontecido y, por mucho que cambiara los nombres y se escondiera en las sombras de la ficción, siempre existía el riesgo de que Juan acabara descubriendo la verdad, ya fuera por boca de Jimena, ya fuera sumando dos más dos cuando saliera publicada la novela. La primera opción no era muy probable, Estela no la creía capaz de contárselo. En eso se parecía demasiado a Juan. Los escritores eran una panda de cobardes que usaban la escritura para confesar, disfrazados de otro, lo que no se atrevían a decir a la cara. Eso no hacía a Jimena menos peligrosa para sus intereses. Otra que había que tachar de la lista, y ojalá no solo en sentido figurado. Si de repente le pegaran un tiro en la calle, no lo lamentaría.

Solo le quedaba Juan, que, en el peor de los escenarios, siempre había sido la mejor opción, pero ya no era el mismo. El fingido aborto había

funcionado pero el que te la hace una vez… ¿Qué hacer? Necesitaba una tabla de salvación más sólida que la que aquellos tres desdichados, Juan, Jimena y Manolo, podían ofrecerle juntos. Pasaban los días y las cábalas, acorralada, convencida de que todos a su alrededor la habían defraudado. Traidores, eso eran para ella. Ansiaba encontrar a alguien que la tratara como una reina y le diera la vida que ella merecía.

Una agradable mañana de otoño alicantino, de esas que parecían primavera de no ser por la suave brisa fresca y el suelo alfombrado de hojarasca, Estela salió a pasear por la playa del Pinet. Hacía tiempo que no recorría la orilla con sus pensamientos. Caminaba por la arena con las sandalias en la mano. Ya se había comprado cuatro faldas, siete pañuelos y tres pares de zapatos, y nada la hacía sentir mejor. Tenía el alma desolada, llena de inmenso vacío. Una garza cruzó el cielo en dirección a las lagunas de las salinas. Estela siguió el vuelo con la mirada. Al bajar la vista, distinguió en una de las casitas del litoral tres figuras en el porche. Eran Lena y sus hijas. Se acercó hasta allí. Amelia y Valentina señalaron con el dedo hacia ella y su madre se dio la vuelta. Lena sonrió al verla llegar. La invitó a pasar y Estela, como buen vampiro, replegó las alas de murciélago y entró, como una encantadora sílfide.

Mientras le preparaba un té, Lena le agradeció mil veces todo lo que había hecho. Gracias a ella el doctor Pomares, que al final sí había resultado ser un demonio, estaba entre rejas. Estela recibió todos los cumplidos con falsa modestia y disfrutó el baño de vanidad. Llevaba demasiados días sin recibir su dosis de adoración y engulló la ración de un solo bocado. Pronto necesitaría más y nunca sería bastante, pero Lena no sabía qué clase de animal chupóptero se había sentado a la mesa de su cocina, y empezó a contarle sus planes de irse a vivir a Estados Unidos mientras vigilaba la tetera. La inspectora Muñoz estudió el ejemplar que tenía ante sí. Dedujo que aquella mamífera de aspecto agradable, nerviosa y menuda, estaba podrida de dinero. Notó cómo la observaba, con una mezcla de admiración desmesurada y algo más. Conocía bien esa mirada. Sorbió su infusión con calma y degustó la miel y el limón, paladeando todas las opciones. Lena pasaba los dedos por el borde de su taza con movimientos circulares. Antes de acabarse el té, Estela ya había puesto en la balanza todos los elementos a considerar sobre la posibilidad de tener una relación con Lena: una nueva vida en Estados Unidos a todo tren, viajes, ropa, comodidades, lejos de todo y de todos. Estaba el pequeño hándicap de que fuera mujer, algo que atraería los comentarios más envenenados

hacia su persona, como ya le ocurriera en el pasado, pero fuera del ambiente provinciano de Elche y de su familia, ¿qué importaba? Quemaría las naves, sin echar la vista atrás.

Pasaron la tarde juntas, durante el transcurso de la cual ignoró dos mensajes de Juan y una llamada de Manolo, y hasta se le había olvidado lo de esa traidora de Jimena… Hablaron de la vida, de cuál era su color favorito, de sus anhelos y vacíos, aunque la que aportó información realmente valiosa fue Lena. Se notaba que llevaba tiempo sin que nadie que no fuera su terapeuta, o tuviera menos de doce años, la escuchara. Estela se limitó a decirle que no era feliz en Alicante, tierra a la que había venido a vivir únicamente por Juan, con quien hacía tiempo que la relación estaba rota y solo convivían en la misma casa porque compartían la esclavitud de una hipoteca escandalosamente alta. Si tan solo pudiera encontrar la manera de escapar de esa vida...

Quedaron para verse más veces y Estela ayudó con la mudanza y se portó con las niñas como nunca se había portado con sus propias hijas. Al cabo de una semana se había convertido en alguien imprescindible en sus vidas. Hablaban por mensaje a todas horas, se empeñaban en verse incluso cuando no podían, Esquivaban el mundo a codazos, sedientas de un paraíso de anonimato, unidas por el poderoso deseo de dejar el pasado atrás, desvincularse de las que fueron, vestirse de otras.

Se besaron frente al mar, con las olas llorando sobre la arena. Lena le dijo que no era la primera vez que besaba a alguien de su mismo sexo. Jesús y ella habían compartido lecho con más de uno y más de una, y a veces hasta se había encaprichado de alguna. La inspectora le dijo que era su primera vez con otra mujer. Qué bien mentía cuando quería hacerle sentir a la otra persona que era única.

Lena la creyó.

Estela acababa de encontrar a su nueva víctima.

Edición en formato digital: 2024

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-888-7